

# **Una decisión personal**

**Miguel Ángel Olmedo Fornas**

Primera edición: 2016

ISBN: 978-84-945131-7-6

Depósito legal: 0703-2016M



  
*El pasado que ha pasado no vuelve.*





# **INTRODUCCIÓN**





Han pasado ocho semanas; toda una vida en el cómputo de las posibilidades.

La mañana que recuerdo se parece a esta que vivo, apenas registro variación en los decorados superior e inferior, y los protagonistas, si me excluyo, tampoco difieren gran cosa de aquellos que pasaban rápidos, incómodos y en trance de resbalar. Los que sumaban un número mayor a la unidad hablaban mitigada la voz por los paraguas o las capuchas, sorprendidos por la virulencia del meteoro, no obstante mirando de soslayo qué hacía yo dentro del coche —ese prójimo distraído y de cariz foráneo, un ave de paso, una visita demorada, nadie al cabo de la improrrogable gestión—, envidiando el cobijo que da para cuchicheos y especulaciones. Probablemente condenaban mi insultante falta de prisa. Barajo ahora las mismas alternativas que entonces porque, según percibo, es muy semejante el mundo de ayer al de hoy, salvo para mí. Después, cuando cese la música, cuando el sonido imperante sea el de la lluvia, analizaré hasta las suposiciones para apreciar las diferencias una a una.

Ocho semanas es tiempo suficiente para decidir una historia personal que ha cubierto el plazo de escritura de prólogo a epílogo, estoy convencido.

Yo he rememorado la mía desde algunos episodios originales, me atrevo a calificarlos así, en las horas de trayecto por carretera que me han traído, conduciendo despacio, atento y prudente, mi perspectiva libre de prejuicios. Pensando en paralelo a la ruta.

Pensando en todo lo que a mí acude para certificar mi historia, la ida y la vuelta de mi historia.

Creo que es imposible la plena libertad de recuerdo. De tanto en tanto aparecen interferencias provocadas, díscolas y vanidosas en mi memoria, se intercalan bulliciosas e indolentes las anécdotas entre las categorías para desvirtuarlas, a ver quién puede más, a ver quién tiene más peso y quién es más persuasiva para erigirse como tema de conversación y motivo de privilegio. La defino como la batalla por la preferencia, erigiéndome en el abogado de la categoría.

La categoría es belleza, la anécdota aporta alegría. Este reparto ecléctico de propiedades me deja el paso franco hacia la siguiente frontera.

—¿Cuánto vas a tardar?

Dos meses es el tiempo que necesita un cuadro de agua para ser expuesto a la contemplación de sus creadores.

Suena la música elegida: *Volviendo a casa*.

He viajado con música, he dormido y comido solo, mudo, he conducido pendiente de la última remesa de memoria, he llegado sin que nadie me espere, aunque mi seguridad al respecto no es absoluta a causa de un atavismo que es sinónimo del término probabilidad.

—¿Confianza?

—No. La confianza asume otro papel.

Lo que yo espero es el renacimiento de mi inspiración, me gusta dedicarme a provocarla.

—¿Vas a decidir entre los caminos sin atender a conciencia las opciones?

—Responderé cuando te provoque.

Suena esa música que conservo a buen recaudo, la vieja música que me devuelve a una época joven, compartida,

en cierta medida añorada. Me preguntas cuáles son mis opciones. Pregúntame en qué estriban mis añoranzas, Música.

—Te pregunto por el lugar que habitan.

—En el Olimpo, acompañadas de día y de noche por las Musas, tan agraciadas como ellas. A veces forman coros, a veces danzan juntas, a veces recitan al unísono el Poema de la Fundación con el énfasis adecuado al selecto público. Hay un respeto absoluto a las funciones predeterminadas para los componentes del auditorio y los del escenario; aún mayor para la autoridad gestora. La adjudicación de los respectivos papeles fue una tarea colosal, propia de titanes, ejecutada en el amanecer del mundo y prolongada hasta la puesta del primer Sol. Un Sol expansivo, raudo perseguidor de Tierras y Lunas.

*Quédate, hombre errante.*

En alguna medida, porque así lo prescribe la naturaleza humana, añorada época de juventud con sus sabores, olores, imágenes, guiños, voces y sonidos, decepciones y confirmaciones.

*Cuéntame mentiras que son verdad.*

—La memoria es selectiva, a menudo infiel, propensa a la deslealtad, siempre a modo de favor. La memoria editorializa sobre los aspectos de interés personal que aún tienen solución.

—La memoria sabe lo que le conviene.

Hay mentiras que las expende la traición y son demolidoras, ni la caridad las perdona. Voy más allá y bordeo la melancolía. ¿Qué añoro?; nada que pueda ser cabalmente añorado. ¿Dónde sitúo lo imposible?; en ningún mapa geográfico, social o genético. Voy más allá y me adentro en la benevolencia.

—También es un pecado.

*Nostalgia.*

A mí no me afecta la nostalgia de lo que únicamente se recuerda si su majestad la memoria no hace de las suyas; me queda trecho por delante y todas las ganas de recorrerlo.

—¿Con música?

—Pienso en ti, Música.

Como hace ocho semanas elevo el volumen de la música porque la lluvia arrecia mientras firma el cuadro de agua. Se cumple uno de mis deseos.

—Feliz Año Nuevo. Mi deseo es que se cumplan tus deseos y alguna sorpresa inesperada portada por el viento bueno que los complementa.

—Eso es querer.

—Guardo buenas intenciones para mis elegidos.

—Sigues diciendo lo que piensas.

—Digo lo que pienso.

—¿Lo que piensas es lo que sientes?

—Sigo expresándome como lo que soy.

Hace ocho semanas estalló la tormenta a pocos kilómetros de llegar. No venía de un minuto ni de una hora que me presentara en su casa, por lo que otro rato metido en el coche vagando con el pensamiento alteraba poco el programa.

Parece que nada ha cambiado y sin embargo advierto la diferencia de los días pasados. Son los detalles. La vida y la muerte también es cosa atribuible a los detalles. Mi vida está compuesta por detalles a los que he urdido una ilación para mantenerlos unidos y con traza de libro biográfico.

—¿Es una técnica social o literaria?

—Me ofrece una interpretación asequible de todo lo que me concierne.

Algo integrado a mi persona me convencía de que pronto iba a encontrar lo que buscaba. La sensación era intensa y certera, transfronteriza. Es imposible disimular un estado de ánimo excepcional, y como no entraba en mis planes satisfacer curiosidades ajenas tenía que anticiparme a las jugadas de un prójimo irritable y a las capciosas del destino; dos adversarios taimados.

—Quiero una confesión de parte. Quiero una declaración pormenorizada de acciones y omisiones en orden cronológico. Es una petición sensata.

—Te entrego una relación de palabras envueltas en espíritu crítico. Es una donación juiciosa.

Un desafío al que miraba de cara, con expresión circunspecta y un inicio de sonrisa en los labios. Soy escéptico e irónico, me manejo bien con ambas artes.

Fue la señal.

*Deseo que ahora estés a mi lado.*

Esperaba el concurso de la inspiración, que es el regalo a la constancia; notaba su proximidad. En la calle peatonal soplaban un viento de noticia, “ya llega”, una fuerza controlada de la naturaleza que delante de mí, como un indicador salido de la lámpara maravillosa, ascendió hasta las ventanas de la clínica dental. Primer piso, puerta única.

Acudo puntualmente a las revisiones médicas. La que ahora describo es una comprobación rutinaria con cita previa: a las nueve con mi odontóloga. Inspección de molares y encías. Mientras saludo al servicial portero y subo por la escalera contando los peldaños me desdoble de mi plano físico. Ya está, otra vez.

La sala de espera suena a música de radio fórmula, una terapia de distracción. Soy el segundo de una lista numerosa, aún por visualizarse, y el único de los presentes abstenido de lectura. Yo también paso página.

Espero el momento de la cita concertada deambulando entre mis respuestas a una misma pregunta. No es obsesión, es perseverancia. Y una excusa de las que se meten en el bolsillo al salir de casa. Lola viene a buscarme, me saluda, la saludo y le doy el parte meteorológico, es la costumbre; se interesa por el ajuste de la pieza, en el pasillo le pregunto por su hijo que fue el tema protocolario de cerrar la visita anterior; su hijo mayor está afiliado a la adolescencia, su hijo menor a la pubertad, ella y su marido se han inscrito en un posgrado de paciencia. Lola es una mujer de trato espontáneo que ha aprendido a recibir y despedir clientes y sufridores con natural disposición y equivalente amabilidad.

Tomo asiento.

*El asiento del conductor.*

Me acomodo en la silla y cierro los ojos, confiado, al margen de la tarea profesional. Me gusta cerrar los ojos cuando sé que no voy a dormirme. Seguridad y confianza son las claves de la relación; intuyo que me acerco a donde quiero llegar. Abro la boca como si Ana, la doctora Valero, ya hubiera empezado a cerciorarse de que su obra sigue el curso de la historia con visos de permanencia; pliego los labios como si ya hubiera certificado que lo hemos hecho bien los dos; trago saliva; mi boca gesticula en el idioma de los peces. La odontóloga-estomatóloga-cirujana maxilar Ana Valero me ve practicando una terapia abstractiva.

Estoy pensando: Busca y encuentra. Insisto, cosquilleándome el estómago: Busca y encuentra. Rutina agrada-

ble para mí, una obligación satisfactoria para mí. Estoy cerca, noto que estoy muy cerca.

La silla de los pacientes es de tono verde conciliador; el uniforme de mis cuidadoras es blanco liso y mate.

—Buenos días. ¿Cómo estás?

—Buenos días, doctora.

Le digo lo que hay y ella asiente. Todo está bien, todo está en su sitio.

—Veamos...

“Veamos...”

La doctora Valero inspecciona y manipula con minuciosidad de artesano y delicadeza de orfebre. Le gusta su trabajo, dice, y a mí también. Soy un cliente sin conflictos aparentes, disciplinado, indiferente a la circunstancia. Esa mañana de fresca pintura en las calles ocupo una plaza vacante asignada por turno, pero mi ánimo y lo que fluye por mi cabeza discurren independientes y aventureros. Igual que las sensaciones en el estómago, hormigueos, aleteos; ¿son alas de mariposa?; ¿son patas de hormiga? Apenas he dormido, lo que no es una novedad; llevo tiempo sin sumirme en un sueño estable y profundo; duermo sin dejar que me venza el sueño, eso creo. En realidad son suposiciones mías que se asemejan a los devaneos de un espíritu de paso.

Esa mañana de hace aproximadamente diez semanas me sentía cómodo y confiado en manos profesionales.

Libre para viajar. Libre para decidir. Libre para entregarme a mi voluntad.

—Muerde...

*La canción de Ana.*

“Muere.”

—Muerde... —repitió Ana, y entonces supe que era su voz y le hice caso.

Afloraba una sonrisa tras la mascarilla de verde floresta. Blancos y verdes en mi horizonte.

—Muerde.

“Muere.”

Identificada la voz de la doctora Valero apreté despacio las mandíbulas ejerciendo en la lámina una presión apropiada para la comprobación. Yo también soy cuidadoso con las tareas.

—Ya está.

Demasiado pronto, lamenté sin exteriorizarlo.

Ana se apartó el embozo, la asepsia protectora. Sonreía. Deduzco que me adivinaba. Le ha divertido mi dramatización. Le caigo bien. Le atrae mi personalidad, esa ausencia de fingimiento e hipocresía en mí. No soy un pedante —y qué si lo soy para un público mediocre—, tan sólo aplico la destilación de mi experiencia. Deduzco que me dejaba adivinar.

No disculpé mi representación con excusa de uso tópico ni con un argumento de artista que está por encima de sus fracasos. No tenía por qué disculparme, son cosas que nos pasan a algunos. Comparto las genialidades con esos congéneres anónimos, viajeros sin pasaje como yo. Me había relajado e introducido ausencia en el escenario.

—Me he aislado.

—Sí... —convino Ana—. No es la primera vez.

—No lo es. ¿No lo es?

—Tienes facilidad.

—Es de mucha ayuda para ambos.

Intuía a Lola devolviendo el orden a una sala sin desorden. ¿Qué sutil imagen desprendía mi rostro? Afortuna-

damente la prueba del espejo fue omitida por innecesaria; todo estaba afincado en sus huecos. Me hubiera indispuerto observarme deformado por la postura en el picado circular, agudizando mi vocación miope. Los miopes vemos la vida con indulgencia. Pero cuando nos ponemos las gafas vemos la vida al desnudo, sin tapujos, sin atavíos seductores, ni romanticismo ni ternura.

—He ido y he vuelto —le dije con una voz alejada.

Ana Valero hubiera querido preguntarme dónde había ido, y si para sumarse al viaje hacia falta una invitación personal.

Vine a decírselo un minuto después de una manera tan escueta como críptica, honrando un momento de intimidad y a esa, supongo —pues no contaba con la obsidiana delatora ahora que hubiera hecho buen uso de ella—, expresión de acendrada distancia que ya a medias improvisada me confería crédito.

—Has sido testigo de una revelación.

La doctora Valero arquea las cejas.

—¿A qué me obliga eso? —comenta. La curiosidad pica su discreción.

—A estimar en tu fuero interno que las cosas suceden por algo y se revelan de la manera que les apetece porque tienen carta de naturaleza.

Me dije que estaba cerca de abordar mi destino, el gran momento. Enésimo aviso. Reiteración admonitoria.

En las calles soplaba un viento modelador. ¡Qué fortuna la mía! Cerciorado de mi interés por descubrir en el mundo en torno soplaba el alegre viento de las prendas ceñidas, el florido viento de las pieles tersas y el espléndido viento de las formas sugerentes. Para mi deleite contemplativo, el

meteorológico llegado del paraíso vestía los cuerpos que mis sentidos atrapaban al vuelo. Magnífico panorama depositado ante mí.

*Un beso y una flor.*

El viento llenaba los huecos de puro aroma y cubría las oquedades, las recónditas y las insinuadas, con amoroso tacto. Maestro configurador de ilusiones, el viento satisfacía en mí una demanda de las que no caducan.

—De las que no prescriben.

—De las que no cesan, Música.

Pedía observar veinte o treinta metros de vida enfundada en viento, la delicada tela que viste de atracción el cuerpo soñado, el vaporoso tejido que escapa sin huir de los dedos, de las ansias, de las perturbadoras imaginaciones. Modisto de alta costura, organizador mitificado de insinuante pasarela a precios inasequibles; fragancia de novedad lejana reducida a las intersecciones: un deseo y su opuesto. La perfecta comunión de la luz ardiente con la sombra fresca, generoso impulso y feliz alivio. Sólo el tiempo que transcurre del primer al antepenúltimo paso, del primer al penúltimo arco de pierna, de la primera a la última torsión de cuello, de hombros, de caderas. Con las intencionadas ráfagas de viento interpretando la exquisita melodía que amansa las procelosas aguas del cuadro en los incógnitos abismos, el irreprimito señuelo donde las criaturas caen inconscientemente atrapadas. Dulces sueños, víctimas ingenuas.

Dualidad fascinadora. Mi yo contra mí. Agua y aire, cuadros de creación; fuego y tierra, cuadros de consumación. La melodía del viento sonaba en tu voz, Música. ¿Cuántas apariencias tienes? ¿Cuántos incentivos conce-

des en cada una de las vidas que se recorren de principio a fin, de orto a cénit, de ayer a mañana?

—Descúbrello. Arriésgate.

*¡Sube!*

—Sí.

—Siente el vértigo.

*El ganador se lo lleva todo.*

La fascinación y el hechizo están en el vacío. Miro abajo, arriba, miro hacia el envoltorio de aire. Tu insinuación, Música, me atrae. La posibilidad que sugieres me llama. Es el estreno.

Es el anverso de la literatura, Música.

—Mira, siente, comprende.

—Así lo haré.

Tengo que irme.

*Libre al partir como una vela en el viento.*

Tengo que regresar al origen.

—Buen viento te lleve.

—Solicito tu influencia para culminar los afanes de mi espíritu y para completar de manera exitosa mi obra de arte. Nada de vulgaridades ni de saltos al vacío.

—Buen velo te acoja.

—Gracias, Música.

La veo por todas partes, poesía improvisada, una criatura radiante muestrario de belleza en panoplia de orfebre, ofrecida a sí misma como regalo donde elige y bajo el signo de sus atribuciones. Ataviada de viento, artista de la prístina silueta, camina por delante diseminando estelas sobre mis contradicciones.

—¿Has encontrado la respuesta a la única pregunta?

—Tengo dos versiones de ella.

Veo como me mira, oigo como me escucha. Sincronizo mis pasos a los suyos. Me habla, me incita, me exige. Le sigo el juego.

—Suficiente para ir. ¿Te vas?

—Me voy.

Había decidido volver, esa y no otra era la razón. Curiosidad aparte, quería comprobar en un semejante los efectos de la distancia recorrida entre el punto donde nacen las posibilidades y el punto adonde retornan los límites alcanzados una vez agotados todos los recursos menos uno; quizá menos dos.

Arrecia la lluvia conmemorando la vez anterior. Es otra música que la que suena dentro del coche.

*Huracán.*

Soy un exagerado. Puede que exagere pero en la calle no queda un alma, en ninguna de las dos calles alfombradas de charcos que distingo aparece un alma triste o gozosa.

He aparcado donde hace ocho semanas; la hora se parece, minuto arriba minuto abajo. Estoy perdiendo el tiempo. Estoy ganando tiempo. Estoy haciendo tiempo. Arrecia la lluvia y la música se va. La música se va y yo he vuelto. Idas y venidas. Yo viajo en otra dirección, pero me he desviado consciente de lo que hago repartiendo mi tiempo, barajando mis cartas. Así es la vida, me digo.

**NUDO**





Dos meses atrás me dije dentro del coche, a resguardo de la lluvia, que la vida depara situaciones chocantes si uno cede a la tentación. Encubierto por la inclemencia, que es una coartada perfecta, repasaba una secuencia ordenada cronológicamente de actos propios, y algunos ajenos que me concernían directamente, agentes inductores del viaje.

“Esto no tiene relación con aquello”, me dije en alto y con referencia al presente. “Poco que ver con lo que me ha involucrado en la aventura de la redundancia”, maticé superando el sonido entreverado de la lluvia y la música. Para llevarme la contraria, la canción que sonaba en la radio del coche me traía recuerdos de entonces.

Hablo de otra época. Hablo de mí en pasado, de nosotros, de nuestras cosas y del sinuoso camino hacia la felicidad que había de roturar un inmenso paraje agreste. Se resumía casi todo en la satisfacción de la conquista, una vez determinado el objetivo, y cuanto mayor la dificultad en alcanzarlo más publicidad para el alborozo. Para mí, para nosotros, la dificultad era un premio, un acicate, el estímulo para seguir a por el siguiente desafío. Los obstáculos me regalaban, nos regalaban, un añadido de fortaleza y seguridad; me convertían, nos convertían, en paladines del ideal, en arquetipos heroicos —captados en lecturas y oídas— de gran envergadura humana —no había que perder la condición— y social.

Era otra época, tiempo de vanidades y egoísmos en franca competencia de repercusión voceada hasta el desmoronamiento del deseo. Breve aspiración. Un deseo íntimo anunciado con discreción, solo o acompañado de una hermandad previsible, pero nunca antes de una explícita, a veces también solemne, declaración de intenciones asentada por testigos; ellos podían adjudicar, llegado el caso,

las destellantes evidencias de gloria o las impertérritas tri-  
zas de fracaso de un proyecto a muy corto plazo, de una a  
cuatro horas. Este lapso temporal, un a modo de paréntesis  
extrañado de las normas rígidas y las convenciones, nos  
permitía vernos como actores de película de estreno en se-  
sión única que se repetía cada semana o cada quincena,  
según el baremo de esfuerzo anterior. Los objetivos se  
acotaban a una realidad posible, aunque improbable, si se  
aceptaba el riesgo, y era preceptivo alternar el marco, la  
función y los protagonistas. La ventaja de representar un  
papel es que uno es a un tiempo él mismo, pero mejorado,  
otra persona al azar y el espectador que sale de escena para  
infiltrarse entre el público. Los más hábiles y los más co-  
bardes, que se zafan de sus perseguidores en la correría de  
parte a parte, escapaban al abucheo prodigándose en la crí-  
tica o en la omisión y el desvanecimiento, mientras el  
resto, un tercio de habituales, un tercio de esporádicos,  
ideaba más o menos en comandita una nueva paradoja para  
el siguiente cuadro. El número de participantes fluctuaba,  
el de exageraciones se mantenía constante y el de las con-  
sabidas mentiras crecía exponencialmente con las incor-  
poraciones.

Yo no estaba solo en la ciudad, en esa ciudad que dejó  
de acogernos a él y a mí hace tanto. No era un explorador  
de paraísos correlativos que anotaba en un cuaderno de  
viaje curtido por la humedad de los siete mares y la seque-  
dad de los cien desiertos, ni una especie de vagabundo  
idealista ducho en el verso atraído por la fuerza centrípeta  
de un núcleo fascinante de juegos irisados; juegos de figu-  
ras desplazadas de una conciencia remisa, venal, adulte-  
rada, que un moderado dispendio de iniciativa ordenaba  
sobre el tablero para la inmediata ejecución de la partida.

Ataque y defensa. Cada uno debe saber dónde está su límite. Yo no era un caso excepcional, ni siquiera, honrosamente lo digo, un caso perdido; sencillamente, yo solía conjugar el verbo hacer en los tres tiempos. Llegaba antes porque adoro la puntualidad, pero aún más el margen de privilegio concedido por la anticipación; ajustaba todo el quehacer del día para disponer de unos minutos que me sumían en el placer del momento, aunque muchas veces, además, me entretuviera con reflexiones espontáneas que me gustaba traer a colación.

¿Cuánto dura un momento?

Si tienes la respuesta dámela.

Si hay respuesta búscala en ti.

El momento es una magnitud temporal deliberadamente subjetiva.

No me sentía presionado por aquella conducta que acababa dirigiendo mi quehacer diario. Me apetecía divagar, eso es todo. En la vida de una persona cabe la decisión absurda, el capricho y la obsesión, sin que ello merme la confianza que genera en sus congéneres; ejercitarme en el absurdo, en mis cultivados absurdos, componía una de mis veleidades socialmente apreciadas.

Disparos de fogueo.

Lo que yo quería era detener el paso de las horas, los minutos y los segundos que la esfera del reloj se empeñaba en mostrarme como una amonestación.

¿Pero por qué lo haces? ¿En el fondo qué pretendes?

Yo acusaba al reloj y el reloj me replicaba con su veredicto.

No sabía si lo hacía en pos de la demora, el tiempo feliz, o en contra de la precipitación, el tiempo reclamado.

Llovía.

A distancia de unos pasos de mi destino y todavía dentro del coche, las sensaciones eran tenues, habían perdido parte de su carga emotiva en favor del raciocinio. Lo había convocado las vísperas al suponerlo imprescindible. Deduje que él, experimentado funámbulo, me había obligado a responsabilizarme de mi conducta en el futuro. El futuro que había comenzado a cientos de kilómetros, incluso décadas. Mi raciocinio, mi aleccionada voluntad y yo debíamos tener la certeza de que con los pies en el agua no cabía retroceder. Tenía que decidir la manera de presentarme en la desconocida casa del amigo de toda la vida, cuidando de no resbalar pisando los crueles charcos que ambiciona el ridículo que mil ojos contemplan, sin mancharme la ropa ni rendirme al dolor de una torcedura o una erosión en la piel que provoca la mueca cóncava en esas bocas al acecho y una contrariedad en la mía. Mientras sonara la música que el golpeteo de la arreciada lluvia distorsionaba, iba a permanecer sentado en el coche conjugando el verbo hacer.

Pero fue pensarlo y actuar a la inversa. Me gusta que llueva.

Con el paraguas soportando la presión de la lluvia recalcitrante y el paso prudente no tardé en llegar a la cancela. Estaba abierta. Habíamos intuido ambos el día y la hora. Cerré el paraguas que chorreaba; bastaron unos segundos para empapar un brazo de la gabardina. Por costumbre tanteé los varios bolsillos asegurándome de mantener en su interior lo depositado; es un hábito, pero puede que ese día el gesto manifestara una traslación de personalidad, como si mi mano buscara la llave de la vivienda en vez de comprobar la del coche.

La última vez que vi a Javier antes de romper amarras con el viejo puerto yo llevaba gabardina, de un color más oscuro, y el paraguas, de color negro, bajo el brazo. Aquel día el cielo amenazaba con una llovizna parsimoniosa, de las que calan si nos dedicábamos a callejear un rato largo por una zona que nos resultara agradable antes de tomar una copa en algún bar que se pusiera a tiro o, sin preámbulo, meternos en un restaurante a dejar que los platos se aburrieran escuchando nuestras intenciones. Esa última ocasión concertada sobre la marcha, de cielo encapotado con incrustaciones de un blanco agreste, precedía a otra que no fue la primera del periplo de despedidas sin efecto tangible. Parecía que nos recreábamos en anunciar alternativamente y en diferentes momentos y lugares a escasa distancia del epicentro de la cotidianidad, una partida que no acababa de concretarse aun con el equipaje a un lado, el billete en el bolsillo interior de la americana, el coche revisado y con el depósito de gasolina a rebosar. Todo estaba dispuesto, no era una fantasía, pero fallaban los plazos en los que el plan debía concretarse. Porque aunque los asuntos de envergadura deben despacharse con el concurso exclusivo de la voluntad, que es la única manera convincente, en el fondo deseada y en verdad efectiva de tomar decisiones, a ella se acude a regañadientes, con más miedo que esperanza en su juicio. La voluntad es decisiva y va por libre si se la deja actuar. ¡Voluntad, voluntad!, clama la invocación. Bendita voluntad. No hay nada de que arrepentirse si media una voluntad independiente.

De los dos, a mí me tocó en suerte echar a volar antes, cuando parecía que mis amarras no querían soltarse. Él tardó demasiado en imitarme, en dejarse llevar por su

instinto, me diría casi perplejo por la realización del deseo. “Te das cuenta a destiempo de que lo que buscas no espera eternamente”; también: “Anda uno tan distraído que encuentra el camino en la confluencia de los dilemas urticantes”. Voluntad, bendita voluntad de voz fina como la sutil paradoja o el excelso sarcasmo. Él me diría eso transcurridos bastantes años: “Ya no hay nada de lo que me arrepienta; no vale la pena”.

—Y justificaremos que lo nuestro es puro despiste, una configuración propia que se ha adherido con afán de permanencia —comenté yo a una frase que venía a cuento de la obsesión y que anticipaba lo que iba a suceder.

—Un despiste mayúsculo. Pero ya se sabe que en el mundo tiene que haber de todo, empezando por esa clase de individuos a los que nos cuesta dar con la llave que abre la cerradura. ¿Estará aquí? ¿La he metido en este bolsillo? —teatralizaba palpando su ropa, con la expresión contrariada de quien teme haber perdido algo importante—. ¡Vaya! La tengo. Pero... esta llave..., ¿de dónde es?, ¿qué puerta abre? No me acuerdo... ¿Es mía? Disculpa, ¿me perteneces? —preguntó a la llave solitaria que sacó del bolsillo del pantalón.

Apreciamos un crepúsculo urbano con el atractivo de lo imprevisto. Se disipaba la amenaza de lluvia, los dos leyendo la reseña meteorológica en una pantalla gigantesca de televisor, curiosa es la transición de colores grises, y Javier propuso una ronda de sosiego. Llevábamos caminando un buen rato a paso ligero, fijándonos apenas en lo que formaba parte de nuestra memoria visual. A los dos nos gustaba caminar deprisa aunque no la tuviéramos, acortando las dimensiones de una calle, una manzana o una ciudad; era algo característico que nos provocaba

acosos de incómoda sudoración. La impía humedad embardunada el atuendo. No había necesidad de acelerar el paso y sin embargo nos acogíamos a la velocidad por ser fieles a la costumbre, por reafirmar la síntesis de una forma constataria de ser, sin estridencias, muy discreta, o porque el movimiento pausado y la frecuente detención significaban un peligro para la estabilidad del cuerpo y de la mente. “Si te paras caes.” A cámara lenta o en reposo podíamos dar contra el suelo y entonces, atrapados en la lentitud con que se regodean las imágenes de la denuncia, escarnecidos en el ágora y a un tranco de las pezuñas de los caballos, ser pasto de la terrible inercia y prejuiciados por reiterada desconsideración hacia los semejantes.

Nos metimos en un bar concurrido a esa hora de un día laborable. Javier tenía las suficientes ganas de hablar como para no importarle la creciente mezcolanza de voces en el ambiente.

Poseíamos un remanente de habilidad para aislarnos en público.

—Imagina. He sido invitado a una cena a la que creo irá gente que conozco; pero soy el único que asiste y, por supuesto, puntual. Me presento creyendo que con ingenio y el amparo del grupo voy a pasar desapercibido o, alternativamente, voy a ser el centro de atención, según dicten las oportunidades. Me presto a lo que sea porque quiero estar presente y quiero divertirme. Reproduzco la voz interior y suelto: ¡Vas a figurar! ¡Vas a divertirte!

Me puse a imaginar al hilo de su relato. Exactamente lo que esperaba de mí.

Era un mundo sofisticado pero reducido a la mínima expresión, de miradas imprecisas que no interpretan lo que

ven; donde mi voz al saludar a unos supuestos anfitriones sonaba animada y mis pasos percutían en un amplio espacio vacío. ¿Soy el primero, soy el último? ¿Quién prepara la cena?

—A la cocina de cabeza. Por lo menos la soledad tiene explicación para el cocinero; lo considero un atributo del magisterio culinario. Dueño de aquella parcela en crema y azul, de suelo grisáceo, los hubiera echado a todos de haber a quien dirigirse para bromear, cotillear o enfrascarse en el adorno de los platos cuando todavía lo que ha de ocuparlos aguarda su turno de condimento.

La cena estaría lista en una hora, que es el tiempo prefijado para entablar unas relaciones intrascendentes hasta que se demuestra lo contrario.

—En veinte minutos me había organizado para escapar de la trampa: un entrante frío de colores pálidos; un plato de ave cuarteada e invadida con los ingredientes que recogía en círculo, a fuego lento; y el encargo crujiente pincelado de chocolate negro, espeso, tibio. Muy fácil, decorosamente vistoso. La bebida no era de mi incumbencia después de dos, quizá tres, pruebas insustanciales. Me abraza la sed de agua y trasegué a morro una botella de litro y medio; imposible evaluar los espirituosos después de eso.

El cuarto de baño es el refugio sustituto cuando la cosa no se ha puesto como se presumía, con la ventaja de que nadie iba a solicitar asilo. ¡Qué felicidad! Alivio, otro peso fuera, suspiro. Las manos bien lavadas. Luego una ojeada al tipo que no sabe por qué está allí pero se deja ver en el espejo.

—Le dije: los dos venimos de alguna parte y vamos a alguna parte. Yo me voy. ¿Esa puerta dónde asoma? Al

mundo, claro. Si me lo dices antes pierde la gracia. Ha sido un placer, cuídate.

Afuera reinaba una tenue penumbra que tanto podía anunciar el fin de la noche como su principio. Un extraño campo de soledad ondulada extendido hacia el horizonte; una sugerencia para recordar las fechas más significadas de su vida, me dijo. Ya había dejado atrás la casa con los inexistentes invitados, con los espectrales anfitriones y la meticulosa cocción del plato fuerte cuando simultáneamente cuatro manos le tironearon de la ropa.

—Mis hijos. ¿Qué hacéis aquí? Estoy en mi sueño. ¿Reconocéis a vuestro padre por los rasgos físicos o es la llamada de la sangre? Este, hijos míos, es un mensaje confidencial, no puedo hablaros, no entenderíais mi idioma. A lo mejor cuando llegue a aquella colina —señalada al azar— o a la que le sigue —sin señalarla—, o cuando me acerque a una depresión de paredes verticales y filosas y quiera arrojarme a su entraña porque mi audacia cree que moviendo vertiginosamente los brazos voy a emprender el vuelo salvador, habré burlado el peligro, y al aterrizar con elegancia de acróbata mi voz os sonará a parábola y quedaremos los tres, y nuestros discípulos, redimidos de todo mal. ¿Disponéis de suficiente paciencia?

Entonces sus hijos tenían cinco y tres años. Se llaman Francisco Javier y Celia, como sus padres, y ya era grande el parecido físico.

—No alardeamos de originalidad con la denominación. Mero trámite, diez minutos de locuciones expletivas y una resolución de consenso: la niña como ella, el niño como yo.

—Nadie os va a reprochar el conformismo. Son nombres tan buenos como cualquiera.

—Naturalmente. De no ser porque Fran, que ha heredado en vida el nombre de su padre, me odiará erigiéndose en mi peor enemigo; un enemigo implacable que me vencerá y acabará por destruirme. El progenitor devorado por su vástago tocayo. Mientras que Celia, con o sin herencia, me amará devotamente filial, será mi perdurable valedora en este mundo de contrasentidos y apuestas asincrónicas.

Me hice una idea de la permuta de afinidades. Mi ventaja era que sólo tenía que imaginar a modo de entretenimiento, nada de equipararme en el futuro drama de la relación entre hermanos. Hermano contra hermana y viceversa; hoy uno lanza la acusación con los fundamentos aprendidos de memoria, mañana el otro consume su turno de réplica, alegaciones y denuncia. ¿Por qué pensaba Javier, ideólogo de la controversia, que el enfrentamiento necesitaba de un periodo de veinticuatro horas para consumarse? Me puse a pensar en quién llevaría la voz cantante y durante cuánto tiempo se prolongan las treguas para así considerarlas; pensé si habría un acuerdo tácito, algo factible entre hermanos, para emplearse en la defensa de los respectivos patrocinados. Pero la pregunta era por qué no me limitaba a entretenerme, dado que mi desventaja me ceñía al plano teórico; suponiendo que quisiera, no podía pasar de una imaginación apenas interesada en los conflictos de familia.

—¿A qué mundo te refieres, al del sueño o al que nos llama para la cena? —acabé preguntando.

Paciencia, me recomendé. La paciencia es una virtud que cuando se encuentra resulta el mejor aliado. Mucha paciencia, mucha constancia. Le dije que la gente prudente sólo habla de las cosas que sabe, aunque sea un conocimiento aproximado. Es preferible guiarse por los propios

ojos y por los propios oídos antes que pronunciarse leyendo en el humo, en los posos o en las vísceras. Los detalles que conforman la vida diseccionan la historia personal en capítulos de categoría o de anécdota, y los episodios en torno a lo sustancial son como sueños que han mantenido una vigencia acunada.

—Es un sueño premonitorio. Yo los tengo a menudo.

Hay una distinción poco nítida al interpretar entre las premoniciones que se cuelan en el sueño y aquellas imágenes encadenadas que proyectan una secuencia a la que se da viabilidad al despertar.

—¿Se han cumplido esas premoniciones? —quise saber.

—Se cumplirán tarde o temprano.

Javier eligió el restaurante, un entresuelo reconvertido para la función con diez mesas y los ventanales ahumados; la nuestra estaba pegada a la pared fronteriza con la calle de aceras amplias y comerciales, moderadamente empinada, invitando a mirarla en las pausas de la conversación. Estuvimos un rato en silencio subiendo y bajando por la pasarela al compás que marcaban los coches y los peatones, con similitudes a lo que se vive en un sueño irrelevante que culmina con una duda quisquillosa.

—Nada es tan definitorio —dije sin especificar que me refería a la traducción humanizada de los sueños—. Nada es tan exacto. Sería una catástrofe universal que todas las respuestas estuviesen impresas por orden alfabético en un volumen de consulta.

Negó con la cabeza sin apartar la mirada de la calle.

—Me hubiera gustado ser el propietario de un restaurante como este, urbano, pequeño, de discreta elegancia. Te he traído para que me digas si hubiera encajado en el

negocio. Me conoces bien y puedes emitir una opinión razonada.

—Creo que sí.

Era un hombre capaz de muchas cosas y lo había demostrado.

Volvió de la calle cargando un arrebato de sinceridad.

—Yo también lo creo. Pero la oportunidad se largó. ¿Cuántas oportunidades se me han esfumado? No lo sé ni me voy a parar a pensarlo, no quiero acrecentar mi locura con desvaríos que no provoco. Lo que ahora me queda es una amalgama de incertidumbres que se ha adueñado de mi espíritu. De lo que sí tengo certidumbre es que estoy contaminado y no tengo cura. Ninguna cuarentena me devolverá al estado precedente porque mi enfermedad es degenerativa, una condena a muerte sin el día fijado para que la angustia ejerza a sus anchas. Ya no hay remedio, esa es mi conclusión. Esa es la frase lapidaria que nadie leerá o fotografiará en la lápida de mi tumba porque exijo ser incinerado, por mis deudos o por un alma caritativa, quizá tú si no te has estrellado contra un muro de autocensura. Lo que pasó es pasado y no pisa el hoy ni por asomo, ni “esto” sustituye a “aquello” por equivalencia; creerlo posible es el mayor y más perverso de los engaños. ¿Vino?

—Vino.

—¿La especialidad?

—Sí.

La velada extraía una partitura disonante, de advertencia para oídos prestos. Era como si los dos supiéramos que iba a pasar algo, impuesto por nosotros mismos, pero que, en acuerdo tácito, mejor no exponerlo para no desvelar la sorpresa. El creador es quien maneja a sus criaturas animales, vegetales y minerales, terrestres, aéreas y maríti-

mas; el creador da y quita la vida y la orografía; el creador, él, yo, cualquiera que se precie de haber superado la mediocridad, dispone del destino propio y el adyacente de sus creaciones; el creador, en síntesis, bruñe o rompe el espejo donde se mira, donde únicamente él se ve, donde sólo se refleja lo que en cada momento —¿cuánto dura un momento?— le interesa, le compete y pretende descifrar porque el creador está constantemente creado de dentro a fuera.

A ver a cuál de los dos pillaba desprevenido el espectáculo sorpresa.

—¿La puerta de la cocina quedó abierta o cerrada? —le pregunté cuando hubo catado el vino.

—Exhala mucho espíritu para tomarlo a nivel del mar.

—¿Abierta o cerrada?

—Abierta para que respire el vino. Cerrada para estrellarse al pretender salir o entrar. La puerta de la cocina era una añagaza...

—¿Un trampantojo?

—Una puerta imaginaria. El artista que la ha alumbrado sabrá su intención, si quiere un público boquiabierto o un público que admire la peculiaridad de la obra. ¿Acaso no te has confabulado con el sueño?

—En una alianza liberal.

—Un simbolismo aderezado con las especias que deseché para mi menú de fiesta. Tu pacto contra mi ente, y en el rincón de las vituallas el consorcio de los diplomáticos de escuela bizantina. La disputa va a quedar en tablas.

—Retrocede y cuenta lo que has vivido —le pedí.

—El que mi estúpido desvalimiento se dejara llevar por la áspera mano del engaño a un mundo de inspiración

onírica no significa que me devorara el saturnino engaño. No me puse a gritar asustado: ¡estoy solo, protegedme de la tentación y de las malas influencias! Todo lo contrario: ¡quiero estar solo, dejadme estar solo, solo, solo, tengo derecho a equivocarme! Aunque no sé bien qué grito es más cobarde y más inútil, ni cuándo se agota el límite de convocatorias para tener derecho a equivocarse. Pero tú te has perdido en la letra pequeña. ¿Qué ocurre? No puedes achacar a la edad lo que aún no es su culpa. Algunos hados con las alas lustrosas de polvo mágico emigran al finalizar la juventud organizando la despedida como una ceremonia de apogeo, en privado; no es un lance grato el de la lectura de la derrota: escucha, te dicen elevando su copa, lo que ha pasado no vuelve, resígnate, olvida o revienta. A los treinta años se cierran muchas puertas a cal y canto, y de aquellas que al fondo de un estrecho pasillo oscurecido y mohoso permanecían entornadas, quejosos los goznes, hogar, sabroso hogar de las termitas, se rescata una vaga idea que las proteja unos años más de la desidia, simplemente por tener el triste consuelo de un paño de lágrimas. Las puertas entornadas de madera mustia no echan raíces sino cerrojos y su risa es aguda y penetrante como una lanceta. Refleja la incredulidad en tu cara y observa el estrago, de nada sirve taparse los oídos con las palmas o con los dedos índices. ¿Oyes? ¡Pom! ¡Pom! ¡Pom! No llamas, te despiden. La puerta difuminada y tú con cara de lerdo, dibujado el despiste en tu cara y la puerta, la llave y el camino de ida en el foso. ¿Te arrojas al lecho de espinas? Más tarde. Ahora te dices, apretando los dientes, que de los fracasos se aprende, que un error es cosa humana y que tropezar dos veces lo confirma. Ha sido un despiste. Date otra oportunidad para repetir la historia.

La culpa es del reincidente que vuelve a asomarse al hueco, no le ha bastado una caída de la que milagrosamente se ha salvado por la intercesión de la casualidad: allí había una tabla flexible y resistente que amortiguó el golpe puesta por el sigiloso insomne ángel de la guarda. Un susto y unas magulladuras, ten cuidado y utiliza la cabeza; de esta te has salvado por los pelos. Pero el tipo es contumaz, se ríe de los pelos de la cabeza, y cree que sacudiendo los brazos y los párpados el anhelo del hombre por volar será un hecho. Javier podía referirse a sí mismo o a mí o a un modelo contratado para la práctica de la necropsia en un cuerpo desencajado. Aspirantes a examinar el cadáver, un paso al frente, guantes, mascarilla e instrumental quirúrgico, procedan. Somos carne de autopsia si levantan el dedo los indicios racionales de criminalidad.

Inmerso en la fábula del hombre desposeído de alicientes yo iba asimilando su voz, más que sus palabras, al canto del cisne. Me hablaba con refinado laconismo de una muerte sin paliativos documentada en un testamento oculto, hológrafo o quizá pronunciado en los intervalos de los estertores. ¿Pero la muerte de quién?, ¿la muerte de qué? Imprudente y descortés iba a preguntárselo cuando al mundo circundante le acometieron arcadas y espasmos de feo cariz.

—Déjate llevar y es posible que me entiendas.

Me dispuse a ofrecer mi cara de noble indagador junto a una muestra de buena voluntad de las que no se contienen falsamente en la proposición. Con rigor científico esperarí­a el impulso que mueve las vagonetas que recorren las minas y las que, con otra tensión en sus ocupantes, circulan por las vías de la montaña rusa a sabiendas de las emociones en sus pasajeros.

—Tú déjate llevar.

Golpes, crujidos, turbación.

Instintivamente sujeté con las manos los elementos verticales sobre la mesa, apretados los pies contra el suelo vibratorio. Una ola de cerámica y estuco barría el comedor. Todo se agitaba víctima propiciatoria de un furor endógeno, inaudito, ya fueran personas, enseres, monigotes y objetos deformados por una combustión artística; pero nadie atendía al prójimo, si esa era su determinación, tan ocupado como estaba en sostenerse o en escapar del seísmo. ¿Cuántos humanos propiamente dichos éramos en el restaurante? Se me ocurrió mirar para contarlos y no vi a nadie. La siguiente inquietud visual eligió la calle y allí sí que había cuerpos aunque ninguno con los pies en el suelo. Portentoso espectáculo el de una naturaleza desatada esgrimiendo tentáculos que atrapan a lazo, sujetan la captura, la oprimen y la expulsan con un arpegio de cuerda tirante. Podía oír el chasquido de los músculos seccionados y el de los huesos quebrados. ¿O era el cimbreo del arma arrojadiza? Si hubiera podido verme en ese trance sujetando la botella de vino y la copa vacía, el plato del pan, la servilleta y los cubiertos atraídos por el declive, si me hubiera visto elevado con la silla en un punto equidistante entre el techo y el rompeolas, a lo mejor me hubiera echado a reír de mi pánico.

—Déjate llevar.

Dos voces, tres. Una voz con resonancia.

Las cristaleras recibían un castigo de percusión que no lograba agrietar el aislamiento. Cualquier objeto era útil para la catapulta cuya puntería se dispersaba hacia los cuatro puntos cardinales, pero sin efectividad si su ambición era la de romper el cristal y absorber lo que se insertaba en

el restaurante, guiado por un imán invisible con los polos flexibles. A mí, en precario, balanceado en el apostadero, la travesura me reservaba los proyectiles de grueso calibre: coches, semáforos, un autobús, el suburbano de cuatro vagones. Yo, al margen de mí mismo, procuré esquivar con torsiones circenses la trayectoria que me enfilaba y huir de aquella formalizada soledad. La sensación era vívida y desagradable. “Tú déjate llevar”, repetía una voz vieja que me rasgaba la garganta. Obediente me sometía al mandato del miedo y al vértigo de la extrañeza sin que nada en mí fuera capaz de impedirlo. Ridículo me asía a un velador que sorteaba obstáculos a medida que los perseguía. Frente a mí y sobre hilos trenzados de oro y plata el menú de degustación servido en su punto, una sugerencia deliciosa para unos comensales en mutación que picoteaban aquí y allá planeando con el diseño circunflejo de sus alas ajenos a mi peripezia, cuerpos oblongos embadurnados de gasas y pedrería, destellos que multiplicaban por cinco a los emplumados maniquíes. “¿No nos recuerdas?”, me preguntaron, creo que la pregunta era para mí. Asentí con la cabeza y pronuncié sus nombres ahora que los distinguía en su transformación de aves a humanos de ambos sexos. “No hemos caducado.” “Tenemos mucho que contar.” Nadie a mi lado para interpretar la visión ni para protegerme. Las mutaciones aladas pasaron varias veces junto a mí asombro, inspeccionando la presa; satisfechos con la expectativa me depositaron en una corriente de aire, y luego se cernieron sobre la segunda parte del menú. El infinito no tiene límites, no puede ser curvo, quise convencerme. Yo recreaba la cola cenicienta del cometa ondeando como una banderola, viéndome dar círculos concéntricos en el espacio vacío. Era un contrasentido mi viaje circular en un

universo infinito. A cada vuelta conmigo como añadido, abajo o arriba, que hubo alternancia, se me escapaba la precisión, surgía una manga formada por óvalos superpuestos de colores parejos, dos a dos. Un agujero fluctuante de colores pareados.

Corrijo, eran elipses. Y me parecía que hablaban a la manera elíptica de los ebrios y los sofistas de la política al uso. Las aves antropomorfas parloteaban de cosas intrascendentes, masticando despacio con dientes afilados, echándome rejos.

Las franjas elípticas de colores simultaneados respiraban acompasadas: inhalación, exhalación, carraspeo.

—Es el paso de peatones. ¿Qué esperas para cruzar? Súbete encima de una franja y ella hará el resto. A los niños les encanta deslizarse y a los adultos les incordia menos si lo han probado.

Reconocía la voz de Javier pero no así el sentido de sus palabras. Me miraba risueño desde un balcón escindido de su fachada, pero yo no estaba en condiciones de afirmar que era él porque la imagen se distorsionaba al tratar de fijarla. Yo me agarraba a la mesa con poca maña y el susto atenazándome mientras él empuñaba la barandilla con habilidad de mandatario populista, un neonato bolchevique, apenas zarandeado por el tornado. Podía o no ser Javier, pero si no era él, ¿qué líder presidía el pandemónium? Para averiguarlo tenía que acercarme. Palpaba el aire con respeto temeroso, a ciegas casi, y estuve tardo en revolverme al sentir no un cuerpo, no un objeto viscoso o descompuesto, sino la ausencia de materia. Aturdido por tantas impresiones, me pregunté con envidia cómo había llegado ese individuo resplandeciente a la plataforma de subsistencia; ¿de qué se reía? Traté de medir un salto pero me

flojearon las extremidades y no pude compartir apoyo sólido con el príncipe de la primera causa señoreando en el ojo del huracán, personaje de leyenda murmurada cuyas facciones, en el ojeo, perdían las de Javier. Yo seguía dando vueltas estúpido y agarrado a mis pies, abducido por el cometa que soltaba un vociferante domador de fieras al que le distinguía su estatura, el látigo y una profunda cicatriz de sien a barbilla; se divertía el coloso de atavío circense con mis cabriolas, maldito bastardo provocador, nos aplaudía el público que entraba ordenadamente en la sala guardado el aliento hasta los momentos culminantes en los que se impone la sincronización de nuestros movimientos. Puestos a pedir una vuelta de tensión al disloque faltaba el estentóreo ¡más difícil todavía!, el intimidatorio redoble de tambor, que agudiza el drama, y el inefable foco move-dizo que delata la arriesgada actuación del que atraviesa el vacío desprovisto de brazos y piernas, sin la salvaguardia de un arnés recamado de hilatura tornasol ni la gentileza anónima de una amarra atada a los extremos del falso puente. Allá por el final invisible, cubierto de enigma, ta-ña una campana, son hipnótico, ilustración de la magia. Lo que a mí me taladraba los tímpanos era una especie de bufido reptil, no un instrumento de percusión, pero por lo demás ya me hacía a la idea de que mi cuerpo no estaba en ninguna parte, a diferencia de mi cara que destacaba en el mudo parlamento del príncipe de la primera causa. Cómo cambia la vida en un instante, me dije. Ahora yo usurpaba el pedestal situado en la posición dominante a bordo del balcón desprendido y mi anterior yo, la insinuación de un ectoplasma, era engullido por el tornado. Ahí acabó la trepidante aventura del insecto con las alas amputadas y un corte de pelo a navaja.

—Suéltate.

Noté un estremecimiento acompañado de respingo.

—Suéltate —repitió Javier. Mis manos permanecían crispadas arrugando el mantel, mi pulso martilleaba una fragua fumosa—. No te recordaba sugestionable. Tenías que haberte visto... Mejor no, así te quedas con la duda y la única versión cierta será la mía.

—¿De qué me hablas? —le espeté tropicado. Sin mi consentimiento fui protagonista de un suceso que incidía en mi dignidad.

Por no mencionar el detrimento infligido a mi reputación.

—Ha sido espectacular, como en mi sueño. Has logrado que reviva mi sueño detrás de la barrera.

Respiré hondo liberando la presión que ejercían mis músculos. Me dolían los brazos y las piernas, ligeramente temblorosos al no haberse vaciado de la impresión.

—¿Te has visto?

No le mentí.

—Me he visto, hacia el desenlace. Afirmino que he visto mi cara y puede que mi cuerpo; pero eso ha sido antes del capítulo final.

—Es buena señal. Uno ha de participar en su película. ¿Me has visto? Dime si me has visto, necesito saberlo. ¿Dónde estaba yo? ¿Qué hacía?

Le dije la verdad de una conclusión, si hay alguna verdad en un símil de alucinación inducida.

—No te he visto o no he podido reconocerte en el barullo. Pasaban muchas cosas o quizá sólo una pero tan compleja que se prefiguraba absoluta y yo tenía bastante con lo mío como para descubrir al anfitrión escondido.

—Vaya...

Parcialmente descargaba mi malestar con un comentario cuya dureza podía haberle ahorrado.

—Creía haberte visto pero al acercarme lo que supuse tu cara resultó ser la mía —apostillé zafándome de las conjeturas, el remedio más sencillo para combatir muchos quebraderos de cabeza.

—Vaya...

Javier confiaba en otra respuesta. Ahora sí sus facciones se mostraron a mis ojos nítidas y pesarosas.

—Todo me pasaba a mí, todo muy desagradable, si te sirve de consuelo.

Chasqueó la lengua.

—Acaba de soltarte. No te van a poner la cena en la boca — me aconsejó.

A quién no le enfadaría que su película cosechara todos los premios de un certamen excepto el de mejor director. Estaba decepcionado pero no conmigo, yo tan sólo era un actor ocasional con dificultades para meterme en el papel, ni con el guion delante, que visionaba y corregía a diario.

—Hace años que vivo en sueños —dijo sopesando las palabras—; pero no soy yo el protagonista que encabeza los títulos de crédito según advierto al analizarlos; es mi sueño pero no me pasa a mí. En realidad, si me aceptas la paradoja de llamar realidad a un sueño, mis sueños se reducen a uno que cambia sin frecuencia determinada. Al despertar no recuerdo siempre mis sueños, pero los que logro atrapar los revivo hasta extraerles la última gota de esencia, como un alquimista seducido por la conversión de la materia incorruptible en documento legal. Una de las cosas sobre las que insisten los veladores es que yo no duermo, y si no duermo tampoco despierto. Si no duermo ni despierto mis sueños son el producto de una vigilia

inagotable. Ergo, ¿cómo aguanto una vida sin descanso? La apariencia es domeñable, resulta la mar de fácil acudir al engaño para ver lo que te apetece o para fingir que ves algo tolerable en el espejo y que los demás vean lo que tú te has confirmado. Con el mismo argumento me defiendo por la falta de sueño y el derroche de sueños que me hablan de una frustración continuada.

Comía y hablaba con una naturalidad que imaginaba practicada en soliloquios.

—¿Sólo hay una frustración en tu vida?

—Digo que es una porque el resumen es único: me muestra lo que he perdido. Los sueños que me acosan, me entretienen y me desvelan son un recordatorio de todo aquello que no fui capaz de comprender a tiempo y que ya es imposible de recuperar.

—¿Estás seguro?

No me escuchó.

—Retomar ese cruce de caminos es lo que verdaderamente deseo y ya no hay vuelta atrás para mí. Claro como el agua que brota de su manantial a dos mil metros de altura.

Hubiera sido una grosería decirle que en los sueños la pura cotidianidad o los percances domésticos que alivia una llamada telefónica carecen de relevancia. Las imágenes que un archivo neuronal retiene para su interpretación distan abismos de la coherencia impresa en un ensayo clínico con placebo y grupo de control, eso lo deduce cualquiera que eluda de su inercia el maridaje con la obsesión. Pero además de una impertinencia sin disculpa, apartarle de su decepción me colocaba entre los miembros del jurado que pernoctan en un hotel mientras duran las deliberaciones con una idea preconcebida de la salud mental del

encausado. Sin llegar a ese extremo de conclusión le hice notar, medio en broma medio en serio, que el supuesto fracaso no era para tanto.

—Si te quedas donde estás y miras hacia delante te ahorras disgustos y malas experiencias que no hace falta reproducir.

Encajó relativamente bien la recomendación.

—¿Quién habla de repetir? Yo quiero nacer de nuevo porque quiero vivir lo que todavía no sé si he dejado pasar, si he perdido por mi necedad o me ha ignorado sacándome la lengua. Es fácil de entender.

—Muy fácil de ser como dices.

—Si fuera como tú insinúas, he sido cuidadoso con el verbo, de tanto que me ahorro me quedo sin nada. Dime, ¿es una tautología o una paradoja? Soy un consumado practicante de las aperturas, te lo repito para que la onda expansiva de la andanada barra mis oídos, y ese es mi tope en la partida. Es posible que empiece a descifrar el encanto del anhelo pero es seguro que no acabo la partida o el episodio. Veo pasar la vida en un plano secuencia de estomagante lentitud un día, de morbosa aceleración otro día, simultaneadas las velocidades para trastornarme más; de ella nada me pertenece que de verdad pueda considerar mío, pero me retiene presionándome en mi asiento, incómodo y desgastado, para ahogarme con mi impotencia. ¿Te parece una crueldad de la vida? ¿Mi puesta en escena te parece un claro ejemplo de disfunción? Se benevolente, yo lo soy. Creo que la vida me quiere redimir a base de un tratamiento de impacto; es la esperanza residual para un desahuciado.

—Yo creo que flota en la esperanza quien se permite cuestionar sus logros contantes y sonantes: profesión,

habilidad, familia, hogar, amistades, recuerdos, vino de reserva y menú de degustación; ventilando unas aspiraciones de cuya noticia se hizo eco la prensa ayer. ¿Lo entiendes? —Me remonté a la felizmente procelosa adolescencia y la etapa siguiente—. Entonces había que pensar en el futuro desde el origen, y tú y yo lo imaginábamos cuesta arriba porque los caminos que nos apetecían sumaban dos dígitos. ¡Qué ambiciosos éramos! O irresponsables por idealistas en una sociedad cuadrículada. ¿Por dónde empezar? Hay que empezar por los primeros pasos ¿A qué renunciamos? Quiérase o no la elección entre el tomo y el dejo es inevitable ¿Con qué nos quedaremos? Y una bala en la recámara: ¿Por qué no nos dejamos llevar? Ni pensarlo. Bueno, quizás ahora conviene. Los motivos de queja forman parte de la rebeldía, aunque sea sofocada y elegante; son una bendición, demuestra que estamos vivos.

Me lanzó una mirada con denso poso de melancolía.

—No sé a quién tengo delante ahora, si al amigo con el que intercambiaba seguridad y confianza o a un extraño imitador que le cubre la espalda porque el auténtico ha podido largarse y no quiere informar de su paradero. Si eres el auténtico dime si has llegado, dime si ya sabes dónde vas. —Sostuvo la mirada contra un dilema que le oprimía el pecho—. No era mi cara si no la tuya, eso has dicho. Tú escapabas indemne de la pesadilla y yo ni siquiera estaba en mi sueño. ¿Cómo no voy a preguntarme quién soy yo?

Llovía con percusión tonante. Me fijé que en las zonas de calzada y acera sin inundar florecían pompas, síntoma de más agua me enseñaron en mi infancia rural. Miraba como individualizadas sucumbían a su anuncio y se apelonaban para erigirse en el contorno de las vecinas. Un

espectáculo modesto con afinada orquestación. A todo eso, que me distraía con mi consentimiento, la llave del coche estaba en el bolsillo correspondiente y las puertas de la casa de Javier entornadas. Acabé de abrir despacio la cancela. ¿Por qué no pulsaba el timbre? Porque estaba a pie de calle, porque no cesaba de llover, porque las puertas estaban abiertas para mí. Froté las suelas en el felpudo con forma de nube y cuando ya no había excusa a la que cogerse sentí un fuerte empujón que introdujo mi cabeza, cuerpo y extremidades en un recibidor iluminado por la difusa luz de la calle. Me vi en un espejo de marco dorado colgado en la pared, alzado sobre una mesa de vestíbulo con el solo aditamento de un portarretratos sin fotografía; aparqué el paraguas en su zona de estacionamiento. A la izquierda ascendía una escalera de madera que doce peldaños arriba se curvaba en ángulo recto a la derecha; enfrente tenía un pasillo estrecho y desnudo salvo por un perchero en horizontal y dos cuadrillos de interpretación libre; al fondo una puerta con listones y cristal biselado y a su derecha una doble puerta de la misma factura por la que se filtraba el campanilleo horario de un carillón. Las doce del mediodía. Escuché las campanadas de la primera a la última enfocando dos de mis sentidos hacia la doble puerta que advertí entreabierta.

El siguiente empujón fue menos brusco y me condujo pasillo adelante hasta la cocina. Allí me recibió Javier.

—¿Has cerrado la puerta? —fue su saludo—. A veces *Fran* siente la tentación de reconciliarse con su casta y se queda un buen rato ensimismado entre hacer lo que le apetece o seguir haciendo lo que le apetece.

Javier era un gran cocinero desaprovechado; olía bien lo que preparaba.

—¿Quién es *Fran*?

—Un gato macho y adulto que cierto día, y con una intención predeterminada, me maulló al pasar cerca de su escondrijo. Me tendió una trampa encantadora, lince él, y le extendí los brazos, le abrí la puerta de la casa y el músculo percutor de mi pecho. A partir de esa fecha nos vigilamos mutuamente para ver quién de los dos cobra el seguro de accidentes o se lleva el premio a la longevidad; eso sí, con disimulo. Nos gusta jugar a policías y ladrones a horas convenidas.

—¿A horas convenidas?, me suena la frase.

—La pariste tú hace mucho. Eras un hacedor de frases, te he copiado algunas. —Me dedicó un reajo. Había acabado la cocción—. Que repose hasta la hora de comer. Sentémonos, tomemos un vermú y hablemos —propuso echándome otro vistazo—. Conservas el buen estilo de la puntualidad, lo celebros; pero aún debe durarte aquella impresión porque has olvidado cerrar la puerta y *Fran* tampoco resiste los estímulos.

Javier volvía a fumar, y a mí en la circunstancia de un reencuentro acordado a la carrera, con el equipaje de fin de semana en el maletero del coche, me apetecía la seducción del tabaco guarnecido por una copa y charla de viejos amigos. Acepté sin confiarme a mi oposición activa al segundo ofrecimiento de cigarrillo.

—Te veo bien.

Nos veíamos nimbados por las volutas de humo. Era un ambiente irreal pero no falso. Si hubiéramos podido trasladarnos en el tiempo dos décadas el cuadro se asemejaría, devolviéndonos a una situación descatalogada. Las huellas de la edad se marcaban benevolentes en ambos y el tono de las respectivas voces quería ser joven, aunque no tanto

como cuando nos conocimos. Nuestra amistad comenzó por un deseo mutuo de entablarla, con origen en una coincidencia cuyos detalles no soy capaz de recordar a plena justicia. Un cigarrillo, algo de vidrio sin alcohol que sostener en la mano, ganas de conversación y esos inefables proyectos que acudían a la primera llamada.

*Sí, voy.*

Pero había que decidirse y eso no era tan fácil como plantearlo sentados a la mesa. A veces los seres vivos que caminan erectos y racionalizan cada cierto tiempo sienten envidia de lo que ocurre donde no alcanzan a ver, tocar u oír. Javier sacaba de su encierro la baraja ilustrada con la filosofía del valor. Desplegados los naipes sobre el tapete de color verde, gama monstruo de los celos, ofrecía juego al solicitante y al pasivo que siempre está a la espera de que ocurra algo a ser posible favorable y que entrañe el mínimo riesgo. Pensaba, pensábamos: “Ese no se va a embarcar en ninguna aventura que se defina así, pero tampoco naufragará en la brumosa mitología del océano. Ese nunca ha dicho lo de que ya sabes todo sobre mí, o lo de que no voy a arrepentirme de lo que no he hecho, o lo de que si me pierdo mejor no me encontréis porque mi sitio está en la incógnita”.

El cauto gato *Fran* vino a merodear al huésped con la cola levantada.

—En el encuentro que te refiero no hubo un instante de vacilación —dijo Javier—. La armoniosa cabalgata de las Valkirias, cuatrocientas naves de níveas alas desplegadas al viento terral surcando el límite con el mar exterior, con su lánguida reina esculpida en el mascarón de proa de la capitana, desfilaba en paralelo al muelle, a tres o cuatro millas del concurrido puerto, incitándome a subir a bordo

de la más apetecida. En caso de acabar a tiempo el recuento de los cisnes en línea, y de acceder a la pasarela en condiciones de estabilidad, imaginaba que aquel iba a ser un viaje largo, porque de lo contrario no valía la pena embarcarse y, además, tenía que ser un viaje sin escalas ni equipaje y exento de reparo. Me puse a correr contra la distancia y el efecto de frenado gravitacional del sueño en dirección al caballo rampante, de un contraste tordo llamativo, que gobernaba con sus muslos la Adelantada de las Amazonas, mujer de perfil arisco, aviesa mirada y voz áspera. Un cuerpo de carnes prietas con el que solazarse en las noches húmedas del trópico. Yo correteaba con mi figura inclinada hacia el falucho que una de las aves migratorias de plumón nórdico, enseñoreada por mi vanidad, mandaba a tierra para el embarque de los afortunados pasajeros con derecho a cruzar la incertidumbre, ya situados en el pasadizo de la muerte, estoicos uno tras otro: hombre, mujer, mujer, hombre, hombre, mujer, rígidos, tintados de color bayo y las máscaras brillantes de unguento. Mi resbaladiza carrera por el muelle esquivaba el cortejo fúnebre anfibio que repartía entre los asistentes nenúfares, crisantemos, pastelillos de arroz, vino caliente especiado, agua de azahar, revuelto de morcilla prensado en cubos, rodamallo al vapor, sopa de caridad al mostrenco y una endecha cantada por juglar barítono ataviado con los tules de la discordia. Yo iba pensando que el viaje tenía que ser largo para que las amarras no me devolvieran al viejo puerto a la cuarta ola. Me agobiaba la necesidad de ponerme en la fila de los seleccionados y una sed tozuda que me pico-teaba en la garganta refocilada con su maldad. ¿Recargo la copa?

Un viejo puerto para el descanso eterno.

—Sí.

El gato *Fran* se atusaba los bigotes. Me dijo Javier que la lluvia no le provocaba disgusto, ni a él ni a su sigilosa compañía. Podía llover una semana seguida que eso no condicionaba la rutina de ninguno de los dos. Él ya no buscaba solución a los inconvenientes sino caldo de cultivo a los alicientes, en especial a ese que sería la evidencia de su sanación; en cuanto a *Fran*, que obrara a su gusto dentro de las normas establecidas para la convivencia.

—En esta época priorizo aspectos y matices —dijo señalando con su dedo índice la pretendida orientación geográfica del Olimpo.

Las cuatrocientas naves cincelaban una estela de espuma almibarada.

—Las patas del caballo tordo de la Adelantada, enormes, recias y nerviosas, levantaron en su galope nubes de escarcha. La amazona de sensuales extremidades, los muslos rotundos, las pantorrillas y los antebrazos ágiles, marchaba altanera en la dirección de mi fuga, delimitándome la trayectoria y diluyendo mi paisaje en el horizonte. Notaba un frío creciente en la cabeza, poblada de cabello hirsuto, y también unas punzadas de pájaro carpintero en la base del cráneo cuyo sonido acrecía en la bóveda. El galope celador del caballo tordo de la Adelantada era otra música, una música batiente que me sonaba a claveteo de tapa de ataúd. Artesanía para turistas con puestos de venta en la dársena occidental. Mi piel sudorosa relucía con el maquillaje; mi nariz, con las aletas dilatadas a guisa de ollares, expelía el vaho del esfuerzo supremo; mis piernas eran un remedo pálido de ave zancuda. Y empezó a crecerme el cuello para elevar mi vista por encima de la barrera equina. Apenas divisaba las puntas de los mástiles de

las cuatrocientas naves construidas por los industriosos moradores del brumoso septentrión, que a falta de clima con el que vagar a la intemperie se aíslan en su laboriosidad para procurarse un medio de escape a zonas con un índice de insolación de al menos el setenta por ciento anual. La reina de la Valkirias, cuyo nombre se oculta a mi crónica, severa en su vigía, hizo una seña confabulada a la Adelantada de las Amazonas, cuyo nombre desconoce el cronista. Las dos coincidieron en el vértice de mi curiosidad para aguzarla, que otra cosa no pudo ser satisfecha. A todo eso, me distraje de mi principal cometido y había dejado de correr hacia la pasarela todavía en ciernes. En resumen, que había caído en la trampa como un pardillo. Mi experiencia se ruborizó, agaché la cabeza, mis pies cedieron terreno, mis manos cruzaron los dedos y el dolor de cabeza remitió unas horas después de maldecirlo otras tantas. ¿Tienes apetito?

—Aún no —dije.

Javier dio unos pasos sobre las dos alfombras del salón comedor, una de lana en tonos azules, la otra de seda en tonos verdes.

—Metódica ingesta de alimentos, ¿es eso?

—Uno acaba por razonar como su consejo de administración.

En el intermedio del paseo de ronda, la copa en una mesita de cristal transparente y el cigarrillo en un cenicero de cristal azulino, acudieron a mí fragmentos audiovisuales de nuestra veterana relación. Me impresionaba el dispendio de personalidad con el que recibía mi visita, igual que tiempo atrás me asombró su diligencia en el trabajo, en la organización de las tareas domésticas y en todos los asuntos a los que se comprometía, implicándose como si la

iniciativa hubiera partido de él. No le asustaba la responsabilidad, al contrario, le echaba un pulso y solía ganar, aunque luego el cansancio, una fatiga ilógica a su edad y a su físico, hacía mella convirtiéndolo en una sombra a la que costaba recuperar la consistencia. No se justificaba, era su naturaleza, decía, pero yo creo que el factor de riesgo se encontraba acechante en sus neuronas. Era él, contrastes de la vida, quien me advertía de mi precipitada consumición de energía neuronal: “Una temeridad, pues no hay reposición, cuando se acaban los dones mutas en desecho”. Yo aducía en mi descargo que proveedores de escepticismo e ironía cuidaban de su cliente. Javier replicaba que los sucedáneos no pueden competir con la dádiva original: “Pase con las huevas de lompa, la sangre y las vísceras de cerdo para transfusiones a humanos o las hortalizas amparadas en un invernadero; con las neuronas no hay alternativa si se ha convivido en plenitud con ellas”.

¿Pero quién se somete a un minucioso recuento de neuronas y después sigue a lo suyo como si tal cosa?

Para Javier la pauta de conducta en el trabajo era entrar antes, esforzarse al límite, demostrar eficiencia y salir después del horario laboral. Le gustaba mostrarse a sí mismo como un modelo de profesionalidad. Su trabajo había sido la piedra angular de su existencia, pero la valoración que de él mismo hacía siempre resultaba en menoscabo de su mérito; era más que una exigencia de calidad, era un desafío a su intelecto y a su resistencia. Con ello tranquilizaba su principal ansia, hasta el nuevo ataque de necesidad; pero el coste real de esa dedicación absorbente lo pagaba su familia, cosa que no parecía importarle tanto como para ceder el terreno que ampliaba fuera de casa.

—Aún llueve.

—La predicción meteorológica de Radio Nacional de España ha dicho que escampará.

—Esta lluvia anticipa la nieve. Comamos —propuso.

La fatiga en Javier se hizo patente al recoger la mesa y despejar la cocina. Clareaba la tarde, era un buen presagio para él. Propuso que al reabrir los ojos estiráramos las piernas.

—¿Dónde tienes el equipaje?

—En el maletero del coche.

Fue al comedor, sacó un cigarrillo del paquete a la vista, tomó asiento en su mecedora y se puso a fumar abstraído. Me senté como la primera vez en la otra mecedora y dejé pasar el tiempo que marcaba la ígnea punta del cigarrillo. Al terminarlo se despidió como un actor en el entreacto.

—Voy a echar la siesta. Una hora u hora y media, depende de la intensidad del sueño. ¿Te acuestas o disfrutas con otros placeres a tu alcance?

—Me quedo aquí o quizá vaya al coche a por mi bolsa.

—Sube a ver tu habitación.

Una hora y cuarto de agitada captura de imágenes y algún sonido, tal cual explicaba Javier tras su obligado reposo, salimos a pasear por el extrarradio.

—A menudo la voz se me filtra por las raeduras, es un incordio. ¿En tus sueños provocados la puedes captar como si fuera una grabación? —me preguntó con ganas de saber.

—En algunos sueños escucho con nitidez lo que se habla y lo que me hablan, y en otros sólo veo los movimientos de la boca sin que me llegue sonido; y no creo que sea por una deficiente sincronización. Los procesos oníricos van por libre, de ahí que gusten de jugar a las adivinanzas con los soñadores.

—Yo soy un soñador compulsivo, como sabes.

Caminábamos despacio a diferencia de nuestros andares pasados, pero no torpes ni indecisos, Javier con las manos en los bolsillos y más abrigado que yo. No lo recordaba friolero ni retraído ante la humedad.

—Soy un soñador compulsivo —volvió a decir—. Con los años las palabras y las imágenes rehúyen el emparejamiento. Puede que se zafen de mi persecución. Ahora paso mucho tiempo cazando lo que se me escapa y para cuando tengo una composición a la que me acerco para interpretar el sentido, cuando creo haberla dominado, una ráfaga de viento esparce los pedazos y a mí me da la tos, me escuecen los ojos y me pesa la cabeza. Me doy cuenta de que no estaba dormido, me doy perfecta cuenta de que me ha abandonado el sueño y sólo voy a conseguir comunicarme con mi deseo manteniéndome despierto. El viento del escarnio se lleva las respuestas a mis preguntas, ríe con su perversidad y se burla de mi torpeza; de un golpe me tira, de un soplido me arrastra como a un títere alejándome de mis fragmentos; toda mi obra revoloteando en el limbo. Yo la miro con la boca abierta, alelado. Reacciono, eso creo. A lo mejor es un eufemismo. Sigo. Noto activarse el catalizador interno. Voy. Me empeño en recoger lo que es mío pues se me concede el deseo, no son tres deseos de genio de la lámpara frota que te frota sino con uno basta, no quiero más, y mientras palmoteo en el aire, escarbo el suelo y doblo el espinazo siento que me falta el aire y me crujen los huesos. Escucho con dolor agudo las risotadas del viento cuando permuta las posiciones de los fragmentos para equivocarme en la reconstrucción; se divierte a mi costa, dichoso él. Hay un público escindido de mi odio que se ríe de mi desgracia, un público diluido en un líquido

jabonoso. Tanto sacrificio para acabar en fiasco una y otra vez, me reprocho.

El paso de Javier era deliberadamente lento y corto, con la mirada en haces inquietos que intentaba disimular. Me costaba acoplarme a ese ritmo cansino, vigilante, impropio de un feliz reencuentro entre nómadas. Le colgaba flácida una bufanda de color negro anudada al cuello, con las solapas del abrigo en alto y las gafas ligeras pero en equilibrio. Temía que le molestara mi inspección ocular, sin embargo él no estaba presente, mejor dicho, estaba pero en parte, la que me llevaba de paseo, y la otra parte, la ausente, quería enseñármela si podía encontrar los pedazos y luego encajarlos en su espacio para una interpretación cabal; le tenía que ayudar a buscar sus pedazos y a devolverle una esperanza. Mi imaginación también colaboraba.

—Este es un buen sitio para vivir —dijo.

—¿Por qué lo has elegido?

—Habrà una trama del destino. Las cosas suceden por algo. Cogí un mapa de carreteras que no utilizaba desde hacía años, uno de esos encuadernados en espiral, le quité el polvo con un trapo, acumulaba en sus lomos el producto de la desidia, elegí una zona y con los ojos cerrados puse el dedo sobre un nombre. Un nombre que había decidido elegir el azar. ¿Te sirve la explicación?

—Te ha de servir a ti.

—Me sirve. Como ese camino que tuerce aquí y se adentra en esa espesura apocada a la que da vida el viento. Es una paradoja. A mí el viento me quita la vida y a los árboles se la da. ¿Qué hace el viento por ti?

Casi tropiezo pero me repuse con presteza.

—Me ayuda a respirar.

—Bien dicho. ¿Algo más que me ayude a mí?

—Me discrimina el grano de la paja y me confecciona la lista de exposiciones más ajustada al instinto perentorio.

—¡Felicidades! Has conseguido un mecenas con librea. Vamos.

Era el momento de la pregunta original.

—¿Por qué yo?

La bufanda le confería un aire desmañado, en la antesala de la enfermedad que certifica el acta de defunción. Sacó una pipa curvada de un bolsillo del abrigo que introdujo en los labios. Hizo como si fumara, aspirando el humo por la boquilla y revisando que la lumbre de la cazoleta tuviera el grado de calor adecuado.

—Tú estabas allí. Eres parte de aquello. Eres parte de la época en la que todavía era posible...

No le vi aparecer por un recodo del camino, estaba oscuro y las siluetas se confunden al ser mecidas por un viento lúgubre. Yo estaba más pendiente de lo que me contara Javier que de un furtivo atravesado en nuestro paseo por los alrededores de la civilización. Pero Javier lo esperaba. Me di cuenta de que no le causó sorpresa la súbita presencia de un tipo nervioso con la lengua desatada.

—Yo me ocupo —dijo Javier.

“¡Eh, gran hombre! ¿No das con la clave? Y el tiempo pasa. ¿Cuánto falta, eh, cuánto?”

No le había causado sorpresa la intromisión pero le molestaba. Javier guardó la pipa en el bolsillo e hizo amago de encararse con ese tipo macilento de piernas bailonas, una estampa del prototipo de la insania. Quizá me aventuraba en el diagnóstico, pero para desalojar mis dudas el tipejo empezó a correr como si un furibundo Javier fuera a perseguirlo con ánimo de cobrarse la provocación. De repente paró en seco, giró sobre sí mismo y gritó: “¡Eh,

gran hombre! ¡Pedazo de mierda! ¡Eh, fracasado! ¡A mí tampoco me vas a pillar!” Y emprendió la carrera a la inversa desviándose a un metro de chocar contra el cuerpo tenso de Javier. Como si estuviera sujeto por un arnés flexible, recorridos fugazmente unos metros a nuestra espalda que apenas pude ojear, volvió grupas humeando y lanzando alaridos, y al llegar al extremo de la goma compuso un escorzo imposible y cargó nuevamente hacia nosotros eligiendo el anterior lado de paso. Javier permanecía atento al desplazamiento que registraba su mirada fija hacia delante, sin pasar del amago de castigo. Era tal la velocidad con que se movía dentro del radio de acción que le permitían los hilos que difícilmente un manotazo o una zancadilla hubieran dado con sus huesos en el suelo. “¡Eh, gran hombre! ¡Soy más rápido que tú! ¡Soy más rápido que tu pensamiento!” Lo que ocurrió tras unas cuantas idas y venidas cada vez de menor diámetro que concluyeron dejándolo a un metro escaso de la violenta reacción de Javier. Claro que no fue una zancadilla o un manotazo sino un puñetazo en toda regla que dio con el corredor de fondo en el suelo desigual, pedregoso, salpicado de matojos y humedecido. Cuando Javier se abalanzaba para asestar un segundo golpe o agarrar por el pescuezo al aturdido, su burlador se puso en pie de un brinco, se elevó varios metros por encima de nuestras cabezas y entre risotadas siguió profiriendo epítetos que pronunciaban el daño en el rostro de Javier. “¡Eh, gran hombre, mírame volar! ¡Estás acabado! ¡No tienes a nadie!” Una voz estridente reverberando. “¡Eh, gran hombre, te has vaciado de imaginación!” El instante previo a ese vuelo catapultado y la retahíla de improperios me dejó ver la cara del intruso alumbrada por la mirada atrabiliaria de Javier; vi en toda su crudeza esa

cara que era la suya, sus mismas facciones, con la angustia y el escarnio repartidos del uno al otro, no había diferencia en el patetismo de las facciones. Nada más que un instante vi la escabrosa reproducción. Al siguiente estábamos de nuevo inmiscuidos en la parodia que nos deparaba el saltimbanqui. “¡Eh, eh! ¡No te esfuerces que ya estás acabado!” Un rebote continuo, con los ojos desorbitados, la boca extremadamente abierta y el aliento perverso del que no va a callar hasta que lo silencien. Arriba y abajo describiendo una vertical en progresiva mengua. Me recordaba el movimiento anterior en horizontal, pero mi deducción resultó fallida porque a distancia del brazo extendido de Javier, con el resultado previsible para su integridad física, aún sin tocar el suelo comenzó a girar alrededor como una peonza, bamboleándose, silabeando sus incisivas frases. “¡Eh, no eres nada! ¡No tienes a donde ir! ¡Sobras!” Brazos y piernas estirados en su arco máximo “¡Eh, maldito fracasado, eres un estorbo!” Un pelele con rasgos humanos accionado para el divertimento de la concurrencia.

Yo me fijaba en la expresión herida de Javier y, a duras penas, también en la del giróvago para constatar la identidad que creía haber descubierto con el haz luminoso. Seguramente era pura especulación, pero quise creer que también la voz era compartida aunque mi memoria no recogía en la de Javier ese timbre agudo, sonsonete de delirio, con una coda que —otra especulación— demandaba la piedad de quien fuera capaz de escucharla. Acto caritativo que no le dispensó Javier cuando apretadas las mandíbulas pudo agarrarle uno de los tobillos con fuerza renovada —¿le llamó tipejo?— para aplastarlo contra el suelo. Lo volvía a tener a un puñetazo o a una patada de la demolición y fueron varios, ansiosos y contundentes, los golpes

que redujeron al guiñapo —¿lo llamó guiñapo?— a una masa amorfa de la que no salía sangre ni humores ni vísceras. Yo observaba la cara de los enemigos, la crispada de Javier, igual que todos sus músculos bajo la ropa de abrigo, y la deteriorada de su captura, con la angustia del momento final reflejada en ambas y quizá, a la par, un atisbo estupefacto como si ninguno de los dos imaginara que aquello era posible. Javier siguió pisoteando el cuerpo inerme cuyas facciones iban perdiendo el dibujo que los asemejaba como hermanos gemelos.

“Eh... ¿te acuerdas de mí?, eh...”

La bufanda se le deslizaba del cuello para ir cayendo muy despacio junto al cuerpo dislocado, lo que suponía una mortaja para el epílogo de la pelea. Pero el pelele —¿le llamó intruso?— reservaba un hilo de voz y un malicioso brillo en sus ojos con el que despedir el encuentro vespertino que una niebla fría entelaba para evitar el conocimiento de testigos. Era la voz de un agonizante que dispara el dardo certero: “Siempre has perdido”. Javier se agachó con marcada lentitud a recoger la bufanda y permaneció unos segundos examinando la prueba de su ira: “Eres una molestia”. Los labios hablaron al unísono. “Eres penoso.” Javier boqueaba, tosía débilmente con eco de flemas, le costaba respirar. De haberlo encontrado en ese estado, a esas horas y allí, fuera del perímetro urbano, cualquiera pensaría que le habían propinado una paliza y trataba de recuperarse; pero también cabía suponer que estaba atendiendo a un herido que pronunciaba unas frases en voz baja: “¿Se lo has dicho, eh?”

“Sobras.”

Reparé que los dedos de Javier querían pero no llegaban a tocar algo que no pude identificar. Me atrevería a decir

que hurgaba el aire, y ese gesto comedido le producía una sensación hormigueante que le retraía. Se colocó la bufanda con un nudo grande, las gafas con los pulgares y los índices, cerró mejor el abrigo acercando a la piel las solapas levantadas y metió las manos en los bolsillos. Continuaba mirando el suelo y entonces, diligente, con los pies fue incrustando la aparición en la tierra hasta hacerla desaparecer, y luego removió la superficie para traspapelar las huellas del crimen y eludir las acusaciones de autoría, complicidad y encubrimiento que pudieran recaer en ambos.

Javier serenaba su ánimo bebiendo a sorbos el aire que venía del ondulado poniente.

—Hace unos días tropecé... aquí. Este es un camino infrecuente, una trocha que no toma casi nadie, que va a ninguna parte codiciada y que sólo transitamos los pastores y yo si quiero cruzar el bosquecillo para salir a las colinas que están a unos centenares de metros y no suelen recibir visitas. Lo he trazado unas cuantas veces de punta a punta sin dificultad y en solitario siempre, pero hace unos días tropecé, caí como un saco y me hice daño; no lo esperaba, qué estúpida justificación, andaba distraído y di de bruces en este sitio. La caída fue acelerada y violenta, muy diferente a esas que te permiten reaccionar interponiendo un brazo para que la cara salga indemne de la torpeza. Con el frío el daño es mayor, o eso parece. No sé, no sé... Me pareció que un empujón me derribaba y que había perdido algo al caer. Es de esas sensaciones que acuden al momento pero sin dar las oportunas indicaciones para comprobar si son o no ciertas, y vuelven a ratos. Ahora he mirado por si acaso, pero no echo nada de menos que pudiera haber perdido aquí en los días pasados.

Me dijo que no quería que yo me pusiera en ridículo como él. Se adelantó unos metros y me citó para tocar la corteza de los árboles.

—Para mí la de este y para ti la de aquel —indicó apremiándome—. Esta noche nevará y no te veo curtido para una excursión nocturna.

Así habla un padre miope a su hijo único.

La temperatura bajaba y ya no había luz en el cielo o en la tierra con la que guiarse. Nuestros pasos sonaban indiferentes en aquella soledad contigua a la civilización que satisfacía el aislamiento precavido. No me opuse a posar mis manos en la corteza del árbol, un álamo con las ramas desnudas. Me acordé de los viejos olmos cuyos troncos, ejemplo de majestuosidad circundada de añoranza, habían sido rescatados de la condena al fuego para presidir el lugar de encuentro de calles, comercios, evocaciones y gentes variopintas. Puede que un largo paseo hacia las colinas en busca del frío y de alguna elevada inspiración me hubiera resultado menos extraño y más gratificante que unas frases susurradas al espíritu de una olma trasplantada en un menudo bosque que soporta acostumbrado el rigor del invierno. Javier hablaba a su árbol en un tono de confesión y yo al mío en el de la confidencia, mejilla con mejilla; y los dos éramos conscientes de la suerte que corría el otro.

Algunos antepasados de Javier tenían fama de aventureros; eso me había dicho varias veces sin que nunca reseñara ufano de su sangre las hazañas por las que se ganaron el título. Uno de ellos, de nombre Juan Mateo, sumaba al afán de aventura la temeridad. El relato de las andanzas del curioso aguerrido dio pie a elaborar una fábula con añadido de ingredientes varios, como a los platos de la alta

cocina, siempre y cuando condimentaran misterio y moraleja.

El tal Juan Mateo, un personaje apto para toda clase de crítica, no se asustaba del fuego purificador ni le arredaban los muertos que vagan penando por los caminos que cubre el polvo de la historia; de eso alardeaba, bravucón y fanfarrón, ante las dudas y los escepticismos. Pero ya se sabe que de tanto provocar, de tanto meter el dedo en la llaga de los andorricos flamígeros que cumplen una promesa y que pagan una penitencia, lo espantoso se hace hueco y deja consecuencias.

Como tenía que pasar, pasó. De noche, que es cuando los fuegos cobran una dimensión espectral, Juan Mateo salió a por caza de lenguas ígneas sencillamente porque sí, porque decía que sus oídos, sensibles como los del lobo, captaban las voces del otro lado cuando marchaban hacia este lado del mundo amparadas por las nubes y la bruma. Contaba Juan Mateo, a partir de sus previas incursiones, que al misterio se llega por la huella del cuerpo y por la voz, y una vez dado con él, de aguantar el envite del miedo, se descubre todo lo que hay. El puente que une por un tiempo mínimo y en el mayor de los secretos ambas diferencias los días señalados, la de este y la del otro lado del mundo, es de piedra y de un solo ojo; bajo él no corre el agua sino el viento, que acude raudo a la cita, y sobre él no circula el público afanoso de noticias o los semovientes agrupados, ni los contempladores de la vida se entretienen en sus divagaciones ni los poetas elegíacos se apoyan en el pretil para mejor interpretar el canto a la gloria redentora, ni los suicidas pesquisan dónde lanzar el cuerpo para garantizar el objetivo.

Juan Mateo era un candidato a la locura que afecta a los audaces que la posteridad subjetiva entroniza en la grandeza, aunque hasta la fecha y sin interponer recursos se libraba del certificado y su traslado al manicomio provincial, quizá porque le avalaba una comprensión superior y le asistía la bondad que ha de dispensarse al incomprendido que aún no ha hecho daño a nadie salvo a sí mismo. A lo mejor es que no andaba falto de refrendo popular al asegurar que esas voces y esos cuerpos encendidos, a modo de fuegos fatuos, llamativos en la sumisión, eran los allegados de todos y cada uno de los naturales, mírese hacia donde se mire, que antes de finiquitar su estancia en la Tierra trataban de resolver los asuntos pendientes, los negocios inconclusos; eximidos de reglas de convivencia vecinal trataban de perdonar ofensas, de devolver agravios y de ajustar cuentas con quien las tuviera pendientes. A lo que el vulgo, prestando oídos y decorosos asentimientos, daba pábulo y carrete.

El tamaño del espectro y la profundidad de su voz están en relación directa con los años pasados entre sus congéneres, afirmaba Juan Mateo, y nadie entre los vecinos o conocidos se oponía con argumento a esa deducción. ¿Quién iba a saber más de las siluetas flamígeras que el osado rastreador, tantos años al acecho? Pero aún no creaba escuela y por eso tenía que arriesgarse en solitario, con lo bien que le hubiera venido un ojeador alternado a vanguardia y retaguardia. Puede que por redaños —aquí estoy yo— o porque, a la postre, una compañía improvisada estropea más que ayuda, Juan Mateo se las arreglaba solo fiado a su pericia.

Muy oscuro y con el ambiente frío del invierno arriba y abajo, penetró la noche dispuesto a interferir en la

comitiva que marchaba en orden jerárquico hacia el puente. La experiencia acumulada en el seguimiento a distancia de los flameos debía ser su principal baza a la hora de no verse sorprendido por una maniobra envolvente que diera al traste con la identificación. “Tiento y cautela”, iba repitiéndose, “líbrate del humo”, que empaña la vista, agarrota la garganta, taponan la nariz y asfixia los pulmones. Una vacilación le hizo perder un tiempo valioso y onzas de entusiasmo inquisidor, pues no sabía si era preferible salir al encuentro de los espectros por su frente o por su espalda, a cien metros del puente, en el ínterin de calvero o en la impenetrabilidad del bosque mágico. Las luminarias en tránsito perfilaban un camino irreal, una trampa en la que perderse unas horas, un año, indefinidamente. “Tiento y cautela”, le murmuraba una voz que debía ser la propia. “Cuídate del humo”.

Los ojos de Juan Mateo escrutaban la intersección de rutas en el punto ideal. El cálculo matemático era simple y el campo visual aceptable pese al velo y la intensa emoción que agitaba su sistema nervioso, pero aun sobrado de voluntad le costaba poner en práctica el trazado recto. Se había agazapado en una hendidura del terreno tras unas matas que servían de cortina, por debajo había otro piso que anticipaba una oscuridad invisible en la recurrente penumbra. “Cuídate del hoyo”, advertía esa voz que debía ser la propia.

*Sonríe.*

Javier sonreía divertido. Se había sacudido las adherencias del percance con el intruso y ahora se deleitaba su cara con una ocurrencia que no tardaría en contarme. Con la imagen de la satisfacción recobrada me palmeó el hombro

y emprendimos el regreso despedido el camino que se internaba en el bosquecillo de álamos.

—Puede esperar a mañana.

Yo hubiera seguido andando para encontrarme con la madrugada a cielo abierto, me apetecía. Siempre me ha gustado el frío, me ha dado impulso, y nunca he temido a las ficciones que se le atribuyen a la noche, yo también he participado de ellas; el único inconveniente era la probable afonía. Pero como me correspondía escuchar, el peligro quedaba reducido a una ronquera.

Javier se caló las solapas del abrigo.

—Mi bisabuelo Sebastián era un maestro relator —me miró su sonrisa pero no era en mí en quien se fijaba—. Se hacía de rogar para contarnos lo que le viniera en gana porque, decía, las buenas historias, que son las que convencen y las que se viven según se cuentan, exigen un público entregado y no una pamema que contente al viejo de la familia en su aniversario.

”El bisabuelo Sebastián se acompañaba de una copita de aguardiente casero, destilado por él o por alguien con oficio, porque le gustaba enjuagarse las encías y el paladar con la calidez abrasiva del licor. Su aliento perfumaba la habitación y es posible que nos embriagara a los más chicos, los que más le admirábamos. Eso sí, no bebía en ayunas ni bebía en solitario, o sea que a la copa le precedía un dulce o un salado y quien gustara que se sirviera de lo mismo. Luego chitón y a escuchar lo que quisiera relatar-nos.

”La tenebrosa peripecia de Juan Mateo se consumía en un fuego castigador. El bisabuelo Sebastián no pudo cerciorarse de la veracidad de los rumores que apuntaban a un final trágico para el protagonista, cuando ya la aventura

era una leyenda que corría de boca en boca. Dado que Juan Mateo no regresó, al menos en carne mortal, para contar lo que fue o dejó de ser aquella noche de mítica procesión repetida año tras año, sazónada con picantes, las especulaciones camparon a sus anchas, bien cebadas, originando un estado de opinión que ayudó a soportar varios otoños e inviernos de sañuda inclemencia.

”En realidad, nadie supo a ciencia cierta que pasó o, si pasó algo, por qué pasó. Admitamos que el encanto del relato se debe a lo imposible de su comprobación.”

Esa voz que debía de ser la propia, prevenía a Juan Mateo de un mal paso. La posición que guardaba en su atenta vigilancia era como poco incómoda. Introducido en aquel hoyo de paredes rugosas y quebradizas, camuflado por las matas, pendiente de la comitiva en su tránsito hacia el puente y del momento de la interceptación por delante, a los flancos o por detrás, que era su papel en la obra, la espera se hacía ardua e interminable. No tardaron en arremolinarse los calambres que lancean las extremidades superiores e inferiores con acentuado criterio; también los tobillos pisando raíces y cantos emitían su queja que ya ni su curtido empecinamiento podía sofocar. Y no había manera de que el séquito coral, discreto pero elocuente, culminara su sabida trayectoria con un rito estremecedor y al cabo una dispersión augurada que permitiera la intrusión de Juan Mateo sin levantar sospechas mientras terciara la noche.

En el límite de la humana resistencia los tobillos clamaron por una concesión misericordiosa, y al atender la súplica, pues a Juan Mateo no le quedaba otra, sobrevino el traspíe. Quiso flexionar las piernas, una después de la otra, para aliviar la carga de los pies y modificada la posición

mejor aguantar lo que le quedaba para decidir el encuentro; quiso pero no pudo, y a su pesar escuchó el ruido de la fragmentación y sintió desde los tobillos un tirón hacia el interior de la trampa. De pronto la oscuridad se hizo opaca y el distante olor de sahumero que le cosquilleaba la nariz y le guiaba la percepción adquirió la intensidad terrosa de las profundidades inundándole hasta el pecho. Un susto se llevó pero no dijo esta boca es mía, ya fuera por miedo o por corte de digestión es una incógnita, pero lo que se dice sonido delator no hubo y sin aviso no hay quien acuda a socorrer al necesitado.

Vuelva a la tierra lo que de ella salió. Si era lo que cantaba la comitiva elevando el tono al llegar al puente o si la voz era de esas que abandona el claustro lanzando un aforismo irónico para endulzar la rúbrica es otra incógnita, pero que tampoco ha impedido perpetuar la leyenda. El temerario Juan Mateo fue hundiéndose en las entrañas de un suelo tramposo, encontrando la muerte de los héroes de ficción unos palmos abajo. Nunca más se supo.

—Lo buscaron, supongo.

Javier reía divertido.

—Vete a saber. A la gente le gustan los mitos. Yo soy gente, lo de menos es la verosimilitud de la historia. Si Juan Mateo hubiera regresado del abismo, sucio y rasguñado pero tan campante, con impresiones extraordinarias para obsequiar a su público, el mito se deshace a las tres pasadas de viento. En cambio, de esta manera cunde el enigma, nadie quiere intuir dónde se lo tragó la tierra, con qué compañías anda y en qué días se va a dejar ver por el vecindario. Es un héroe que ha forjado el mito, todos contentos y el relator feliz y a brindar.

El bisabuelo Sebastián falleció por causas naturales a los 104 años. Era un asiduo a los funerales del prójimo, que se iba muriendo a su debido tiempo las más de las veces y con el cortejo de rigor. Cumplidos los ochenta años de convivencia exclusiva, cual uno de los elementos indispensables del paisaje local, a Sebastián se le consentía que aderezara las ceremonias fúnebres con pizcas de humor negro, dentro de lo que cabe bien traídas, asépticas y respetuosas, que acogían con simpatía o bondadosa aquiescencia los autóctonos y foráneos, los dolientes allegados y los contritos lugareños. Excepción hecha de las exequias por su esposa, fallecida de muerte natural, dos hijos, por enfermedades, y un nieto, de accidente, la mordacidad de Sebastián lucía cimbreante y formal como el cirio del velatorio más cercano al aliento humano.

Era una celebridad el hombre, por sus muchos años cumplidos, por sus ocurrencias y por su carácter travieso que le granjeó un número parejo de amistades y enemistades, haciendo valer su ecuanimidad en esa muestra de afectos contrapuestos, estas últimas relegadas al segundo plano y en sordina.

—En trance de óbito, la víspera de su adiós, en el sillón que ahormaron meticulosamente sus posaderas, dijo a los reunidos: “Ya está.” Espléndido epitafio.

—Con dos palabras se resume una vida.

Me puso la mano en el hombro.

—Te encargo mi epitafio. Quiero tres palabras: “Y ya está.” He de superar al ingenioso bisabuelo en la frase de cierre.

“Y ya está”, repitió una voz de ultratumba con eco: “ya está, ya está y ya está”.

La Navidad asomaba en las calles y en las casas con su olor peculiar. La Navidad huele a cocina endulzada, solían decir mis abuelas. Me gustaba aquella Navidad de trajines hogareños porque era variada en sus contenidos, acumulando en dos semanas entre diciembre y enero una suerte de emociones contagiosas, donde se citaban a la mesa la disparidad, el refunfuñe por los planes aplazados, los desasosiegos de los anfitriones para evitar los malos entendidos junto a esas deducciones equivocadas que deslizan los lazos familiares aflojándolos al límite de la evasiva, y la predisposición al apego porque las fiestas navideñas lo reclaman. La Navidad huele a canela y mazapán, asado y sopa espesa, afirmaban mis abuelos que rehusaban meterse en fregados de ámbito organizativo.

Javier me llevaba a casa de Remedios.

—Es Navidad —me recordaba—. Hace dos meses cerré uno de esos ciclos que se escriben en doce meses; esta va a ser mi segunda Navidad aquí y te aseguro que en sus prolegómenos es un calco de la anterior. No es que recuerde claramente lo que hacía o pensaba en estas fechas hace un año, ni lo pretendo, la verdad es que me trae sin cuidado lo que hacía o pensaba entonces. Si hay alguna variación en el escenario yo no la he notado, pero me informaré.

—La tradición exige que las variaciones sean mínimas y sobre el mismo tema. En todo caso se permiten los matices siempre y cuando enriquezcan la celebración.

—¿De qué me hablas? —exclamó con sapiente indulgencia—. La Navidad es lo que tiene que ser y no hay vuelta de hoja. Si algo en este mundo ha de permanecer inalterable es la Navidad. La pases solo o en compañía, sea

esta compañía deseada o sobrante, la Navidad es un propósito en sí misma.

—El inefable espíritu de la Navidad.

—Que él nos acoja.

Se pasaba la pipa sin lumbre de una mano a otra, entretenido con el vaivén. La piel de sus manos, ahora que me fijaba, estaba aviejada, seca, notables en los dorsos las manchas de la intemperie. No usaba guantes, yo sí, pero me los quité camino de casa de Remedios.

—Si un año es tiempo suficiente para aceptar o rechazar lo que a uno le pasa, yo tengo que tomar mi decisión sin demora. Remedios nos pondrá al corriente de las novedades, agradecerá que preste atención a sus comentarios ya que mi egoísmo militante cuestiona sus recomendaciones. Ella sabe que no actúo de mala fe, que la escucho y que a menudo pongo en práctica sus lecciones de supervivencia. Mi egolatría es una pose que cultivo en un rincón de huerto tapado por los arbustos medicinales; allí la mimo, allí nos confabulamos, y de ella recibo la autoayuda que he interiorizado para consumo propio. Remedios es una mujer con cualidades. Ha sido mi mejor elección en estos catorce meses. He dado con el remedio para mis mayores inquietudes.

Remedios era una asistenta maternal, identificada con la causa asumida, que Javier había encontrado después de buscar a viva voz dentro del perímetro urbano. Las voces llegaron en breve a la persona indicada, como si el roto esperase al descosido. No les costó acordar la tarea, los plazos de ejecución y el estipendio, sincerados ambos con sus respectivas necesidades. El forastero ya contaba con un vínculo que lo hacía menos extraño, un tanto más afable a ojos vista, aunque igualmente pintoresco que a su llegada. Pero sobre todo, y es lo que había que entender en

esa contratación, Javier disponía de margen para decidir lo que fuera y que sólo a él competía en la idea, el momento y la forma. Un alivio inmenso para el concienciado Javier. De no haber encontrado esa solución autóctona llamada Remedios, la desprotección en que podía dejar al gato *Fran*, a los arbustos medicinales y al resto de organismos vegetales aditamentos de la vivienda alquilada, hubiera invalidado cualquiera de sus proyectos.

—Uno puede hacer con su historia lo que le plazca si vive absolutamente solo, voluntariamente aislado hasta de su sombra, sin dependencia alguna de seres que confían en la seguridad que se les ha proporcionado —empleaba un tono grave al hablar—. Lo he pensado muchas veces y he sentido verdadera angustia al imaginarme en la situación del protegido que de repente pierde lo que se le daba, confiado a esa bendita rutina, sin que pueda cambiar el curso de un destino que se abalanza al cuello con la sentencia en los colmillos. Me he imaginado qué sería de mí desposeído del sustento que posibilita la vida: un plato de comida, un cuenco de agua, nutrientes insertados y espolvoreados y el riego vivificador, sin haber decidido desasirme de ella. Visualizado el macabro relieve, la sensación es horrorosa. Espero que ni *Fran* ni las plantas pierdan su tiempo en tales disquisiciones. Si estoy yo, bien; si no, puesto que más vale prevenir que curar, aparece el remedio capaz de cumplir con sus quehaceres y sus promesas que se llama Remedios. Cuando me dijo su nombre exhalé un suspiro de tranquilidad, cosa que le sorprendió y que no quise explicarle en estos términos no fuera a catalogarme de chiflado previo al beneficio del trato. Ya sabes que soy amable, que doy poco trabajo y que alabo lo bien hecho. Quizá le

tendría que haber dicho: “Usted es un hallazgo. Usted es mi tabla de salvación. Usted es mi pasaporte en vigor”.

—Yo creo que te hubiera catalogado de algo peor, y puede que más certero.

Al entrar en la calle de Remedios, delineada en curva en nuestra dirección e iluminada a semejanza de las colindantes, Javier se detuvo llevándose una mano a la frente, dándole golpecitos de amonestación a su cabeza por haber diferido el recuerdo de algo importante. La felicidad que le lustró la cara al comprobar que un nombre bastaba para solucionar un serio problema le tironeaba por detrás de una mueca de contención que se le iba desajustando. Me hizo una seña con la mano desocupada que interpreté como que tuviera paciencia mientras se concentraba en lo que me iba a proponer antes de llamar a la puerta de Remedios, lo que a continuación me indicó con otro gesto. Me propuso que tomáramos un vino sentados a una mesa redonda con mantel bordado y frente a una chimenea encendida los días fríos entre la madurez del otoño y los balbuceos de la primavera.

—Hay donde elegir —me anunció refiriéndose al vino.

Había poca gente a esa hora, lo que ambos agradecemos. El calor era de hogar y las conversaciones las imaginaba de corte doméstico, apropiadas para ser compartidas antes de la cena.

Javier dio un sorbo a su copa de vino, asintió con leve movimiento de cabeza y percutiendo rápidamente con su dedo medio en el immaculado mantel dijo que nos ocupáramos de nuestros asuntos.

—Nos competen a nosotros, por eso son nuestros asuntos.

—Es de una lógica aplastante.

Dio otro sorbo y una nueva muestra de satisfacción.

—Es lo que dicta el sentido común, y por eso cuesta tanto aplicarlo. El espíritu de rebeldía mal encauzado se opone al mandato del tímido espíritu de la sugerencia, que suele hablar con la voz baja y en privado. Las mejores ideas nacen cuando apartamos lo accesorio de nuestros pensamientos y nos decidimos a escucharnos sin vanidad, sin pretender el halago fácil ni esa condescendencia meliflua que suaviza el error mayúsculo para no fomentar el complejo de culpa y el complejo de inutilidad. Si hubiera seguido aquella recomendación..., si la hubiera seguido al pie de la letra no me hubiera perdido en el laberinto de contradicciones que enturbia la salida. Era tan sencillo.

No dijo más hasta pasado un rato, con su mirada fija en las pequeñas llamas que lamían los leños depositados en la chimenea y las manos descansadas sobre la mesa, a los flancos de la copa de vino.

Tan sencillo que asustaba, puso énfasis al decirlo. Era una idea seductora que le enardecía el ánimo: convertirse en pionero. Transformarse de la noche a la mañana en un buscador anónimo del mundo perfecto.

—Para qué perder mi reserva de neuronas colonizando un espacio al alcance de cualquiera que abriera un mapa de carreteras, con el peligro inminente de los reencuentros y las visitas indeseadas, si haciendo caso del espíritu de la sugerencia podía encontrar uno original y en exclusiva — adujo convencido.

Toda la atención dedicada al espíritu de la sugerencia fue poca durante el tiempo que le conducía por las sendas trilladas hacia las tierras vírgenes generosas en maravillas. Javier apremió a su guía para que ignorara el detalle de los paisajes, “sí, está muy bien, es muy bonito”, las explica-

ciones superfluas y unos consejos que eran válidos para los que se iniciaban en la acampada acompañados de tutores, “sí, vale, lo entiendo. Sigamos”.

Pero los paisajes registrados no eran más que dos: el que pasaba, queriendo dejarlo atrás cuanto antes, y el que se recortaba al fondo, que se resistía a ser hollado. Las trabajosas marchas acompañadas de un silencio opresor se dilataban de Sol a Luna y viceversa, con altos cada doce horas coincidiendo con el orto y el cenit. Agotado y confuso, Javier se dejaba caer en tierra, cerraba los ojos y dormía un sueño profundo sin mensaje. Despertaba a la hora en punto con la garganta seca, hinchazón en los labios, las extremidades entumecidas y la visión borrosa; con un elevado porcentaje de desconcierto también. Otra jornada de ruta pionera en monótona línea recta por delante.

Cuando los ojos recobran la nitidez, el viajero observa un horizonte incómodo que no regala un solo elemento donde permutar fatiga por ilusión. Conforme avanza hacia ese destino ansiado, publicitariamente impecable la oferta, a la par siente el agobio de la desolación. “¿Habrá sido un engaño? ¿Es un sarcasmo?” Se pregunta si habrá sido otro artificio que ha creado a hurtadillas para recaer en la equivocación. Pero no se cuestiona el acortar la distancia hasta la promesa de felicidad máxima. Va pensando que ese camino, esa cinta continua que le fustiga sin avanzar un metro, es el único que merece la pena ser recorrido porque al final verá la luz; una luz cedida por el cielo y transportada por las nubes que al descender se convierten en niebla y al romperse, ¡gloriosa resurrección!, alumbran la mayor dádiva que conmueve el sentimiento animal: el triunfo. Y el triunfador no tiene que disimular su vanidad porque en derredor impera el vacío. “¡Prodigioso!”

### *Llegada.*

Hay que dar las gracias por haber llegado sano y salvo. Es el Día de la Conmemoración, el primer día de la nueva vida que se celebra con un agasajo frugal y un brindis por la esperanza de culminar pronto la hazaña. “Hay que ponerse manos a la obra.” El pionero toma nota de las dimensiones de su espacio, casi infinito, reprime la alegría por los dones que recibirá de la tierra de promisión y mentalmente diseña su proyecto vital tendiendo a la modestia dada la precariedad de los medios a su alcance: unas tablas de madera, unas maromas, un pico, un mazo, una pala, unos clavos y un martillo; el lugar no admite réplica porque las conducciones de los servicios básicos son las que condicionan el emplazamiento de la futura vivienda.

Un pionero ha de saber manejarse en la dificultad con pericia y tiento. Ha de ser consciente de que su soledad es creativa; está solo en el mundo para poder crearlo a su antojo. Pero una cosa es imaginarse todopoderoso creador y otra muy distinta ponerse a ello sin el manual de instrucciones. Cuando le vendieron la idea, una idea que nació por generación espontánea, una idea generada por la influencia mitómana de los antepasados con marca de héroe, en ninguna parte constaba que tuviera que apañárselas con su instinto para obtener una gran calidad de vida. Si no se ha estudiado en una escuela de artes y oficios con maestros competentes —y a lo largo de la vida las reparaciones de la vivienda y del coche han sido confiadas a los profesionales que se anuncian a domicilio o en las guías telefónicas—, ponerse manos a la obra para construir un refugio que sirva para guarecerse de la intemperie y del sinnúmero de animales atraídos por la novedad acobardada, cuya carne palpita jugosa, es una proeza de muy dudosa con-

clusión. La suerte era que únicamente con estirar el brazo disponía de lo necesario para, sudando la gota gorda, enraizarse en el paraíso el resto de sus días. Y no poniendo nuevos reparos al estado de las cosas, “es lo que hay”, comenzó a levantar la casa desde los diversos brazos y piernas que la caridad le prestó sin usura para no eternizarse. Compaginado el esfuerzo del equipo, que alguien capacitado debía dirigir pero que no era identificable en medio del trasiego de carga, traslado, sujeción y cubierta, la casa estuvo terminada en un sueño, lista para entrar a vivir.

Pero no pudo ser. Cuando giraba el pomo de la puerta con una de sus manos originales para tomar posesión de lo propio, contenida la emoción, un desconsiderado estornudo de titán griposo arrancó el tejado proyectándolo lejos, tanto que le fue imposible adivinar dónde se había difuminado en el paisaje. Atónito por la sorpresa, le costó interpretar aquel golpe de adversidad como el prólogo del irremediable fracaso. “Haber llegado hasta aquí para esto.” Al techo catapultado se unieron las paredes, ordenadamente disueltas por antigüedad, el suelo y los listones con la punta filosa de la verja que fueron a clavarse en posición invertida rodeando la exhumación. Se oía a las claras una risa gutural, cruel, recogida a un palmo de profundidad pero amplificada por la corriente de aire exterior al salir por un conducto de los que suministran energía a los hogares; podía ser el siseo del gas que escapaba en volutas de artística factura, podía ser una sarta de fisuras en los cimientos. Humo azulado, liviano, pero con tendencia a espesarse, eso era. “Tengo que marcharme.”

El asombro juega malas pasadas. Ya no cabía integrarse con los modales pulimentados y una tarta de albaricoque en ese mundo ingrato que muestra el camino, los contor-

nos del edén, pero no su final. Haciendo de tripas corazón, era momento de olvidarse del infortunio y regresar a la senda de la conquista para concebir una nueva felicidad siquiera algo más estable y duradera. “De los errores se aprende.” Aunque no siempre el error ofrece la reciprocidad que permite superarlo con la voluntad mermada. “De los errores nadie se libra.”

Las dimensiones del nuevo mundo se estrechan, en horizontal, y abisman, en vertical, con la decepción. El camino sigue en virtud de su función estratégica, y en el siguiente recodo que suprime el episodio anterior incluso se apiada del incauto viajero, amargado por su desdicha, rotulando en un improvisado espejo una frase consoladora: las dificultades del pasado son pruebas que allanan el futuro. Como la esperanza se aferra a un clavo ardiendo, se presume que en la cara oculta de los espejos se incuban los milagros; si en el anverso se escribe la pista, en el reverso tiene por fuerza que consumarse el ruego musitado desde la partida. ¿Por qué con los genios de la lámpara maravillosa sí y no con los espejos del país de las maravillas? El alegato se apoyaba en evidencias que fueron estimadas por el órgano competente en el trámite de admisión.

El viajero pidió una sola cosa y le fue concedida. El deseo no era otro que el de encontrar la casa que había construido para dotarla de garantía telúrica y habitarla por tiempo indefinido con o sin acompañamiento, ascendencia o descendencia. El inmenso esfuerzo de la brigada de brazos y piernas no iba a ser en vano por culpa de una humorada; ese sería el fundamento de su deposición si la dinámica del proceso le obligaba a apelar. Llegaría donde fuera para ganar, en realidad, para no ser derrotado. “He de seguir adelante.” Pero no hizo falta acogerse en súplica a la

vía procesal. Por un edicto de cuarentena promulgado a la sazón, con categoría de sentencia, la zona objeto de demanda quedaba restituida a la potestad del demandante, tal y como solicitaba, con efecto retroactivo en el tiempo y también en la forma, y con la calificación administrativa de parcela urbanizable para uso residencial. Uno a uno, sin intervención humana y en un abrir y cerrar de ojos, los componentes arquitectónicos volvieron a ensamblarse con precisión instalando sólidamente la casa y el anillo de verja. Eso ocurrió en un instante. Pero tampoco entonces pudo ocupar lo que debía ser suyo y para siempre. A la eficiente restitución de los bienes incautados se agregaba la decoración externa, que llegó en vuelo bajo y olorizando el ambiente. Nubes de humo espesadas y ennegrecidas progresivamente enseñorearon las alturas circundantes mientras esparcían pavesas incandescentes. La causa del humo no estaba muy lejos ni muy arriba sino muy cerca y abajo, en el suelo, justo en un diámetro coincidente con la extensión de la parcela. La aspiración del pionero se interrumpía de un modo violento y seguido de estrago. ¿Había ambicionado demasiado? ¿Es que la justicia, en su equidad, no discriminó el perjuicio del beneficio? El fuego avanzaba en espiral cerrándose alrededor de la casa, nuevamente objeto de litigio, lo que posibilitaba una escapatoria si corría en la dirección opuesta a la trayectoria flammígera. Pero no se movió, absorto en la destrucción de su única alternativa. Si no había más, ¿para qué entregarse a otra falsa esperanza en otro lugar ficticio? Era una decisión honesta que, en premio, le valió salvar la vida.

El fuego devoraba la frágil estructura de liberación deleitándose con la materia consumible sin que nada pudiera desbaratar su obra. La verja y la casa ardieron a la vez y

era idéntico el crepitar de la madera. El espectáculo alcanzó su apogeo con el hundimiento del tejado, la primera arquitectura volátil que había escapado cielo adelante en previsión de lo que se avecinaba; cayó a tierra profiriendo un estertor de meteorito, agudo y terrible, que escribió el final de la epopeya.

Javier hurgó en la cazoleta de su pipa.

—Era tarde —dijo silueteando con el dedo la boca de su copa de vino—. Por mucho que quisiera engañarme poniendo oído a la mentira, la verdad no tiene otro nombre. Tarde, simple y llanamente tarde.

Yo iba a hacer oídos sordos a su comentario para evitarme una réplica que adivinaba caería en saco roto. La aventura del pionero, contada distraídamente como si se tratara de la imperfecta memoria de un sentimiento juvenil, de un excedente apócrifo que presta utilidad a una hora intermedia con matices de nostalgia, no me había apasionado ni cosa semejante. Los dos mirábamos el fuego, pero la suya era una mirada pretérita con toque de idealizada nostalgia.

—He aprendido a relativizar la noción del tiempo —dije introduciendo ese aspecto en la conversación—. Si creo que puedo convertirme en el dueño de mi tiempo salgo ganando en el juego donde siempre se pierde; hago un truco al reloj para despistarlo, para que cese en su permanente vigía, y aprovecho para adelantar o atrasar la hora, momento en el que me proclamo dios. Yo soy de los que mantiene la esfera con las manecillas dando vueltas a la noria. A veces compito en un concurso de exactitud con el giro del segundero; él establece el tiempo oficial con su discutir metódico, sesenta segundos es el límite, y mi cálculo mental ha de coincidir en la meta al cumplirse el minuto.

He logrado un porcentaje aceptable de coincidencia. Supongo que ha sido gracias a la práctica.

Javier asintió.

—Cuestión de práctica —acompañó mi frase observando con intensidad el lengüeteo de las pequeñas llamas—. Pero no es igual que esto.

Se acercó a la chimenea y agachándose estiró los brazos hacia el fuego. Puede que llegara a rozar los leños pues vi como retiraba las manos y se frotaba los dedos de ambas. Me pregunté si aquella curiosidad por sentir el tacto del fuego era una reminiscencia de la época experimental en la que la intercesión del ángel de la guarda evita males mayores. A mí me salvó unas cuantas veces de incurrir en peligro cierto, y aunque el escarmiento no ha sido completamente eficaz, sí lo suficiente como para pensar dos o tres veces algunas cosas. Y ya encauzado por la racionalidad, nunca se me ocurriría provocar al fuego con un desplante.

Creo que chapurreaban en el mismo idioma.

Exhalando un suspiro tomó asiento y apuró su copa de vino.

—Me defiende con las manos pero mis ojos se rinden, no soportan el resplandor, me escuecen, y el humo los anega de llanto y cedo terreno al calor mortificante. Es una lástima porque si lograra aguantar me convertiría en un ser protegido por uno de los cuatro elementos.

—Te quedarían tres, a cuál más exigente.

Mi comentario no llegó a sus oídos.

—Cuando me rodeaba el fuego no percibía su calor. No lo sentía porque era un mero atavío, un fuego de artificio, centelleante pero limitado en sus funciones. Iba envolviéndome como advertencia, quizá para decirme que erraba el camino, pero no para estrangularme o consumirme. No

creo que tampoco quisiera liberarme de un error sino al contrario, conducirme nuevamente a él.

*Libérame.*

Querida expectativa, te escribo esta carta precipitada desde alguna de las fronteras que van constriñendo mi insignificante existencia. Hoy, un día sin fecha, un día cualquiera que es víspera de otro viaje a la fascinación de lo desconocido, no me siento lo dicho que quisiera ni identificado conmigo. He perdido la noción del tiempo, cosa que me beneficia, pero a la vez me perjudica al influir todavía más en mi aislamiento. Voy a convencerme de que una nueva intentona merece la pena, y como no quiero engañarte, también te digo que busco un lugar donde el recuerdo deje de acosarme.

La contemplación del futuro me hiere los ojos. Es como mirar el magma fijamente, consciente de la tortura. Veo un borboteo de cocción hechicera donde se mezclan los más diversos ingredientes que no superaron la sencilla prueba de la aceptación. Puesto a recibir el castigo, mejor sería mirarme las entrañas, hurgar, sajar una porción de intestino, hígado o estómago, y en ese vestigio de personalidad leer el futuro.

Magno, el hierofante, es intérprete concertado de fracasos. A su consulta acuden por turno de solicitud los seres libres y los seres emancipados con documento acreditativo, que albergan dudas de variada índole sobre sí mismos, su papel en la sociedad o el sentido de la vida exento de convencionalismos y resignaciones de uso frecuente y práctica intercambia-

ble. La pregunta que formula el maestro de ceremonias es la siguiente: ¿Qué significa ser libre? A veces cambia el verbo y pregunta: ¿Qué significa sentirse libre? El hierofante no contesta si se le replica con otra pregunta, está en su guion; y yo obraría igual. La verdad es que el hierofante pregunta pero no contesta nunca. En eso se parece a la mayoría de los que de la noche a la mañana deciden entablar un diálogo sin exclusiones con sus respectivas conciencias; primero hay que dar con el paradero de la conciencia y luego persuadirla para que hable. Hay que pillarla en un momento de ecuanimidad y preferiblemente desvelada; hay que agasajarla con deferencia, hay que demostrarle que es quien es y ofrecerle, en pago por adelantado, una compensación por su generosidad. Las preguntas a la conciencia han de ser directas y breves, como son sus respuestas; de ahí que convenga haberlas preparado con meticulosidad. La improvisación es un estorbo en este juicio de elecciones; mientras que la sinceridad, si se demuestra, es un aval para obtener una respuesta utilitaria.

Mi egoísmo subyacente me dicta esta carta mientras me dirijo a la casa de los perturbados; la residencia de los perturbados locos y los perturbados cuerdos. Voy hacia la casa de los perturbados escapando de algo, seguro, pero también pensando que si soy yo el que va por delante de mí es que el fuego no quemaba. Puse las manos no sé si para protegerme del fuego o si para comprobar que la serpiente llameada era un camelo, efectivo, muy aparente, pero puro símbolo. De camino a la casa de los perturbados me doy cuenta de que no tengo escapatoria.

Estoy escapando de la libertad como quien hace lo contrario: huir hacia la libertad. Atravieso la barrera de fuego y salgo al mundo exterior; no me he quemado, no me he asfixiado, no toso ni me lloran los ojos, no incorporo el olor de la combustión. Mi aspecto no delata que me haya salvado de la quema, posiblemente parezca que vengo de un funeral; en la colina de atrás se procede con la última palada del entierro. ¿No era una incineración? Quiero que me incineren. Quiero transformarme en ceniza, en partículas volátiles, en cuerpos minúsculos propulsados por el viento. Creo que escribí mi voluntad en dos hojas de papel tamaño folio, pero desconozco si las entregué a quien debía.

Voy hacia las dependencias de los perturbados que convalidan visado en la frontera con la cordura. Sobre la colina florecen las contorsionadas hierbas de muerto, amargas en infusión, que se nutren de la ceniza que deposita el viento y de las aguas subterráneas sin fuente descubierta.

Oigo una llamada de oración, es una campanilla, es el concertino de la música plañidera. ¿Tienes hora? ¿Sabes a qué hora se escenifica el siguiente velatorio? Me da más miedo la soledad de los muertos que la de los vivos, que tiene remedio. Pon un remedio en tu vida para cada desajuste. Alguien me dijo hace mucho en estado homologable de lucidez que los problemas lo son una vez resueltos.

De vuelta a la casa de los perturbados pienso que aún tengo problemas acuciantes por resolver, aunque de ser cierta la aseveración precedente lo que en verdad tengo es ansia de problemas. Me gusta rebo-

zarme en problemas y echarles la culpa de mi insomnio, pues un problema sin resolver no es un problema. Presiento que los muertos de la colina de los muertos bostezan con mi deprimida filosofía que he hurtado del arcano existencial para servirme de consuelo de regreso a la casa de los perturbados. Oigo el soniquete de la despedida, ruidos y risas bajo tierra. Sonido que dura hasta que el fuego barre la colina y chamusca las hierbas de muerto. El fuego no me quema, pero me aparta del camino que conduce lejos de la casa de los perturbados. Es otra oportunidad perdida, puede que sea la última oportunidad que he perdido queriendo aprovecharla. Duele más si es así.

—Esa fue la última ocasión. Mi última oportunidad — dijo Javier con la pipa balanceada entre los dedos.

*Empieza el espectáculo.*

Al acercarse la gente al fuego recogido en su jaula, aparentemente amansado, incrédulo de su poder, un narrador que se identifica por su forma de hablar, cuenta cómo seduce la tentación en la proximidad del peligro y cómo, dirigidos por su atavismo, ellos, que son la sustancia del espectáculo, van a querer experimentar el nervioso influjo de la destrucción. Es un precio módico para una sensación tan grande que, enfatiza el narrador, por primera vez se presenta en este lugar cuyo nombre suele pasar desapercibido a las agencias de noticias.

Pasen y vean. Comprueben, señoras y señores, que la fiera es inteligente. De un vistazo selecciona a sus víctimas y discrimina al cobarde del valiente. ¿Quieren conocer la cara del horror impresa en un rostro desfigurado? ¿Prefie-

ren descubrir que el misterio menos apreciado es su propio miedo?

—¿No te quemaba el fuego?

—No.

Su cabeza seguía respondiendo a mi pregunta mientras perfilaba despacio la pipa. El fuego en la chimenea apenas oscilaba, también él ausente de una expectación viciada por la costumbre. Todo en calma, la de un sábado frío de diciembre que mañana será domingo como ayer fue viernes.

Yo empezaba a tomar conciencia de la realidad de la irrealidad. Apuré mi copa de vino y miré el fuego. Me hacía el efecto que entre lo soñado y lo inventado, si lo había, mediaba en Javier una interpretación restrictiva de la que no iba a desprenderse; que puesto en ejemplo sería como si un acusado contratara para su defensa al fiscal, admitiendo no sólo su culpa sino el máximo castigo que impusiera la ley positiva a su delito y la reprobación pública por su detestable comportamiento.

—El fuego me dijo que ese era el final. Me dijo en tono seco que todas mis aspiraciones concluían en ese último intento que estaba condenado al fracaso desde el principio por mucho que me empeñara yo en lo contrario. No había riesgo de morir abrasado si aceptaba mi destino y salía por la puerta de atrás. Era una invitación a despedir mis deseos, una grotesca invitación a seguir en el proceso vital a partir de la derrota. Me dijo que debía considerarme afortunado por permitirme reconducir mi vida hacia un derrotero menos conflictivo. Me dijo que tras el presente asomaba el futuro también para mí. Podía ser verdad. Podía creerlo y, al rebufo de esa condescendencia, devolver a mi criterio la soberanía de mis actos. Hubiera podido reaccio-

nar como un verdadero espíritu pionero, pero al meteoro de fuego le habían marcado las prioridades en su agenda y con ese trabajo por hacer no le predisponía la compasión. Mentía. Me estaba engañando. ¿Para qué? Mi pregunta era retórica. Está claro que yo no merecía la deferencia de una segunda, una tercera o una enésima oportunidad de reincidir. Así que ayuno de recursos y sin un mísero aliado, la bola ígnea cumplió su cometido y a base de soplos fue expulsándome de mi ensoñación. Acuerdo sellado y rubricado.

*Eso es todo.*

Las tímidas llamas que languidecían en el hogar sorbiendo los leños acusaron una súbita reacción. Yo había notado lo mismo que ellas por una advertencia sonora, una especie de silbido débil pero penetrante que activó mi mecanismo de defensa ante el estallido luminoso y calorífico de una bola de fuego.

—Me pedía resignación... —recordaba Javier, sin especificar si la solicitud era propia o ajena, ignorante del bólido que salpimentaba con chispazos nuestras cabezas.

Yo me quería convencer de que los fenómenos en lugares cerrados de carácter público no se producen por generación espontánea.

—Basta la mera certidumbre... Un ejemplo tras otro... Esa constante equivocación...

Era inexplicable que sólo me preocupara a mí la órbita del proyectil —al que no perdía de vista por si desviaba un ápice su trayectoria, lo que sugería la colisión contra una de las figuras extáticas— y su aleteo amenazador.

—Me afectó. Ya no podía fingir que me creía aquello de que las cosas las pone en su sitio el tiempo y que nada es tan inevitable como denuncia la voz a la que no se

quiere escuchar. Basta de hacer oídos sordos. La mía iba a ser una resolución firme.

Las imágenes confeccionadas en el laboratorio onírico no se corporeizan, no adquieren carta de naturaleza; a lo mejor, por casualidad, el parecido es mera coincidencia, pero eso es todo. No hay verbalización suficiente que convalide una idea delirante en una constatación dotada de peso y volumen. Pero lo que yo veía distaba de ser una invención de mi fantasía o una proyección ilusoria de sorprendente fidelidad con el modelo tangible.

—No hay vuelta de hoja —murmuraba Javier volteando la pipa con los dedos—. Y no me apetece seguir pensando que con unos retoques en la partitura y unas variaciones en el decorado todavía es posible.

La bola de fuego escupía humo oscuro y ascuas y acrecentaba su zumbido al aproximarse a Javier. Después de una búsqueda minuciosa el proyectil había encontrado su objetivo. Se acercó por la espalda, alevosa, y allí quedó flotando a unos centímetros por encima de su ensimismamiento. Yo no podía saber si la bola de fuego presentaba rasgos humanos, porque era una recreación antropomórfica introducida en una esfera, pues mirada directamente cegaba, pero me atrevo a afirmar que en ella residía una característica humana. Ya encontrado su objetivo, con veloz movimiento de zigzag, la bola de fuego desplegó sus estelas y procedió al borrado, de arriba abajo y de izquierda a derecha, de la abstraída figura de Javier, de la que en breve no quedó un cabo suelto. Ni un indicio racional de existencia. Únicamente humo de rescoldo. Allí estaba su copa vacía y en el suelo la pipa curvada —creí haber oído como caía. Me picaba la garganta y a falta de líquido empecé a carraspear para aliviarme.

Cuando la cortina de humo cedió en intensidad pude ver que Javier no estaba, había desaparecido de mi ángulo visual. Mi primer impulso, y como tal poco meditado, fue acercarme a la chimenea. Me agaché para llevar las dos manos a una distancia de riesgo, y con los ojos irritados por el calor y la nariz anegada por el humo de leña vieja me pregunté si aquel mimetismo que me provocaba asfixia no era un síntoma de contagio mucho más peligroso que un simple ejercicio de imaginación.

—No voy a seguir buscando lo que ha desaparecido para siempre.

Era la voz de Javier. Con estupor me mantuve en posición de escucha de cara al fuego.

—Si fuera tan fácil como recuperar algo que cae al suelo, que además avisa y espera, no me importaría pasarme media vida flexionando las piernas —dijo—. Vas a quemarte si te acercas tanto.

Estúpido, me acusé. Javier había encontrado su pipa mientras yo buscaba sus cenizas como un forense los indicios racionales de criminalidad. Por decir alguna cosa que desviara de su curiosidad mi incoherencia, le volví a preguntar por qué yo.

Contestó a la velocidad del rayo.

—Porque eres el único número de teléfono sin vínculo de sangre que no he borrado.

Se echó a reír y me tendió la mano.

El gato *Fran* había conseguido un seguro de vida, y también la flora que adornaba el patio contaba idéntico beneficio. Asentado el cometido protector y con la tranquilidad que otorga una conciencia depurada, las cenizas de Javier viajarían hacia todas las vidas pendientes. La mano

heredera a cargo de cumplir la última voluntad, dispensada de sugerencias sobre la marcha que el interesado formula solapando las varias voces que salen al encuentro de la decisión, optaría por el reparto equitativo de los restos blancuzcos y griseos entre los contrastes, con lo que Javier disfrutaría de una eterna miscelánea con permuta de alojamientos, relacionada la diversidad en vuelos cortos. No habría error humano imputable a la elección al cumplir cada uno la parte correspondiente, acordada en un suspiro bajo el dintel de la puerta de la calle.

Con el bálsamo de una mujer llamada Remedios, la tranquilidad cundía en el ánimo desasosegado de Javier — un desasosiego crónico—; un alivio con el que mejor soportar la paradoja y las alteraciones en el ritmo cardíaco. Remedios lo tenía asumido como una misión posible, sin saber a ciencia cierta cuál era su papel fuera del escenario convencional, es decir, más allá de lo estipulado: tarea, horas y pago, en el melodrama que silencioso e inexorable navega hacia su final. Para un espectador aquella sería una situación intrínsecamente melodramática.

Yo no quería quedarme con la anécdota. Reiteré mi pregunta.

—¿Por qué a mí? ¿Por qué soy el elegido?

Se llevó las manos a la espalda, la postura de un docente emérito.

—¿Sigues buscando?

—Es lo mío —le dije.

—Pues por eso te elijo.

El gato *Fran* se llevaba bien con el hombre benefactor, y respecto a sus congéneres no había conflicto que una instintiva frialdad limara en sus asperezas. La vida para el acogido era un regalo del que se había hecho acreedor por

su consentimiento a compartir espacio, un *quid pro quo* salvando las apariencias. A Remedios le traía sin cuidado la metafísica de un postulado sentimental; sabía ella, aunque nada dijera ni cuando le entraban las ganas de alumbra un pronunciamiento de los que cambian el curso de la pequeña historia, que los sentimientos se mezclan con las manías en un connatural proceso de permeabilidad y que es imposible encauzar las aguas ya desbordadas que anegan las márgenes fértiles para el cultivo y cómodas para la edificación.

Las cenizas de Javier se amoldarían a su urna, a ser posible de madera y sin placa de identidad. Cuando la persona designada tomara en sus manos la urna con las cenizas suyo sería el futuro del acogido. Podría verterlas en una corriente de aire o de mar guardando una respetuosa espera hasta que los recipientes las mimetizaran; otra opción sería la de acomodar la urna en su vehículo y llevar las cenizas a un destino con olor hogareño, convirtiendo al difunto en un miembro de la familia con sus mismos derechos.

Teníamos veintidós años y nos gustaba predecir el futuro sin experimentar ninguna trascendencia. Pero como el futuro está limitado por la condición humana, a veces sobrepasábamos el espacio vital para adentrarnos en el atractivo de una dimensión caótica. Javier era un modesto artista culinario que atemperaba la beligerancia de sus dilemas en la cocina, ideando guisos para sus amistades a las que pedía apetito, benevolencia y el detalle que les viniera en gana. Su casa, un ático de setenta metros cuadrados, céntrico sin exactitud geográfica, despejado de edificios cercadores y a merced de los ocho vientos (o doce o dieciséis,

nunca averiguamos el número exacto de los vientos que nos visitaban), con una espléndida terraza que solíamos frecuentar, no era suya sino de sus padres, y la compartía con ellos y con su hermana Maribel, tres años mayor. Pero como sus padres buscaban la segunda residencia los fines de semana, y Maribel fue una mujer abocada al matrimonio desde la adolescencia, el cuidado y disfrute de la vivienda pasó a ser su obligación en tanto que privilegio. En el ático nos reuníamos antes de proceder con lo que hubiéramos decidido; allí comíamos, brindábamos y nos daba por imaginar. Una noche al mes, aunque la agenda sufría continuas variaciones, la protagonizaba el juego sin afán lucrativo con el resto de aditamentos de una velada tradicional. Fumábamos todos y bebíamos en un tono similar a las apuestas de toda índole menos las dinerarias. La norma en el ático de Javier los viernes o los sábados, alguna matinal de domingo también, era sentirse a gusto, pasarlo bien con los amigos de una manera propia y privada; si se trataba de veladas, había que “apagar las farolas y poner las calles”, o sea, ver amanecer, y luego reconstituirse físicamente con la práctica deportiva. Eran unos planes sencillos, agradables, muy a disposición de los que participábamos. La única exigencia que recuerdo imponía Javier venía relacionada con la puntualidad. Él predicaba con el ejemplo. Decía: “Yo pido lo que doy”. Decía: “Algunas comidas tienen su hora exacta de presentación”. Y nosotros, casi siempre, llegábamos a la hora que nos indicaba. Recuerdo el sábado por la noche que uno de los invitados, asistente habitual, se retrasó media hora; era mucho tiempo para disculparlo sin un escarmiento. Javier atendió la llamada del interfono, escuchó la excusa y le hizo esperar cinco minutos en la calle, pegado al portal.

“Los retrasos deben ser justificados antes de producirse”, sentenciaba.

Su lógica era mundana, a mí modo de ver inapelable. Me gustaba su lógica. Cualquiera puede deslizarse al margen de lo convenido por una razón que no se quiere aducir, está en su derecho, al igual que lo está quien niega que esa razón solape el acuerdo previo por el que todos deciden la hora y el lugar.

Si alguien llega tarde donde fuera que se hubiera quedado, habiéndose comprometido a estar, a juicio de Javier demuestra su egoísmo, pues salvo esa emergencia que cabe al depender los humanos de sus circunstancias, no hay excusa válida que justifique el trastorno de la espera y la demora de lo acordado. Lo sabíamos y lo aceptábamos. Para mí era lo más natural el presentarme a la hora convenida, tenía bien medidas las distancias y calculados los imponderables. Me decía convencido que al parecernos en eso nos parecíamos en mucho, y añadía que la puntualidad acredita a la persona de respetuosa y fiable. La verdad es que yo solía ser el primero en llegar a su casa y eso propiciaba unos minutos de conversación exclusiva, además de ayudarle con las catas de cada uno de los platos, y en el arreglo del comedor y la terraza. Hablábamos desde el pasado hacia el presente, como en un gráfico pedagógico de la flecha del tiempo, evitando planificar a semanas vista, conscientes sin amargura de lo precario de las intenciones cuando se les pide más de lo que pueden dar. “La vuelta de la esquina todavía está lejos”, me advertía, y yo avalaba el sentido de la frase.

Como persona sociable que busca la afinidad en la relación, Javier era muy atento con sus invitados. Era un anfitrión modélico; era el paradigma del amigo que demuestra

su interés por conservar a los amigos: “la amistad hace falta en la vida”. A todos nos parecía un gran organizador. Pero ese reconocimiento no fue óbice para que en algunos de sus proclamados amigos cundiera una lamentable indolencia de la que eludían ser conscientes. Y eso, a ojos de Javier, agrandaba la culpa del autor y de quienes lo justificaban con una madeja de excusas tan manidas como vacuas. A mí me disgustaba que un prurito equivocado engallase al infractor, por lo que alguna vez tuve que significarme tomando partido en contra de las componendas. Javier merecía un trato equivalente al que dispensaba a sus amigos y no hay nada más injusto que las equidistancias.

Esta comunión de intereses nos convirtió en huéspedes dilectos e invitados de postín a su propio y peculiar agasajo, abanderados de un civismo decadente, ahormado a principios y valores de épocas en las que la intimidad en círculos y salones no apeaba el tratamiento. Javier delegaba en mí los prolegómenos y la lista de lectura, aducía exceso de compromisos en su papel, lo que era cierto, aunque creo, y he pensado mucho al respecto, que esos minutos largos de planificación y confidencias servían, sobre todo a Javier, para trazar alternativas posibles en el futuro imaginado.

En esas conversaciones tranquilas y mezcladas fui conociendo la evolución de unos sentimientos que resultaron tomas de contacto precisas con una realidad asimilada, en contraposición a las alternativas. Finalizada la tarea con su visto bueno, nos sentábamos en el salón o en la terraza dejando por unos instantes que la vida con marca registrada fluyera a su antojo. Javier hacía anillos finos y gruesos con el humo de los cigarrillos, abstrayéndose en la hipnótica rotación de las evanescencias; yo, incapaz de imitar esa

habilidad, seguía el vuelo disolvente y los percances que, algunos días, el estado de ánimo del creador ocasiona a sus criaturas. Javier introducía un dedo en el aro proyectado al espacio y lo movía y desplazaba unos centímetros hacia los lados; ese mismo dedo ejecutor quebraba la frágil consistencia del humo transformando la redondez en volutas y, mediando el aire, en filamentos. Seguía un rato concentrado en la extinción de aquellas formas geométricas variables y luego cerraba los ojos recogiendo aire en los pulmones. Me había acostumbrado a la secuencia, que ya era otro apartado de la velada; el más íntimo hasta la aparición de Celia.

Un día, dibujados los nimbos de humo, me habló de ella en un tono de duda. Requería mi opinión. La habíamos conocido a la vez, en la continuación de una noche lejos del ático. Celia era amiga de una amiga de uno de los nuestros, y nada presuponía que iba a convertirse en una aspiración para Javier. ¿Por qué digo eso? Porque no hubo evidencias. Javier era comedido en sus apreciaciones y discreto al manifestar sus sentimientos, ya fuera por la consabida precaución que mueve a los tímidos en materia de afectos o a causa de la incertidumbre que provoca un dilema incisivo que no por nuevo menos planteado en la imaginación como una más de las alternativas. Yo definía a Javier como un hombre que observa para aprender y luego aplicar. Dedicaba mucho tiempo a comparar la práctica ajena, la experiencia indirecta, con la suya en aquello que pudiera aleccionarle en la vida. En ocasiones me comentaba tal o cual aspecto relacionado con la experiencia de otro para, en definitiva, ratificar un juicio de valor personal; si coincidíamos en la valoración, la seguridad en lo que había supuesto le ayudaba a considerarlo viable.

“Me gustaría comprender lo incomprensible”, me dijo varias veces estas palabras, como yo se las había dicho también. No supe a qué se refería entonces y esperé a que completara la frase para dar mi opinión; es probable que la hubiera pronunciado al modo retórico de quien busca una respuesta convincente en el aire si el eco ha enmudecido. Cuando empezó a introducir a Celia en las conversaciones, primero esporádicamente pero en seguida casi urgido de sentarla con nosotros, advertí que sus conocimientos teóricos avanzaban hasta la frontera de la estrategia. No es que Javier empleara la sutileza para abordar según que temas, ni el recurso a la metáfora, pues más bien optaba por hablar con franqueza, a la manera sucinta de quien provoca un cambio de impresiones para en cinco minutos delimitar el perímetro del problema. Pero al situar a Celia en el centro de su interés, y por ende en el foco de mi opinión, expresaba una duda que no era fácil satisfacer para ninguno de los dos.

“¿Quién atrae a quien?”—preguntaba al mundo desde las alturas urbanas, como si eso fuera lo más importante antes de tomar una decisión. Me hablaba de su limitada habilidad con las mujeres y, dando un gran paso adelante, sacaba de su memoria un texto manuscrito donde se recogía un cuestionario de pros y contras en la relación de pareja. La teoría a la palestra. Un derroche de experiencia indirecta con acotaciones propias.

Sonaba a inseguridad. Sonaba a temor de primerizo, a esa ambulatoria prevención del escarmentado que, no obstante, quiere emprender la aventura más apasionante de su existencia. Porque así lo ha decidido.

“El primer paso lo da la voluntad.” Yo creo que fue el segundo paso el del impulso voluntario; el primero llevaba el marchamo de la casualidad.

Las turbulencias tienen autonomía y carácter específico, y por más que se quiera es imposible encerrarlas en un laboratorio de ensayos.

Le dije que cada caso es un mundo.

Me dijo que el patrón de conducta en los humanos, al igual que la energía en los procesos científicos, sólo se transforma, ni se crea ni se destruye.

Le dije que debía tener en cuenta la voz interior, esa que habla al nivel auditivo de uno para uno.

Puso cara de sorpresa, era una mueca infantil muy socorrida, aunque me había entendido. Le dije que a mí me gustaba escuchar la controversia en la que llegado el caso se debatían mis vísceras contra mi intelecto, era un duelo ocasional que me aportaba respuestas y trayectorias a las que seguir sin riesgo de choque. Ambos sabíamos que mi planteamiento por individualista era inhábil para una relación de pareja que podía llegar a ser completa, de las que crean hogar para una familia con hijos y las relaciones accesorias en un marco geográfico concreto.

Mudó la expresión de su cara hacia una solicitud formal de asesoría. Asintió a lo que había oído y me pidió que lo complementara con el retrato de una mujer que pudiera ser compatible con sus preferencias.

“Según tu leal saber y entender.”

Me veía capaz de improvisar el escenario y un esbozo identificable de los protagonistas del cuento. Me divertía, sin malicia, imaginar a Javier casado, asumido íntegramente y con generosidad el papel de un padre de familia que renuncia a su pasado incidental; un hombre protector

y celoso de la felicidad de su pareja; un marido ideal para una mujer con accesos depresivos, tendente a la angustia episódica, necesitada de atención y con el paladar en cuarentena. Pero la verdad es que callé lo que realmente pensaba de Celia y también le omití la visión de un Javier acuciado que con la cabeza gacha y las manos nerviosas cuestionaba su impulso.

No sé si hice mal.

Celia era una compañera divertida en aquella época y se parecía a Javier en lo imprescindible para formar una pareja estable al viejo estilo. Él era tierno y discreto, y ella se conmovía con su dedicación. Parecía que Javier aportaba la intensidad a la relación y que Celia, a medio desprender de su concha, tentaba la suerte tras muchas consultas a un oráculo particular. Creo que Javier entregó más como novio y como esposo y se dispuso mejor a sentir la felicidad de su estado cada día. Pero Celia racionalizó mejor la pareja. Celia se movía con soltura en el ámbito doméstico —era como un mueble con ruedas que apenas ocupa sitio, que no desentona con el decorado y, en cambio, ofrece una utilidad absoluta y eficiente al afortunado poseedor—, y desgranaba las cuentas del calendario con inequívoca predisposición al matrimonio, lo cual le otorgaba una ventaja sustancial a la hora de anteponer su criterio en cualquier discusión de pareja.

Javier partía del ideal amasado en la teoría, era su manual de instrucciones, la carta magna de la convivencia perfecta, y quiso validarlo sin una mínima prueba en contrario, mientras Celia utilizaba su feminidad para hacer soportable una dependencia evidente tanto como esas debilidades que no pretendía ocultar. Hablaron mucho y de todo desde el principio, con argumentos convencionales

muy a mano de ambos, acomodados en sus respectivas vehemencias, a cubierto y con la voz templada en sus pactadas convicciones; pero creo que no se miraban a los ojos y con el tiempo tampoco a la cara. Es una impresión que tengo bien conservada. No he llegado a saber si en la estrenada intimidad acostumbraban a buscarse con los ojos para transmitir lo que sentían sin recurrir a las palabras, algo común entre los enamorados, y una muestra de penetración que califica a la pareja como auténtica, permanente. De lo que no me cabe duda es que Javier actuó como la sociedad que lo conocía esperaba de él: ceñido al guion como marido y padre, responsable, laborioso y protector.

A ese mundo de dimensiones reducidas, previsible y endogámico, le hubiera asombrado que Javier fuera diferente al sentir rutinario proclive a encasillar al prójimo vecino. Estoy seguro que nadie, empezando por mí, imaginaba que su cabeza había capitulado tiempo atrás y que desde entonces se entregaba al capricho del fracaso viendo pasar su cadáver con hiriente asiduidad.

Me lo dijo al cabo de los años, de noche y con la voz apagada, en las calles vacías de una pequeña ciudad elegida al azar para vivir una etapa de conclusiones, cuando nos despedimos de Remedios y agujoneados por un frío intenso caminábamos a recogerlos en su vivienda de alquiler. Me confesó que se quedaba absorto observando el cortejo fúnebre.

Había un coche grande de color negro que marchaba solemne por delante. Sus ventanillas de cristal tintado no transparentaban el interior, pero distinguía una gran corona de flores y la cinta impresa con el lema: “Ha pasado

tu momento”. A continuación del vehículo portando el féretro, que no era visible, desfilaba la comitiva, extendida como una grieta en un páramo, formada por deudos y allegados, su mujer y dos hijos al frente. Un reguero de caras inexpresivas recitaba el codicilo del testamento a los afligidos, a los contentos, a los indiferentes, a los transeúntes del Aqueronte al Tártaro. Hacía calor. Javier exudaba agobio dentro de su traje de ceremonia, le apretaban los zapatos nuevos, le asfixiaba el nudo de la corbata, se le clavaba el cinturón en el vientre al correrlo para que sostuviera los pantalones. Todo en él era opresión. Inspiraba por la boca y retenía con esfuerzo el aire en los pulmones. Le preocupaba no encontrar un pañuelo con el que secarse las manos. Alguien introducido en el cortejo mortuorio exclamó señalándole: “¡Qué hace ahí ese tipo!” Iba a replicarle con amabilidad pero le falló la voz, sólo expelía aire por la garganta seca, un aliento sucio, cargado, de difunto. Una atmósfera sofocante le cortaba el suministro de aire. “No necesitas respirar.” Un dolor agudo le pinzaba los antebrazos, le pesaban los hombros, le dolían las vértebras y el corazón bombeaba descompasado con un latido tosco, hurraño; pero las piernas no le flaquearon y pudo seguir a la comitiva hasta el cementerio. Llegó el último a cruzar la imponente puerta de hierro que separa el recinto de los muertos de las ciudades de los vivos y de los locos, arrastrando los pies, fatigado y con mala cara, cernido por la guadaña. Empezaba a refrescar y una leve brisa húmeda empañó el lienzo mortuorio al paso del duelo. Anohecía en un tétrico crepúsculo de cirios e incensario. Harto complicado distinguir los gestos y las facciones a esa hora de adiós. “No necesitas moverte.” El cementerio ha sido declarado patrimonio de los investigadores de rarezas, esca-

samente visitado por los supervivientes de las tragedias, naturales, inducidas o inesperadas, que depositaron a sus compañeros, familiares y amigos, en el suelo pedregoso, en los panteones de arquitectura neoclásica y cuidados mensuales y en la cuadrícula de nichos. La abundancia de flores artificiales es una muestra de abandono, aun no siendo muchas ni variados sus colores; la mayoría blancas y rojas, sucias y mojadas, agostadas y tristes. Los epitafios son breves, distanciados del ingenio, delatores de una envidia ultraterrena, sobrios tirando a desabridos. Los investigadores de rarezas no perdían el tiempo descubriendo rasgos de literatura inteligente ni vanidades de semiótica mordaz en las inscripciones; la curiosidad les conduce por otros derroteros, por ejemplo, el de averiguar el nombre completo y el número de los enterrados en las parcelas nobiliarias y el de conocer la auténtica historia de ese hombre o de esa mujer que desemboca en un seudónimo.

El protocolo manda silencio. Hay un orden severo en las edificaciones mayores y menores que siluetean la ciudad de los enterrados; la huella de la inclemencia es notable en la obra civil, aunque con viso de dignidad en el mármol y en la piedra noble. Llanto y recuerdo a las puertas de la transición. Él no pretendía acercarse a la viuda ni a los huérfanos para ofrecerles un emotivo pésame. Miraba alrededor en busca de las caras amigas en los cuerpos insepultos, pero ninguna cara llegó a ser lo suficientemente reconocible a la parca luz del funeral. La muerte contrata un servicio de iluminación que la consigue abrumadora durante el responso, la plegaria con dedicatoria a los muertos recientes. Una oración conjunta despidió los restos mortales del identificado en la lápida. “Descanse en paz.” Luego, el semicírculo de condolidos emprende el regreso

a la vida dando un mimético perfil y la espalda al eliminado del censo. “Fue una buena persona, etcétera, etcétera.”

A solas con su entierro e inmerso en la noche de los difuntos, leyó un nombre y dos fechas en la lápida incrustada. Ni el nombre ni las fechas le concernían. Estuvo a punto de soltar una carcajada. “Que ninguno te tenga lástima”, aconseja Cervantes a su creación. Sin pretenderlo había engañado a la muerte y a los vivos. Aquel tipo dentro de un ataúd que acababan de meter en el tercer piso, nicho 17.023, de un edificio con seis plantas de altura orientado a la sombra perpetua no era él. Manos expertas le habían acicalado inútilmente para el velatorio. Pensó que tenía suerte de estar vivo cuando la creencia general era la contraria y que era agradable sentirse dueño de sus actos para hacer lo que le apeteciera. Aflojó el nudo de la corbata, los cordones de los zapatos aliviaron su presión en los pies y en un orificio, quizá hecho a posta, exoneró el compungido vientre. Ya podía respirar con mayor fluidez y eso le infundió valor para conocer de cerca la morada de los muertos en las calles umbrías de ese cementerio urbano.

¿Por dónde empezar a enterarse de los accesos al misterio jamás desvelado? No quería precipitarse, sería absurdo, considerando que el tiempo estaba en su poder, era su aliado. Si no incurría en una estúpida pretensión más propia de los vivos con afanes corrientes, antes que nada tenía que diferenciar lo prioritario de lo accesorio. ¿Qué es lo prioritario para un presunto muerto con prórroga de existencia? Saber, convino.

Le espoleaba el deseo de inventariar sus nuevas posesiones. ¿Qué asombros reservaba el interior de un nicho desocupado? ¿Qué historia podía contar sólo para sus cu-

riosos oídos? Al lado de la última morada terrenal había una tumba cuyo vacío invitaba a una consentida profanación. Tuvo un instante de reparo, quizá miedo a provocar la transformación en su persona si se introducía en aquel útero desecado. La muerte, supuso, podía jugar una mala pasada a su habilidad de tahúr. Pero la puerta abierta era un reclamo imposible de eludir. ¿Qué iba a perder? Se veía como el agraciado por la fortuna en la entrada a la gruta de las maravillas, una oportunidad única para descubrir si tras la muerte aparente y el confinamiento higiénico retorna la vida; una vida reformada que convierte en diferente al neonato, con otro tipo de preceptos, por supuesto de inexcusable cumplimiento, con una estratificada organización social basada en las equivalencias y una compacta administración asimilada a la potestad de los administrados. Tal y como se veía, era el afortunado viajero a una oportunidad para la transformación y la regeneración del espíritu y de la materia. Asomó la cabeza dentro del hueco, vestíbulo del castillo encantado, palpando las aristas y un palmo de las rugosas paredes desposeídas de ornamento; husmeó precavido la longitud del túnel, indefinida por la oscuridad, sin descuidar el frente posterior, en penumbra y rumoroso de aire infiltrado, que atendía con vistazos. Guiado por el instinto animal y decidido a entrar, tenía que exponerse a lo que fuera si quería saber y luego contarlo. Antes de penetrar en el fondo perdido se imaginó gateando, pues no había otra manera de adentrarse en el nicho, estorbado por la corbata que rozaría el suelo y podría engancharse en un saliente. La elegancia debía esperar. Se la quitó sin desanudar y la dejó bien doblada sobre el tercer peldaño de la escalera que en aquella zona asistía a las visitas de los pisos altos del edificio. Respiró unas bocanadas del añejo

aire del cementerio, evocador de la vida pasada y sus integrantes. No sintió nostalgia. Adiós, murmuró lacónico, este es el final de una vida clausurada y el renacimiento de lo que fue postergado ahora sé que indebidamente.

El yo se evapora y el alter ego protesta furibundo, asustado; presiente que la destrucción es inminente y será absoluta; no puede escapar, el malhadado destino no le deja huir; la puerta se ha cerrado, atrás, ocultada esa mínima claridad que absorbe la pupila dilatada; delante hay una puerta, lejos y cerrada. El yo nuevo saluda al yo antiguo por deferencia y ambos, antes de la definitiva separación, tienen que arrastrarse en el calor del horno. El yo antiguo ignora al nuevo, tiene derecho a ese arranque de orgullo, lo desprecia por su obvia falta de mundo; pero es una pose, lo sabe, vana, pedante, ridícula actitud que subraya la derrota. El yo antiguo, que tuvo un nombre adjudicado que no cambió cuando le era permitido por la ley, sabe que algo ha pasado, o lo que es lo mismo, que no hay vuelta atrás. Lo que lleva encima es nada, ha dejado de ser, piensa; la noche es larga, piensa. Tras la puerta ahora cerrada es de noche y por delante hay una puerta cerrada. El alter ego golpea y patea su recubrimiento carcelario, chilla y muerde, desesperado e iracundo araña el amnios sin que su pánico derrame el elixir de la vida. El yo nuevo, amable, cordial, ha engullido al viejo durante la ceremonia de iniciación, convincente, dominador. El viajero así equipado no tiene miedo, ha desaparecido la sensación de abandono —¿quién deja a quien?— y en gran medida la síntesis humana de sustos e incertidumbres. El alter ego continúa protestando con sañuda vehemencia, pero aunque se desgañite asistido de la razón sublime, de haberla, solo y réprobo, su juicio sumario de los recuerdos no va a modificar

el curso de esta historia leída sobre la marcha entre dos puertas cerradas, en un pasillo estrecho de techo y paredes opresoras.

Cae el techo, se acercan las paredes la una a la otra; únicamente el suelo parece estable, acondicionado para transitarlo. Sin ruido. El calor que irradian las paredes y el techo agobia, pero el suelo no quema, y manos, rodillas y pies siguen avanzando a tuestas por el túnel de ojos cegados. Es un viaje hacia la reivindicación, piensa con ganas el viajero.

Ha de salvarse del implacable juicio de los recuerdos. En su memoria ese es el único recuerdo que mantiene y por eso escapa del destino a través de un paso infranqueable. Las paredes y el techo buscan el abrazo de la conmiseración: “Pondremos fin a tu sufrimiento, indefenso humano”. Es tentador, piensa, pero decide continuar porque todavía le nutre la esperanza que acopió al entrar en el túnel. Había vencido a la muerte en su expresión convencional, lo que era un logro mayúsculo; pero ahora tenía que superar la prueba de la tortura física y psicológica. Debía conservar la calma para que su mente trabajara con diligencia, una virtud que le habían dedicado propios y extraños. “El primero en llegar y el último en irte, Javier; ¿cuántas horas tiene tu día?” En *Impexpania*, sociedad mercantil de importación y exportación, se le valoraba por su entrega y sus méritos. “¿Todo el tiempo estás en *Impexpania*? Pasas mucho tiempo allí.” Mucho, mucho tiempo, Celia. Le contaba su jornada para que ella comprendiera la importancia de su labor, un verdadero cargo de confianza, es decir, de máxima responsabilidad. Tenía una nómina atractiva, un despacho amplio y confortable, relaciones provechosas; era un hombre admirado y respetado, la mano de-

recha del jefe, un miembro de la dirección cuya opinión contaba al solicitarse.

A veces le podía la fatiga y su estómago le alteraba el equilibrio. “¿Vas a ir al médico?” Tengo que ir al médico, aceptaba, pero era incapaz de descolgar el teléfono y marcar el número de la cita. Otras veces le agujijoneaba el pecho un berbiquí accionado desde dentro. “¿Ve al médico, Javier?” “Claro, iré al médico”, aseguraba volviendo a la tarea o refugiándose en la intimidad del cuarto de baño. Se decía sentado en el inodoro que a los médicos hay que ir cuando no hay síntomas preocupantes, de lo contrario te diagnostican algo que no quieres oír porque suena fatal y requiere de asistencia sanitaria en diferentes grados. “Iré al médico, pronto”, y se revolvía inquieto en el cuarto de baño o camino de ninguna parte buscando una dosis de viento curativo acondicionada a su miedo. Tengo miedo, se decía mirando sin ver las calles y las caras; un miedo voraz que aumentaba su indecisión y desde ella la incertidumbre al deshojar la margarita: “Sí... No... Venga, hombre, de los cobardes no hay nada escrito”. Iba convirtiéndose en un desahuciado de una dolencia corrosiva ramificada en su cuerpo y dirigida por su psique. “Con el enemigo en casa”, musitaba al espejo, pero no distinguía el mal del error. Todavía, imaginaba, era un enfermo casi recuperable al completo; así se daba ánimos y disimulaba ante Celia y los diferentes exámenes en *Impexpania*. Hasta que de súbito, sin apenas aviso para resguardarse del embate, su enemigo le batía de flanco proclamando en son de conquista la interferencia de los mundos. Con la voz distorsionada su enemigo le ofrecía un trato. Inaceptable. Con la voz entrecortada él musitaba una entrega condicional. “¿Por qué no me tiendes la mano y me sacas del pozo?”

Será tu gran victoria”, arrinconado, con el dolor infiltrado en su apogeo solicitaba de la misericordia una dádiva de crédito blando y una pequeña luz que le guiara sin engaño. “¿Por qué no me ofreces una tregua con capitulaciones accesibles a mi debilidad?”, doblado en un rincón, buscando la querencia de las tablas cuando el aliento de la muerte persigue para el descabello.

“No es para tanto”, quería creer al remitir el dolor; un episodio más sin consecuencias para el censo. “Si fuera al médico me diría que no es para tanto”, en condicional. Su enemigo no era el médico y puede que tampoco una enfermedad de raíces como garfios. Tanta insistencia por todas partes, y un amago de certeza sobre la calificación de su malestar, le hizo acudir a la consulta convencido de superar la prueba. En la sala de espera eludió un conato de excusa: “Se me hace tarde, volveré otro día”. Inválida: “Espere un poco que en seguida le atiende el doctor”. Se entretuvo jugando a las comparaciones con el resto de pacientes, jugando a las adivinanzas: ¿Por qué ha venido? ¿Soltero, viudo, divorciado o casado? ¿Es tristeza, es sospecha, es desasosiego? Jugando a los médicos que se someten a sus colegas para un diagnóstico veraz: las sombras de los pacientes, mimetizadas por los focos halógenos distribuidos en el techo, se interrogan con amabilidad e intercambian información de sus respectivas disfunciones en voz íntima.

El corazón le palpita acompasado dentro del túnel, es el músculo impulsor de una persona decidida a lo que venga. Las manos tantean el suelo mientras el resto de la carne y los huesos notan el aliento amenazante de las paredes y el techo. Pero sin un miedo excesivo en los sentidos. Ni ruido. La falta de sonidos es lo peor, lo que confiere gra-

vedad al asunto. Es un silencio atenazador, de esos que popularmente se consideran de mal agüero; aunque no está seguro de que sea así. Se convence de que él es un hombre cabal, responsable de sus actos y nada sugestionable. El silencio no es tal, masculla oraciones en un lenguaje ininteligible. Presta oído a la letanía, intenta descifrar el mensaje pero no da con la ilación de las palabras. Está en el apogeo de su carrera, quiere convencerse, pero respira con la boca abierta, mermado por el calor y la fatiga. No tiene miedo a la oscuridad ni a *los sonidos del silencio*, pero necesita un aire renovado que conozca la salida. Quiere una referencia con la que alimentar el impulso. Piensa deprisa, se obliga a pensar despacio. Intenta concentrarse en una idea asequible que además le conceda una probabilidad de salvación a centímetros del abrazo mortal. Se fuerza a encontrar la solución cuando se le va el oído a una interferencia aproximándose, una especie de jadeo que no proviene de su pecho ni de su imaginación. El jadeo es un rumor que limita la distancia entre dos puntos ciegos. Un jadeo creciente que se hace notar.

—Le traigo noticias.

El mensajero ha corrido para alcanzarlo.

—¿De quién?

Está oscurecida la zona de contacto, por lo que no distingue el rostro de su interlocutor. Le gustaría verle la cara.

—Son noticias de su familia. ¿Usted tiene familia, verdad?

—Lo confirmo.

No le suena la voz del mensajero.

—Su familia le transmite lo siguiente: “Cuando nos dimos cuenta te habías ido. Ahora nos despedimos de ti con

el deseo de que te vaya bien donde estés”. Esto es lo que le dice su familia. ¿Es su familia, verdad?

—Me temo que sí.

El mensajero repasa su itinerario de entregas y devoluciones.

—No hay posdata ni acuse de recibo, ni el remitente aguarda contestación a su envío. Esto es todo. He cumplido mi misión. Me voy. Que pase un buen día.

Javier piensa que superada la extrañeza y el natural recelo, la aparición le brinda una oportunidad.

—Espere...

El mensajero atiende sin hacerse de rogar.

—Tengo un momento para usted, sólo uno; aprovéchelo.

Pero es taxativo.

Le gustaría verle la cara.

El margen es para una pregunta.

—¿Por dónde se sale?

—¿Hacia dónde?

Para una pregunta comprensible, de respuesta inmediata.

Es una postura incómoda la que perfila el diálogo. De saber la dirección que ha traído respondería coherente al mensajero y a la zaga se dejaría llevar con la correspondencia hasta el siguiente domicilio. Piensa que eso es lo que debe hacer: dejarse llevar como si tal cosa.

—¿Le parece que soy un cadáver?

—¿Usted vive aquí?

—Ha sido un error. El que yo esté aquí, hablando con usted de un asunto tan delicado, no tiene relación conmigo.

El mensajero parece mirarle con curiosidad.

—Vaya...

Javier ha de mantener la iniciativa.

—Sea sincero: ¿le parece que estoy muerto?

Al mensajero no le quita el sueño la cuestión. Aunque la oscuridad no permite ver el gesto, ha sido de traerle sin cuidado lo que sea o como esté el destinatario de la breve misiva.

—Podría preguntarle lo mismo, pero como sé la respuesta la omito. No me gusta perder el tiempo, no tengo tiempo para perder y no he aprendido a negociar con el tiempo la duración de mis pasatiempos. De hecho, es una pregunta que suele acompañarme los días laborables, tal día como hoy, pongo por caso.

Le gustaría verle la cara. A lo mejor han tomado café en un bar cercano a la oficina de correos cuando las comunicaciones de *Impexpania* y las particulares, éstas con menor periodicidad, se mandaban y recibían por el método clásico. Si pudiera verle la cara sería más fácil discernir sobre la verdad y el engaño en su contienda dentro de una trampa para furtivos. Juraría que ellos dos tienen un nexo en común. Metida la mano en el humus incandescente que se consume lenta y pestilente en la pira de los adoradores de la sibilina profecía y ante los adictos al rigor mortis y las libaciones de soma, juraría que uno de los dos era la especulación del otro.

—Quiero salir de aquí. ¿Puede ayudarme?

—Es la primera vez que oigo semejante petición en este lugar. ¿Está seguro de que ha sido un error?

—Sí, lo estoy.

El mensajero carraspea. La atmósfera está algo viciada, como si no hubiera suficiente aire para compartirlo con las visitas demoradas.

—Estoy completamente seguro de que es un error.

Circunspecto, el mensajero traga saliva, se aclara la garganta.

—Tengo una duda respecto a usted, he de decírselo.

—No se prive.

—Verá, los muertos, que son los residentes de esta gran comunidad de vecinos, sólo responden a la primera pregunta; a lo sumo, en circunstancias excepcionales, a la segunda pregunta. Pero usted, además de responder a mis preguntas de rigor, a su vez pregunta y desea. Me da que pensar.

Lo que infunde ánimo a Javier.

—O sea, que es posible, incluso probable, que yo no esté muerto, que, en efecto, haya sido un error de esos que provocan sorna a la ciencia estadística, y que en mi haber disponga de otra oportunidad.

—¿Quién soy yo para saberlo?

Le gustaría verle la cara. La voz no le suena.

—Quisiera saber quién es usted, si no tiene inconveniente en presentarse.

—Es usted peculiar.

—Lo acepto como un cumplido de alguien con experiencia en las etiquetas. Por eso, permítame que le reclame su opinión. ¿Usted cree que estoy muerto?

El mensajero suspira.

—Si yo le contara...

No hay tiempo para narraciones selectivas. Javier le apremia.

—Se nos viene el techo encima y las paredes quieren abrigarnos a pesar de este calor pegajoso. Déjeme ver quién es y entonces decido mi futuro. No me obligue a responsabilizarlo de mi desdicha.

El mensajero respinga. El ambiente pútrido del nicho remolonea en sus fosas nasales.

Prosigue Javier.

—No me empuje al abismo. Mis alas han crecido poco esta primavera pasada y temo estrellarme. Habré muerto de verdad sin haber comprendido el sentido de mi vida. Imagine la terrible condena a la que me enfrento. Haga el favor de alumbrar mi espíritu, usted que es un hombre versado en pedagogía. A propósito, ¿usted es un hombre, no es cierto?; un hombre como yo, quiero decir.

Chasca la lengua el mensajero, taciturno.

—A mí no me cargue el muerto. Su vida le pertenece hasta donde le dé la gana asumirla; suyos son los aciertos y tuyas las equivocaciones. Yo soy un funcionario escrupuloso con el reglamento y el horario de trabajo.

—Entienda mi urgencia. Entre muertos no vamos a andar con remilgos.

—Hágase a la idea de que ya nadie mata al mensajero porque le sale muy caro. No se ofusque con su destino y escriba una carta exponiendo su estado de necesidad al equinoccio de otoño.

—¿Qué me garantiza eso?

—Una prórroga en cualquiera de sus decisiones hasta obtener respuesta. Pasa el otoño y llega el invierno; de una a otra estación media una vida. Piénselo, si le viene en gana. Yo me voy, tengo cosas que hacer antes del solsticio de verano. Que pase un buen día.

Le gustaría ver la cara al mensajero que ya nadie mata por temor a una demanda de mayor cuantía o, al menos, el perfil. Aquella voz de tono neutro, ligeramente ahuecada, no le ha despertado ninguna asociación pero le inspira confianza, le parece sabia en lo que recomienda. ¿Qué puede

perder? Se apresta a escribir una carta, en términos precisos, exponiendo su estado de necesidad a quien proceda. Pero en vez de entregarla al mensajero para que la haga llegar a su destino, prefiere llevarla en mano siguiendo al que recorre con conocimiento de causa la distancia entre la entrada y la salida.

—Voy con usted. Aquí nada se me ha perdido.

No hay respuesta.

Al fondo —¿hacia dónde?—, cree distinguir el estilismo de un paraguas. ¿Llueve en la zona descubierta del decorado? El bochorno es agobiante. Ahora él también jadea como el mensajero al dar con su paradero y piensa que el sonido áspero y reverberante, desplegado en abanico al ampliarse su espacio de maniobra, es de su incumbencia. Pese al inconveniente de la postura —todavía no ha reparado en el ensanchamiento del túnel, cuyas paredes y techo aparecen labrados por el misterioso cincel del prodigio acuoso, paciente y constante— y la preocupación, inherente a los seres vivos, por orientarse en la línea horizontal que acerca o aleja la presumible salida que una luminosidad difusa puntea en el símil de horizonte, le cosquillea la dermis un aleteo esperanzador, revolea en su estómago y le provoca un inusitado placer la contemplación de un futuro que, en un marco reconocible, había desaparecido poco antes, unas horas, unas semanas antes.

Gotas de agua salpican su cara y las manos.

—Es usted un hombre prevenido —grita al mensajero—. Porque usted es un hombre como yo, ¿verdad?

El eco magnifica el interrogante expandiéndolo por la admirable gruta, receptáculo para los evadidos que han atravesado, con o sin ayuda de los altruistas guías trashu-

mantes, la frontera que delimita el mundo de los propósitos del mundo de los hechos.

—Un hombre como yo me veo a mí mismo— aclara.

Javier parpadea aturdido por el súbito fulgor de un mediodía imperioso.

—Es usted un hombre afortunado —escucha por delante, justamente en la dirección del paraguas que vuela en el seno de una corriente de aire que musita una canción de viaje.

*Déjalo pasar.*

En pie y estirado el cuerpo para desentumecerlo, Javier únicamente ve el útil aditamento para protegerse de la lluvia que empapa el bostezo de la gran boca. Ha llegado al final del túnel; aquí comienza el siguiente decorado.

*Lo mejor está por venir.*

El paraguas teñido de fulgente luz natural se apoya en la repisa, una lengua de piedra para tomar carrera que saluda desde la provocación, liviano inclina su eje en la estación de la melancolía, se balancea con el hálito de la despedida y cae cual hoja de arce hacia el vacío prometedor.

Javier calentaba la cena.

—No tengo apetito pero me impongo un depósito de alimento en el estómago cinco veces al día, en cantidades variables y a temperaturas distintas. Lo hago para compensar el estrago del vicio.

Caldo de verduras con jamón, previamente aminorada su fuerza, legumbre parda del terreno y pasta de sopa. Era el plato serio de la noche fría, una manifestación culinaria austera para los momentos privados que revelan la historia. El gato *Fran* cumplimentaba un interés superior enca-

ramado a la poltrona; debía suponer que no hay visita que dure cien años.

—Seguimos con el vino de la comida.

—Y con tu relato. No me dejes a medias. Quiero saber dónde cayó el paraguas.

—También a mí me gustaría saberlo. Pero sólo albergo conjeturas. Me pasa lo mismo con la cara del mensajero, que hasta hoy he imaginado de uniforme azul y amarillo, el cabello arrebatado, de estatura baja, patizambo y con los ojos saltones.

La sopa olía a hogar de época pasada, una delicia. Celia le ayudaba en la cocina en lo que él aceptaba interviniera, poca cosa, esporádica y de fácil ejecución. Ese era su momento más privado y cuando mejor se concentraba en los asuntos que debía atender. Javier era deliberadamente parsimonioso con sus creaciones y metido en harina sólo hablaba para preguntar, comentar o responder, si lo que iba a decir no admitía espera.

Me pidió que fuera a la mesa, pero yo me quedé en la cocina presionando con mi curiosidad.

—Una canción de cuna en la estación de la melancolía. ¿Es romanticismo innato o vulgar desespero? El paraguas vuela y tú...

Encendió un cigarrillo alejado de la cocción. No quería influencias nocivas para su obra.

—Yo lo sigo —dijo.

La lengua de piedra finaliza bruscamente convertida en tobogán. Tiene que decidir si frena o cae, muy simple. Su elección es entre conservar el puesto de vigía en la cofa del barco fantasma o abocarse a la atracción del vacío en un vuelo prometedor de emociones reclamadas.

Javier recuerda que sintió el poder de la atracción al situarse a centímetros del borde, la estricta divisoria que no concede la segunda oportunidad. El salto era magnífico, escalofriante en su descenso, impredecible porque había que intentarlo para saber durante cuánto puede sostener la voluntad un pulso a vida o muerte con el destino. La dulce llamada de la tentación sonaba en sus oídos: “Tú puedes”, más contundente que la recomendación contraria: “Para qué”, mucho más embriagadora que la apelación a la instancia definitiva: “¿Qué sentido tiene?” La melodiosa llamada era la caricia de bienvenida a la rampa que empuja al abismo.

Javier guardaba entre algodones aquella sensación experimentada en los cortados de Belros, un paraje inconfundible por el que no ocultaba su devoción. Me había llevado en dos ocasiones, y en ambas tuve su misma sensación sin haberme expuesto al contagio. Aunque el cielo esos días estaba despejado, libre casi por completo de nubes y el Sol brillante, la atmósfera de Belros entelaba el horizonte y la visión periférica, lo que no restaba un ápice a la grandiosidad de la obra natural. Al lado de un conmovido Javier que absorbía por todos sus poros las emanaciones del reto, yo también sentí en lo más íntimo e indefinible con palabras que era posible atravesar ese enorme espacio acolchado de aire sin merma de la conciencia y sin riesgo a un desenlace trágico. Sin embargo, mi indiscreción no fue nunca tan tirana como para acercarme al límite de la solidez apostando a una sola carta. Yo observaba su coqueteo en la rugosa plataforma de salto con el aliento contenido y tironeado hacia una zona de seguridad por mi instinto de conservación. Admirado de su desprecio al peligro quise imitarle, siquiera un paso por detrás, pero fue imposible

convencerme de que la providencia, puesta de mi parte, evitaría el impacto contra el ridículo.

En la frontera que separa lo que es de lo que puede ser, Javier calculaba la propulsión necesaria para el despegue. El piloto de pruebas tenía ganas de saborear el triunfo máximo, y de haberlo intentado conmigo allí, estatua cómplice de lo que tuviera que suceder, es posible que ni mi gesto ni mi voz hubieran desaconsejado aquella insospechada aventura. Alguien tenía que averiguar el índice de probabilidad, y quién mejor para certificar la atracción hacia el vacío en carne mortal que un idealista afecto a sus obsesiones y eximido de vanidad. Me consta que no había financiación publicitaria para su enmascarado atrevimiento.

—Le sigo. Creo que es el mensajero con su uniforme azul y amarillo, remedo de acuarela celestial.

La presión de la caída anega los ojos de llanto. ¿Lloras, estúpido temerario? Han desaparecido las referencias espaciales, la materia se descompone en un estado genuino y el tiempo se pliega a una dimensión latente.

—Lo rebaso. Me supera.

Es el malhadado sino de los que llegan tarde.

—Vuela en alas de la corriente.

El paraguas asciende a un nivel inalcanzable.

—Seccionada su anatomía.

Ave de cuerpo varillado y pata única, ganchudo pico acerado, membrana retráctil, espolón filoso.

—Aditamento de uso cotidiano.

Recortado en negro contra una superficie nebulosa de *blanca palidez*.

—Desciendo.

Es una caída lenta y mareante por una espiral de suave inclinación, hecha de un material flexible y blando al tacto, cuya estructura va organizándose a medida que se imagina como soporte físico.

—Compruebo.

Por el camino que sale del cementerio y lleva a un lugar opuesto, Celia y sus dos hijos, a pie y sin más compañía, comentan las peculiaridades de la jornada luctuosa.

*Nunca vuelvas otra vez.*

Hablan ajenos a lo que ya no les incumbe.

—Acudo a sofocar el grito mudo de la sangre.

Hablan de sus intereses recobrados en un lenguaje coloquial sin mirar a los lados, sin desviarse de la ruta balizada que preserva del abismo.

—Me acerco. Me separo.

Javier ve a su familia. Admite que él la ha creado en un cincuenta por ciento, según la estimación contractual, y que la idea de formarla surgió en la cocina, a solas con la pinche, preparando la cena para los amigos un anochecer de abril. Celia se había ofrecido a trajinar en la cocina. Quiero aprender de ti, dijo a un encantado Javier. Desde entonces ella le ayudaba mientras aprendía los recursos del maestro para enmendar los imprevistos y sugería el rumbo de la conversación. Celia es discreta en público aunque no pasa desapercibida, es sociable, actúa como anfitriona y correa de transmisión de las preferencias de Javier. Capta rápido, se mueve ágil y obedece a la primera indicación. En dos meses la vida de Javier ha experimentado una transformación notable; le sienta bien el cambio, se le ve contento. Es consciente de su suerte, está cómodo con la situación que cree ha propiciado. Le seduce Celia, el por-

centaje de este atractivo es lo de menos; cree que con ella va a sentirse a gusto.

Puede funcionar, me dijo entre nervioso y excitado.

Javier se convence. En su cabeza, como en la cocina, el acceso se restringe a Celia, pero no es del todo sincero con ella y se pregunta cuál es el motivo de su reticencia. Al afirmar que ella es la mujer con la que compartirá su vida ha dejado sin efecto una cláusula que no puede eliminar. Eso le provoca un ansia que se enquistas. Pero como no encuentra el punto de apoyo que le catapulte a una sinceridad que, en el peor de los casos, dará al traste con el proyecto que ha concebido, contemporiza y se aferra a la idea dominante. Le dolería perderla por una mala interpretación una vez convencido de su relación en pareja. Las siguientes semanas, de día y de noche, se repite que Celia es cuanto desea en una mujer. Su voz se superpone a otra, también suya, y a otras, que comentan porque lo permite la amistad. Hasta que encomendado a su instinto zanja las discusiones y pasa el Rubicón.

Duerme poco y mal. La maldita voz interna es perseverante y en lo sucesivo, con una regularidad pasmosa, le suministra quebraderos de cabeza. Javier recurre a un pacto de mínimos con su conciencia. Le dice: “De acuerdo, no la buscaba. Me precipité. Celia no es la mujer que concebían mis sueños. ¿Pero es posible extraer visos de certidumbre desapasionada de un sueño? ¿Tengo tanta paciencia como para esperar que madure la relación a la sombra de otros árboles? ¿Sabré reconocer la afinidad si doy con ella? Formuladas las preguntas de rigor doy carpetazo al rompecabezas, cojo el fruto de la rama, dechado de ternura y galantería yo y proclamo: lo que ahora tengo es suficiente y voy a hacer que dure”.

Para encontrar hay que buscar, replica la voz interior.

Se había desatado la guerra y él no estaba preparado ni para atacar ni para defenderse. La relación se volvió un despropósito.

—Escucha pero come, se te va a enfriar la cena —dijo Javier pendiente de sus dos realidades. Se recostó en su silla y mirándome con fijeza insertó un comentario en mi línea de flotación—. Tú estabas buscando. Me dijiste que sabías lo que buscabas y que no importaba el tiempo que tardaras en conseguir tu ideal porque el buscar lo que uno quiere le da sentido a la vida. ¿Todavía es así?

La sopa olía y sabía a hogar bien avenido.

—Sí —dije.

—Ergo, no has encontrado todavía.

La expresión de su cara y el torpe ángulo de sus manos ejemplificaban la simbiosis de la tristeza con la fatiga. El peso de los errores vencibles, a los que no se había enfrentado por rechazar su admisión, le doblegaba el ánimo. A Javier se le enfriaba y espesaba su obra culinaria, aunque eso tampoco parecía importarle a la espera de que una afirmación o una negación cubrieran el rango de sus expectativas. Esa noche mi viejo amigo era la síntesis de una caricatura a la que su creador ha acentuado la miseria del desvalimiento: “Apiádate de este errabundo extraviado, prójimo mío, que soy un fracasado por haber incurrido en la autocomplacencia”. Oído. Pero la verdad es que yo no acertaba a comprender si me imploraba una amarra o un cuchillo para cortarla.

—No. Exactamente lo que busco no lo he encontrado —confirmé.

Su culpa era por omisión voluntaria, lo que le condenaba a vagar desposeído de placeres. Aun habiendo acep-

tado la pena en la fase preliminar de la instrucción —sin alegar nada en su descargo, formalizada su renuncia a la defensa asistida, solo, decepcionado y en silencio—, no fue óbice para que pretendiera, desde la más estricta intimidad, dar con la clave mágica que elimina el pasado y abre de par en par las puertas del futuro.

—Paso a través de ellos.

Celia y sus dos hijos hablan libres de excusa y de estorbo. Tienen un aspecto lozano, según los médicos gozan de buena salud. Recorren una senda trillada llenos de confianza en el porvenir, cómplices del secreto que ya no han de guardar. Caminan distraídamente sobre el tímido requerimiento de quien ha dejado de ser, balanceados los dos olvidos en el gris ceniciento.

Javier quisiera decirles algo sin gastar demasiado tiempo. En unos minutos de gracia, tomándola del brazo, podría explicar a Celia que quiso convertirla en aspiración invirtiendo el proceso que a él advertía de sus errores. Se hubiera despedido de ella con pocas palabras, “la obra se ha revelado imperfecta”, y un remanente de cariño, “disculpa mi obsesión, perdona mi fantasía”. Pero no se atreve. La felicidad se trunca con la intromisión de un *acorde desafinado*. Prefiere que la herida propia gangrene antes que cicatrizar con el ungüento de la compasión.

“Pobre hombre, por más que busque nunca va a encontrar.”

Apresurado redacta el nuevo guion, dispone el nuevo escenario y elige los nuevos personajes a uña de caballo. Vais a ser como yo mande, el reflejo de mi engreimiento, advierte.

También liberado de las responsabilidades superfluas —pretende reírse de las visiones acusadoras que observan

el vuelo primerizo con un desplante trágico, la pomposa rúbrica de la catarsis—, Javier estira los brazos y las piernas para sentir la caída a plena intensidad. En vano. Porque es tan liviano el descenso que la pose acentúa el ridículo y poco después el fiasco. De hecho y a su pesar, apenas se desliza por una pendiente ondulada que circunda un aria de remordimiento, asalariada procaz de las perversas visiones.

“¿Por quién lloras? ¿Por quién sufres?”

Replica con su andanada de reserva:

—¿Dónde está mi fantasma? Hazte visible. Habla más alto que no te oigo.

Aire mundano, indiferente, en el cortejo que abandona a ritmo de duelo el cementerio. Nadie se asoma al precipicio, el cortado impone. Sólo un brazo señala ese trazo inestable y le comenta:

“Tienes asuntos pendientes.”

En la hora del adiós —hasta nunca, cero a la izquierda— se personan las obligaciones citadas por las envidias:

“¿Te marchas? Tienes que...”

Estómago revuelto. ¿Qué me cuentas, viejo maestro? Aria del lamento del fracasado. Cae como una hoja muerta, los brazos y las piernas flojos, la cabeza ladeada. Flota en el mar de aire cercado por la invisibilidad. Mire hacia donde mire no ve el horizonte. Es peligroso conducir, debe parar en el arcén, cerrar los ojos, soltar el volante del coche, respirar hondo y beber agua. La luz y la oscuridad aún son equitativamente débiles, pero domina la angustia, una presión ulcerante en la boca del estómago. Ha perdido la carretera y alrededor han desaparecido los accidentes geográficos y los asentamientos humanos que atravesado el amanecer seccionaba una hoja de niebla. Cuesta

hacerse a la idea —una atractiva idea cuando sólo era eso y a mucha distancia— de que el abismo empieza al siguiente paso.

Es fácil. Cuestión de voluntad. Tiene que bajar del coche y dar el paso, un solo paso. Lo piensa sin reflexionar; es un pensamiento típico que ahora cobra forma realizable. Imagina: caer como una hoja muerta, así de fácil. Sólo tiene que bajar del coche, cerrar la puerta y vaciarse de aire. Cuestión de voluntad recobrada. Muy fácil, piensa.

El gato *Fran* oyó el mismo tableteo fugaz que nosotros. Fueron varios impactos en el piso superior. Javier recomponía el penúltimo capítulo de su tragedia, cigarrillo en ristre, mientras el gato *Fran* le miraba como un perro que sabe que la respuesta a cualquier interrogante está en el que le alimenta; una mirada sabia.

—¿Qué ha sido eso? —pregunté.

—Una secuencia de agua doméstica —respondió ajeno a mi alarma—. Un chorro de gotas díscolas y audaces experimentando el placer de chocar en caída libre contra el pavimento sanitario.

El gato *Fran* cambió de alojamiento y yo le sustituí en la contemplación del que nos alimentaba.

—Un solo paso y ya está —dijo Javier en voz queda—. Uno solo, ¿te haces a la idea?

Me hago a la idea.

—¿No habrá truco?

—La magia siempre tiene truco.

—¿Y la letra pequeña?

—Una tortura para la vista cansada y para los ojos operados de cataratas.

Javier emitió un comunicado vaporoso.

—Paso que mancho. Un solo paso y ya está. ¿Así de sencillo? He imaginado la secuencia.

Pero al percutir la claqueta ocurre lo contrario.

Como una hoja disparada, Javier asciende impulsado por la expectoración del aria del remordimiento. Se ha transformado en un molinete de cuatro aspas bruñidas por el crepúsculo que remonta el tiempo perdido. Allá voy, solloza. Con esfuerzo supremo mantiene los ojos abiertos y soporta un dolor lacerante en el cuello, en las articulaciones y en el vientre. Que sea rápido, suplica. El precio que ha de pagar ya es lo de menos si puede ver en exclusiva esa maravilla del mundo reacia a la fotografía y como broche tocar con los dedos el cielo jaspeado donde, en una esquina que la invisibilidad no disocia totalmente, las alas múltiples, membranosas y retráctiles del cuerpo varillado detonan rugientes, ofendidas, y se esparcen en fragmentos de lluvia seca que absorbe el vacío acolchado de aire.

Un fogonazo súbito le obliga a parpadear, la presión en los ojos es excesiva y tiene que aliviarla con el telón de piel. Cuando unos segundos después el mago disipa su velo cegador el mundo se ha invertido: la lluvia cae al revés, el cielo es un suelo escaqueado y él flota, eso cree, en una atmósfera protectora. Es posible que todo haya sido un error de comprensión, piensa.

Arriba es abajo. No hay evidencia que someter al tribunal. Belros preserva su incógnita, el inmenso vacío mítico e inexpugnable; tal es el encanto de Belros, un lugar de ensueño al que la racionalidad acude como mera comparsa. A Javier le ha fallado la tentativa y eso le divide: los brazos y las piernas se posan sobre los escaques negros, campos de aterrizaje de la lluvia seca; el tronco, el traje y la cabeza amerizan en los escaques blancos, lagunas de o-

leaje cerrado. El traje negro tiñe un instante el líquido blanco antes de su disolución. Juegan negras. Juegan blancas. La escala del teclado negro extrae notas de graves a agudas al ser percutido por los dedos de las manos y los pies. Por su parte, el teclado blanco, dispuesto en diagonal, suena a masa gaseosa; la cabeza y el tronco hunden media presencia en cada avance, casilla a casilla, emergen transgresores del suelo movedizo y provocan una corriente de aire denso que trastorna la conciencia.

A un lado del tablero, en la zona de las piezas muertas y en oposición a la zona de los relojes, un vendedor ambulante ofrece bocadillos que amenizan los intermedios lúdicos con interpretaciones musicales de ayer y hoy y locución de noticias de actualidad en titulares cíclicos. Es la hora del almuerzo, y en seguida se forma una cola larga de trajes negros salpicados de un líquido blanco y viscoso que rodea el puesto de comida rápida fría y caliente. Con orden y en silencio, los trajes esperan el turno de ser introducidos en un furgón de color crema de calabaza, con una franja sinusoide en tono espárrago triguero. La combinación de colores es emoliente, ablanda el espíritu combativo asido con puntadas finas a las muestras textiles de los reclamantes, y el resto de la ropa con título de propiedad cedido, apelmazada por la humedad, huele a cambio de guardia. También suena a invocación de la fortuna agitada en cubilete. El furgón cierra sus puertas con la última remesa de la serie en rehabilitación y se dirige a la casa de los locos, evitando pisar las teclas blancas, a la que llegará de noche, y con el depósito de combustible aligerado de carga, dos o tres minutos antes de que vuelva a llover. Los dados de la suerte, echados con la diligencia debida sobre la lustrada

mesa del juicio final, determinan el orden de ejecución. Hasta aquí el sueño, la cena y la velada.

El gato *Fran* dormitaba en su rincón nocturno número siete al tañer las campanas la melodía de la medianoche.

Javier y yo nos quedamos sin conocer la grandiosa naturaleza que preservan los cortados de Belros. Yo dependía de su relato y él de la benevolente concesión de sus sueños. Creo que hubiera dado todo lo que poseía en esa casa de alquiler —a excepción del gato *Fran*—, por la crónica autobiográfica de un viaje con retorno, de arriba abajo.

—La imaginación es comedida, no llega a tanto —dijo sonriente a un cigarrillo apagado. Apuró su vaso de agua y se levantó de la mesa para recogerla.

Le ayudé con el traslado de los platos a la cocina.

—No es cosa de la imaginación —murmuraba, el cigarrillo entre los dedos índice y medio de la mano izquierda.

En mi época de fumador había empleado indistintamente las dos manos, pero no recuerdo si mis conversaciones con los cigarrillos, que las hubo, pasaban de unas frases venidas a cuento de las distintas situaciones o eran algo más y con acuse de recibo. De lo que estoy seguro es que al último cigarrillo no le dediqué un saludo especial ni a su ceniza un responso. En eso pensaba cuando Javier dijo en voz alta al juez de guardia que no era a Celia a quien buscaba y que sólo era suya la culpa por empeñarse hasta el límite de la credulidad en hacer de ella la causa y el efecto, antes de decirme con un anuncio incorporado que se iba a dormir.

—Dejo las llaves de la casa en la puerta. En el paragüero tienes tu paraguas y un bastón con el mango a la medida

del puño y la contera con buena disposición para los caminos. Buenas noches.

Él estaba cansado y yo en la antesala del desvelo. Con sutileza de anciano consejero, me facultaba para valerme de mi voluntad y de un instrumento acorde que me llevara y trajera. Quería mi comprensión y, a ser posible, que sintiera como él pero desde una mirada con otra experiencia en cuestión de ansias. Sé que Javier esperaba de mí una esperanza con dignidad, y para eso debía superar el miedo a la pregunta y el miedo a que no hubiera respuesta o que la respuesta fuera tan impenetrable para su vieja ansia como la sima de Belros para un hombre reflexivo.

Yo podía ensayar el guion que me proponía actuando con dos papeles, uno aprendido y sobradamente representado, y el otro improvisado pero con anotaciones en el reverso de las hojas. De hecho, me apetecía contemplar con ojo crítico los cuadros de una vida que también era la mía expuestos a la intemperie. Y sabía, no sólo era una intuición, el auténtico motivo de su solicitud. Le obsesionaba el inmovible paisaje de Belros, su colosal arquitectura loada por los fugitivos de su sombra y por los peritos de la constancia, y esa subyugante entraña que recita desde el flujo de la memoria arcaica las sagas inconclusas de los vates contestatarios, trashumantes del camino de ida. Ese anhelo inalcanzable al que se rinde culto a falta de verosímil satisfacción, por el que el titular del deseo cede su alma para su trasvase en pública subasta si pudiera encontrar a tiempo la sala de reunión de los pujadores, le confería un patetismo que no trataba de enmascarar.

—Es tentador. ¿No te animas a un paseo que nos curta la piel? —le propuse.

—A ti te gusta el frío y te llevas bien con el insomnio. A mí me duelen los huesos, se me cierran los párpados y no acabo de acostumbrarme a entrar en la cama para repasar mis defectos. Seamos consecuentes por enésima vez.

Su figura algo más demacrada a esa hora, con los esfuerzos de la jornada acumulados en la región cervical y en las capas torácicas, se empequeñecía al ascender por la escalera. En un plano contrapicado similar al que ofrecía entonces, lo imaginaba en su refugio adorado frente al poder atractivo de la curiosidad, ese lugar inmutable que marida el encanto de las cosas preservadas con la curiosidad de las por descubrir. Un paso, sólo uno y ya está.

—Este es mi sitio, tú lo sabes. Pero no me busques, hazme ese favor. —Era un hilo de voz apagado por el crujido de la madera que mis oídos captaron.

Apoyadas las manos en la barandilla del piso superior, Javier se aclaró la garganta y preguntó:

—Dime, ¿sigues buscando?

—Es lo mío.

—Estaba seguro. Por eso te he llamado y por eso estás aquí.

—Me ha apetecido venir.

—Tú eras parte de aquello, continuas siéndolo en gran medida. Yo creo que aún no has dado con la divisoria y por eso has venido. Los dos queremos la misma información.

Javier estaba en lo cierto. Sin abusar de las palabras había expuesto la gran respuesta que la teoría no puede confirmar. Lo que esperaba de mí era la confirmación que ratifica el carácter una vez adquiridas la experiencia vital. En una época de nuestra vida exenta de sutilezas y apenas matices que la destacaran de las anteriores, me dijo que le

parecía imprescindible que un día u otro el ser humano aprendiera a decir la verdad. Fue tajante y retador; me di por aludido. A su peculiar modo de convencer desde los ejemplos, quería que yo hiciera causa común dándome cuenta de la potestad del carácter: “El carácter engendra destino”. El carácter es quien manda en la persona y ante esa fuerza indomable, proponía en un tono de voz comedido, más que oponerse para salir derrotado es mejor adaptarse, y si se consigue de la actitud dadivosa del regente una audiencia privada en la dependencia de gobierno que exceda el cuarto de hora, hay que solicitarle un periodo de independencia.

Javier apretaba con sus manos la barandilla, palideciendo los nudillos, el cuerpo rígido.

—Han pasado los tiempos maravillosos. Ahora mis recuerdos, que van disminuyendo en número e intensidad, cosa de la que me alegro porque los detalles nunca me han aportado luz o aire sino un mayor agobio y ceguera, magnifican el fracaso. Mis carencias están respaldadas por un ejército de similitudes aquí y allá, y mis defectos son tolerables, análogos a los de los individuos de mi especie. He sido un hombre que se ha sentido querido en su porción de mundo, a la que abrí dos puertas, una grande y otra pequeña, para que corriera el aire porque era consciente de mi tendencia al ahogo. Me complace tener de mí el buen concepto que me ha adjudicado el prójimo; y eso no creo que sea un envanecimiento pernicioso. Voy un poco más lejos y te confieso que mi familiaridad con las circunstancias no ha pasado de aparente, como si viviera en soledad cuando era todo lo contrario. Una dualidad que concibo exagerada porque nadie está completamente solo o completamente acompañado en el universo. He olvidado nom-

bres y fechas y la relación entre los unos y las otras. Algunas imágenes que en el momento de producirse se prometieron eternas, ahora son una secuela de la memoria discrecional. Por el contrario, me acuerdo de la disposición de los muebles de cada una de las casas donde he habitado, lo cual indica a las claras que he sido un ciego vocacional.

Aprecié que sus ojos miraban fijamente detrás de mí, de la casa y de los mapas de carretera con índice de nombres y signos convencionales, a un pasado absorbido por la distancia entre el azar y la línea del horizonte.

—Da una considerable ventaja tener las cosas claras — dije observando el recio bastón de monte.

—Es una gran ventaja que no me ha permitido ganar ni que supere ciertas adversidades muy localizadas.

—¿Suspendidas en el vacío?

Era una pregunta innecesaria, desagradecida, incluso cruel, de las que hieren sin recompensa. Me había distraído con el símbolo, cuyo agradable tacto me evocaba una suerte de aventura feliz, y hablé como un autómatas. Javier había sopesado certeramente mi vocación y no dudaba que saldría a por aire satisfecho de hacerlo en solitario.

—Especialmente esas —convino atiplando la voz. Si supiera cantar entonaría el bolero de las aspiraciones que nos son tan queridas. Imagina el efecto de mi parodia desde este púlpito improvisado. Digo al mundo, en ti representado, con los brazos extendidos, con fe en el porvenir: No cejéis en la búsqueda de la felicidad, la placentera búsqueda del bien máspreciado de los idealistas. Confiad en vuestro instinto de seres libres, espíritus de luz alba, jugadores del todo por el todo. La felicidad consiste en ser feliz. Repetid hasta la saciedad que la felicidad es el

camino que a ella conduce. Impregnaros de vuestro crédito y apostad fuerte.

Liberó la presión en su cuerpo y se despidió.

—Ya no madrugo. Las nueve es mi hora de poner pie en el suelo. Tú haz lo que te apetezca, estás en tu casa. Coge las llaves y no cierres con ellas al salir, cierra al volver. Buenas noches.

—Procuraré no hacer ruido.

Había influido en mi voluntad con la puesta en escena. Javier se rendía a una evidencia demoledora, exhausto y desconcertado por haber sostenido su error, pero como yo aún buscaba, él quería convencerse de estar cada vez más cerca del todo por el todo.

Apenas hago ruido al salir. Llevo el bastón metido bajo el brazo derecho, como la fusta de un oficial de Caballería. No he recurrido al paraguas porque si algo va a caer del cielo esta noche es nieve, los copos de una nevada decembrina que mi percepción asimila al grueso cortinaje que separa el acto final de los espectadores. Quiero emparme del frío reinante.

La noche dificulta mi orientación. Me parece que el bosquecillo de álamos ulula en la dirección contraria a la que he tomado. Es una referencia sonora débil que acaba por desaparecer absorbida por las reconvenciones de mi propia voz. Me pregunto si debo ser absolutamente sincero con Javier. Me pregunto si la sinceridad tiene grados y una benevolente comprensión al exponerla. Me pregunto quién soy yo, que hago aquí, a dónde voy.

Siento la proximidad de las sombras que susurran en los cruces de caminos. “Estás acercándote”, me dicen. Y ante mi vacilación depositan un escalofrío en la encrucijada.

“*Memento.*” El peso de la responsabilidad es abrumador. ¿Y ahora qué?, me digo. Al ansia, que seguía unida a la impaciencia, se incorpora el deseo por conseguir una respuesta. “Hazlo por ti y por mí”, me ha pedido Javier. La culpa es mía por aceptar su invitación. Pero, admito, también es mía la decisión de seguir adelante. Otra vez, me animo. Mi sensibilizado estómago registra la caricia de la probabilidad.

Una vez más salgo a encontrarme con el viento que habla. Aparentemente solo, rodeado de paisaje, guiado por mi instinto, a falta de mejor experto para la consulta, y las indicaciones apostadas en las orillas del camino.

“Recuerda.”

*La historia del callejero.*

Cargado de apreciaciones subjetivas en el umbral de la consciencia y mucha memoria locuaz, rediviva en la incipiente madrugada.

“Sigue”, me apremia Javier. “Hazlo por los dos.”

Andados unos metros —cincuenta, cien, mil— hacia una zona desconocida, paro en seco y doy media vuelta para comprobar de lejos si he cerrado la cancela. Giro todo el cuerpo en una actitud rutinaria para corregir a tiempo el despiste, si este se ha producido a causa de mi abstracción y la inminencia confabulada del coro de sombras parlanchinas. Pero noto que mi atención se dirige a la captura de otro fenómeno. La cancela ha quedado fuera de mi vista hace rato, el que llevo andando. Las sombras esparcidas en derredor musitan al viento que me transmite los avisos, cada una adherida a la corporeidad de un objeto tridimensional: alto, largo y ancho. El fenómeno que acompasa mi paso y alerta mis sentidos es una presencia recatada.

“Sigue. Hay un camino abierto en el suelo.”

Las colinas situadas a poniente desaparecen en la borrosidad, algunas de las calles recorridas por la tarde serpentean atrevidas enlazándose en una plaza circular en cuyo centro se erige un obelisco coronado por una trenza de laurel, iluminado por cuatro focos coincidentes en su mole. El murmullo cantarín de una fuente anuncia un conjunto decorativo ausente de su marco urbano y a esas horas desocupado.

La figura en la espalda me pregunta por mi búsqueda. Insiste en conocer la verdad.

—Estoy buscando una parcela de vida a buen precio y en el extrarradio —añade para que la información le sea de utilidad.

Es la voz de Javier, pero no puedo confirmar que sea él quien me habla.

Bajo mis pies discurre una calzada móvil de losas con la textura espejada. Encima de una, en cómodo equilibrio, miro hacia abajo y me veo reflejado en un agua que no moja.

La presencia, que ahora es algo menos recatada, me pregunta intrigada si ya advierto la proximidad de lo que busco.

—Debe haber una sensación que anticipe el gran momento —intuye.

El agua de la fuente mece su lecho acuático y todo lo que en él se refleja.

—Por ahí fuera hay un mundo lleno de sorpresas —dice la voz a mi espalda—. He oído hablar del baile de máscaras pero no del organizador ni del reparto de invitaciones. ¿Se celebra periódicamente? ¿Es patrimonio de una voluntad exclusivista que marca la fecha y dicta la lista de invitados? He prestado oído a los rumores que citan un sortile-

gio que convierte los deseos inalcanzables en réplicas de cristal de roca, en figuras de cristal tallado y en arquitectura líquida con apariencia cristalina.

Dice la voz:

—Sólo es apariencia. Nos hemos cuenta de nuestra incompatibilidad. Ella me pide lo que no puedo darle y yo le sugiero que permita que mi imaginación la convierta en otra persona. Niego que sea una sugerencia improcedente; eso sí, puede que mi sugerencia tenga la lógica disminuida y hasta puede que no pase de otra perspectiva deteriorada. El tiempo no cura sino que castiga, lo sé a ciencia cierta. Tengo que admitir mis equivocaciones en la vida y luego, cuanto antes, dar el paso que en lo posible nos restituya a la situación precedente. Queremos creer que las cosas son como cada uno las ha concebido en el plano privado, pero al exponerlas según el designio particular, con el empleo de una serie de frases tópicas en vez de un léxico original y directo, entendemos que ha habido una equivocación. ¿Pudo evitarse? Aun a diferente nivel, y muy lejos una intencionalidad de la otra, nuestro engaño desborda una previsión tolerante con lo que después ha sido la actuación.

”Yo me engañaba a mí mismo rivalizando la conciencia con el subconsciente, y por extensión a Celia. Y Celia, sin subterfugios y en el sentido global del término, me engañaba a mí. Ella y yo nos pusimos a madurar con el catálogo de soluciones, pero ya declaradas las hostilidades nos desviamos hacia el recuento de carencias que sólo es comparable al de reproches, y éste al de las decepciones acumuladas a lo largo de la existencia en común que debe empezar antes que la marital. Soy reo de insuficiencia. Celia se adscribe al doble juego y en un alarde de virtud ofendida me acusa de prepotencia, me acusa de fingir una conviven-

cia que yo nunca he deseado en su sentido único; me llama déspota, me tacha de insensible. ¿Cuántas culpas más me habrá adjudicado?”

Recalca lo del sentido único.

—He renunciado a la defensa, quiero acabar en seguida y largarme. Necesito respirar. Me ahogo. Celia vierte toda la culpa en mí, deduzco que tenía ganas de abandonarme. Repite lo del sentido único como una invención personal, pero yo sé que es una fórmula adquirida en el mercado de los tópicos. Me hastía la mediocridad; hemos caído en el defecto por antonomasia. Me dan arcadas, quiero ir a por mi vida. Se ofende, me dice que soy un egoísta, que he perdido la sensibilidad, que soy el responsable del fracaso, el culpable del mal causado, de todos los males que la afligen desde hace mucho tiempo. Mucho tiempo, repite con el taladro. Interiorizo esos mantras de saldo mientras ella disfruta de su victoria.

”Le pregunto por el significado real del sentido único. Le pregunto por el significado de todo lo que me echa en cara. Mis preguntas eran retóricas, pero no extrañas a una o dos respuestas de compromiso. No contesta, sale de casa y desaparece en el mar de calles. Me asomo al mundo y veo lo que el mundo me enseña: un nudo callejero que parte y vierte en una plaza circular.”

Me veo reflejado en el espejo a mis pies. Hubiera jurado que la voz a la espalda y yo nos habíamos detenido, pero seguimos deslizándonos sobre las losas móviles a velocidad de peatón hacia una parada de taxis.

—Subamos a ese —me dice.

La indicación es innecesaria pues sólo hay un taxi aparcado, al ralentí el motor y abierta la puerta trasera derecha, de color azulado; el resto que contemplan mis ojos es de

color lechoso. Bajo de la losa móvil y subo a ese vehículo que me espera.

—Un momento.

Deduzco que es el conductor quien me habla. Miro por las ventanillas intentando averiguar si amanece o anochece. Recuerdo que salí de casa poco después de la medianoche y me sorprende haber andado tanta madrugada. No estoy cansado ni inducido por una prisa agobiante, tampoco me pesan los párpados ni me escuecen los ojos o tiemblan las manos y las piernas con la tensión acumulada. Busco en los muchos bolsillos de mi ropa el cuaderno de apuntes y un bolígrafo porque quiero anotar impresiones. Me acomodo en el asiento, que es largo y estrecho, parecido a un ataúd, de color tostado, y bajo la ventanilla. Advierto por el sonido la densidad del tráfico y eso me ayuda en la identificación horaria; lo que perciben mis ojos es una pauta de colores turbios. Mi mano escribe ágil la información que emite el campo visual periférico; se detiene, puntea sobre el papel cuadriculado, retoma la anotación a intervalos. Mi mano es autónoma. Me he abstraído del exterior, pero aun así me llegan mitigados sonos de civilización; con una estridencia disonante.

Pregunta: ¿cuánto dura un momento?

—¡Ya!

La puerta del conductor se ha cerrado con su peculiar chasquido. Me saluda el taxista con un buenos días, buenas tardes, buenas noches, y yo respondo a la cortesía con una equivalente. El motor ruge, el coche cabriolea y enfila picado de furor la calzada.

—¡Ya!

Concluyo mis anotaciones sin leerlas. He llenado varias páginas con una escritura irregular, presurosa. Guardo

cuaderno y bolígrafo en uno de los muchos bolsillos y fijo mi atención en el conductor que me habla con fluidez; su voz es la misma que he tenido a la espalda. Precavido, reclino el cuerpo hacia atrás, pruebo la solidez del respaldo y que ningún semejante ofrezca resistencia a mi empuje. Es un alivio el poder centrarme en un solo frente.

El taxi bordea la plaza recobrado el sosiego. ¡Para qué tanta prisa! Damos una vuelta enorme a esa circunferencia ataviada de efigie colosal. Sigo el rodar del vehículo manteniendo inmóvil la cabeza: bordillo, focos, el adorno vegetal. Sigo la inercia de las ruedas y descubro una cara coronada con una trenza de laurel donde a mi llegada había un obelisco: es un rostro anguloso de facciones acusadas y expresión severa, amonestadora. Sin embargo, pese a la expresividad del cincel, a mí me resulta conmovedor su desvalimiento. El obelisco se erige orgulloso dominando con su altura el mundo en torno, aunque desvinculado; mientras que la cara prendida al suelo es el paradigma del tiempo pasado, de una existencia caduca.

—¿Vamos a buscar? —propone.

—Es lo mío —confirmo.

La cara también me resulta familiar. La cara y la voz poseen una genética común que me espolea a entrometerme.

Le advierto del parecido.

—Te llamas Javier. Tu nombre es F. J. H. G. —le digo—. Tienes un año menos que yo, tu estatura es ligeramente inferior a la mía y tu peso algo mayor.

Las siglas asienten.

—Hemos llegado a esta inflexión de la vida con el penacho cimero en estado de revista. Me pregunto si la cincuentena es la mitad de una cronología que empieza en el

cero y acaba en el cien, por ser los extremos cifras redondas y la suma de ambas cantidades un número pretendido. Peinamos cabello con su color natural en altiva decadencia; yo con menos canas que tú, lo que aumenta mi probabilidad de calvicie. Nos contempla medio siglo de trabajo intensivo para los órganos vitales, bombeando, filtrando, secretando, digiriendo; si lo piensas fríamente es una barbaridad. El desgaste es del tipo corrosivo en el interior y erosivo en el exterior; la piel sufre la exposición a los elementos, a los agentes contaminantes, al uso y a veces al disfrute. Hemos superado un trecho importante de las respectivas vidas con cabello y con al menos un propósito personal que ha de ser satisfecho plenamente. Nos va la vida en ello, ¿verdad? —suelta una risita irónica. Tiene razón en lo que nos jugamos cada cual y el resultado de perder la partida—. Yo, humano ejerciente, me acuso de maltratar mi cuerpo en su anverso y en su reverso. ¿Vamos a buscar?

Le pido otra vuelta alrededor de la plaza, despacio y sin apartarse del perímetro nuclear.

—Te veo bien, Javier. Te hacías llamar Javier entonces. ¿Es tu nombre todavía? Casi todo es susceptible de modificación, aunque a mí me traen sin cuidado los cambios que no me competen.

—Me hago llamar como me da la gana. Pongamos que soy Javier, nombre de fácil memorización, la fiel estampa de lo que deduces.

—De acuerdo. Tú eres F. J. H. G. y tienes buen aspecto.

—Mientes. Aparezco demacrado, ojerudo, consumido, la calificación de mi aspecto es deplorable. Pero te doy la razón en lo de que estoy bien. Ahora que sé imposible la consecución del sentido máximo de mi vida me siento muy

bien, liberado de cargas y culpas, feliz en mi desdicha. Cohabitando en plano de igualdad con la resignación, habitaciones pareadas.

—¿Te has congraciado con la adversidad?

Conduce despacio, con las dos manos en el volante.

—Yo la he forjado. Es mi hijo primogénito. Todos los caminos conducen al error si el primero es el equivocado. He sido contumaz en la obsesión, lo admito cuando ya no tiene remedio. Me queda un ápice de dignidad, que es lo último que ha de perder quien de sí mismo se precie, para reconocer el fracaso y para desistir de mi pugna contra la adversidad; me he aliado con ella y acepto lo que me depare con una sonrisa paranoide.

Otra vuelta a la plaza para apreciar la variación cromática en la transición del día a la noche o de la noche al día; no sé interpretar quién releva a quien.

Le pregunto la hora.

—No sé leer en la esfera de los relojes —me dice.

Menciono los deseos.

—¿Te has vaciado de deseos? —le pregunto.

—Los he cambiado por las aspiraciones. Ahora tengo una.

—¿Una gran aspiración?

Tamborilea con los dedos en el volante.

—Conseguir en la otra vida lo que no ha sido posible en esta —me dice—. ¿A eso se le puede llamar una gran aspiración? —pregunta.

—Es una aspiración de mucha envidia la de perpetuarse en otra vida. ¿Cuándo tienes previsto trasladarte al nuevo mundo?

Mi visión periférica advierte que hemos zarpado. Giro la cabeza y veo a través del cristal posterior como el mue-

lle y su círculo ornamental pierden definición al alejarse el vehículo.

—Cuatrocientas naves con los velámenes desplegados al viento terral surcan el límite con el mar exterior. Ahí están, ostentando los estandartes bordados en filigrana de metal precioso —señala con la mano extendida hacia delante—, anticipándose a nuestra comprensión rumbo a la hermosea línea del horizonte. ¿Te apetece cruzar la línea del horizonte?

Es una propuesta golosa que me atrae, aunque demoro la respuesta. Es una seducción integral, me susurra la voz tentadora que incita en el hemisferio debido, con su riesgo inherente. Lo pienso y miro alrededor con los cinco sentidos espabilados y el sexto en la recámara, pendiente de los matices y los detalles erogados a lo largo y ancho del trayecto.

Pongo de mi parte el ingrediente de la curiosidad y observo con la boca cerrada, el ceño meditabundo y los párpados en consonancia. A ambos lados de la ruta principal distingo varias secundarias, de diferente amplitud, color de asfalto y desbrozo en los arcenes. Quiero preguntarle cuál va a seguir y cuál es el criterio para el descarte, pero mantengo cerrada la boca porque la curiosidad me dirige a otra reflexión.

Respiro la fragancia de la proposición instalado con seguridad en mis convicciones.

—¿Sigues buscando?

—Sigo buscando.

—¿Vas a llegar?

—Voy a llegar.

Me mira y se convence. Veo sus ojos interrogantes escrutando el retrovisor. Mi presencia en su sueño está justi-

ficada para los dos; me he incorporado a la recreación de un viaje inconcluso que se sustenta en relatos indefinidos.

La visión aun siendo nítida está matizada, pero la voz que nos comunica es alta y clara.

—¿Te apetece cruzar el horizonte? —repite.

—¿Por un atajo?

—Yo me dirijo a la aduana, tú puedes quedarte donde gustes. Es la primera vez que tomo esta ruta, pero sabré llegar aunque me cueste algún rodeo y el consabido insomnio.

Pone rumbo al horizonte conmigo dentro del vehículo.

Vamos hacia la línea del horizonte.

Me habla de su peripecia por esos otros caminos que no acaban de conducirlo adonde quiere llegar. Son viajes por carretera inacabados, siempre en coche pero no siempre el suyo, a veces es un vehículo de alquiler, nunca es un vehículo prestado, que se inician con la voluntad de concluirlos, con el equipaje justo para un día o a lo sumo dos, colocado en el asiento contiguo.

Salía al amanecer, cuando el Sol firma su primer cuadro de luz, desde un punto indeterminado que carecía de urbanismo convencional, conduciendo por una carretera intransitada de largas rectas y curvas suaves que atraviesa paisajes monótonos de tonalidades pardas. Negaba la evidencia durante los kilómetros de tanteo y ésta, aunque obstinada, también actuaba con la diligencia del embaucador, por lo que el uno inconsciente y la otra guionista se confabulaban para seguir la marcha jugando al despiste. Hasta que detenía el vehículo por su propia iniciativa.

A veces el motivo era la repetición prolongada de un lugar algo menos incierto que un espejismo, en ocasiones

era la similitud entre las horas del día que provocan confusión en los sentidos y abotargamiento en el cuerpo. Cuando no podía obedecer aquellas condiciones de exigencia, aparcaba el coche en el arcén y bajaba a otear el panorama sin impedimentos de factoría. Pero mirara donde mirase no había más que esa misma carretera ilimitada, ese mismo paisaje desubicado y una luminosidad de mediodía constante en un cielo libre de interferencias.

Tres viajes comenzaron de noche y la distancia consumida era equivalente a los diurnos, así como la percepción del paisaje, la carretera, la condensación del tiempo y la pegajosa fatiga que le obligaba a desistir. Circulando de noche la ruta vertía una sentencia de imposibilidad acrecentada por el abrumador manto nocturno.

Recuerda con exactitud el último viaje nocturno. La carretera serpea en amplios meandros que adormecen y las pupilas del conductor se dilatan a extremo de penetrar la oscuridad. Coge el volante con fuerza, le inquieta que el sueño gane la partida y la aventura termine en la cuneta, sacudido de lado a lado, con golpes en la cara. Un rasguño en la frente, una moradura en el pómulo. De la ceja derecha mana un hilillo de sangre. Aturdido por la violencia del impacto quiere incorporarse, pero el poderoso influjo de la gravedad y la contorsión lo traban. Jadea, transpira. Tiene presionado el hombro derecho, un zumbido en los oídos le mantiene consciente, las piernas se rebelan contra la forzada inmovilidad y el hormigueo en las yemas de los dedos le acucia a escapar de la celda. La densa sombra que es el mundo burbujea con ruido distante, pero ni olores ni destellos luminosos ofrecen una alternativa a la confianza. Lo más inmediato es el cristal, que tantea con la cabeza y las manos; está frío y húmedo, desconoce si es agua la

sustancia líquida que baña el parabrisas. Se pregunta si llovía el instante previo a perder el control del coche; eso no lo recuerda. Se pregunta si su velocidad era la adecuada para circular por una carretera estrecha, de asfalto deficiente y con los arcenes mordidos; no lo recuerda. Por último, quiere recordar si se había quedado dormido un segundo antes de la embestida lateral —¿en un cruce que le pasó inadvertido?—, que lo sacó fuera de la carretera arrojándolo en una pirueta de hombre-máquina contra el talud. El progresivo entumecimiento de las extremidades le informa de la precariedad de su estado y le obliga a considerar los riesgos tanto de la acción como de la omisión.

Puede esperar o tomar la iniciativa. Duda que el auxilio ajeno llegue a tiempo, nadie sabe dónde está ni adónde se dirigía; él mismo lo ignora y no ha avisado a nadie de su partida ni de la fecha de regreso: desconoce la longitud de la carretera. En alguna parte, piensa, hay una frontera que delimita el pasado del futuro; esa frontera tiene que estar en alguna parte del mundo que cubre el destino, piensa. La frontera que tiene al alcance de las manos y de la cabeza es de cristal y divide el interior del exterior, dos espacios antagónicos. Se pregunta si en verdad el espacio que le contiene y el que separa el cristal son opuestos. Se pregunta cómo va a salir del espacio interior. Un instante después las preguntas obtienen una respuesta práctica: el parabrisas se desprende y cae del otro lado, también fugitivo del mundo interior. La frontera queda anulada.

Consigue escapar. Gatea sobre un tramo de carrocería hasta otro de cuneta en el que se remansa un líquido que no moja ni huele. La pendiente del talud es soportable para un cuerpo vapuleado, y cuando lo asciende se incorpora con cautela para comprender qué ha pasado y dónde está.

Atento a la mínima indicación de los hados oye un rumor de voces, cree que humanas. Aguza el oído. Le parece escuchar un zumbido mecánico que con algún propósito que también se le escapa configura una solidaridad eficaz. Pasa el tiempo y el sonido. Contiene la respiración, amordaza el dolor. Nada. Ha pasado demasiado tiempo. Al cabo se sabe solo.

No le asusta la soledad ni el silencio. No le intimida la oscuridad.

Tiene que descubrir el camino hasta la frontera por sus propios medios. Tiene que salir de allí y olvidar el accidente. Desciende el talud, pisa el líquido estancado que no moja ni huele y rodea el vehículo en el sentido contrario a las manecillas del reloj para inspeccionar los daños. Ese mundo de noche plagado de obstáculos le imita en el movimiento, impidiendo que avance al siguiente punto de vista. El suelo gira y se hunde por delante de sus pies —unos pies enormes—, la carretera se desvanece —interiorizada por el paisaje— y el talud, tercer elemento circunstancial, se desplaza fuera de la percepción.

El escenario ha sido modificado por una intermitencia sísmica.

Es su oportunidad. Sorteada la sacudida y escapa por una trayectoria nueva que a lo lejos ilumina el amanecer.

Conduce despacio, fija su mirada en la carretera.

—Es la primera vez que tomo este camino —me dice.

—¿Por qué lo has elegido? —le pregunto.

—Para mí no hay otro.

—Es una razón especial para tomarlo —confirmo.

—¿Sigues conmigo? —pregunta.

Le digo que no con una voz que se ha despedido de la aventura. Pero continúo metido en el coche echando vistazos a un panorama conformado a medida que se recorre.

*Carreteras secundarias que me devuelven a mi mundo.*

Tengo curiosidad por acercarme a la frontera, le insinúo que me atrae la posibilidad de conocer el final de un camino que está por descubrir. Es pura curiosidad, le digo.

Le pregunto por el tiempo que vamos a tardar. No me contesta y como estoy muy cansado me duermo. He creado de la nada una carretera y un paisaje, y aunque inacabados el esfuerzo me ha vencido. Duermo acunado por una placidez irreal.

Despierto. He desvanecido la fatiga, ya no me pesan los párpados ni se me irritan los ojos y tengo ansia de conocimiento. Le pregunto si llegaremos a la frontera de día o de noche.

—En cualquier momento —responde.

Presiente el desenlace, es mi presentimiento. Lo atribuyo a la imagen crispada que me reporta el retrovisor. Yo estoy tranquilo, confiado y sereno; él aparenta la actividad de su sistema nervioso.

Observo desde mi atalaya. El paisaje se descompone en epitafios que anoto en mi cuaderno de apuntes. Una vez registrados me hablan de la siguiente intersección, a poco más de otra nota sobre la marcha, quizá la última que escriba dentro del taxi. Son voces estériles.

Llegamos, leo.

—Hemos llegado —dice.

Es la frontera, pintada con sus tonos diferenciadores.

Un paraje idílico por lo excluyente, anoto; y este es el último apunte.

Guardo el cuaderno y espero los acontecimientos que intuyo va a depararme este lugar de fantasía. Pasa un minuto, calculo, dos minutos. Pasa una eternidad dentro del vehículo parado en mitad de la calzada. Supongo que eso es un detalle menor, pues cuando miro hacia el inicio de nuestro viaje no aprecio sino vaho, sólo una película difuminada con las secuencias desmembradas del argumento original; y por delante la visión es relativa, bruscamente parcial.

Sé dónde estoy sin necesidad de asomarme. Me impresiona la escarpadura y su huella de vacío con la misma fuerza de antaño. Ahora, además, me sobrecoge porque comprendo plenamente su significado.

Me ha traído al lugar donde confluyen todos los caminos de una vida consumida. La inmensidad de Belros es magnífica, musicalizada de viento épico sin estridencia, seductora a extremo para el viajero que ha sabido y querido llegar. Me abruma el ambiente y lleva traza de oprimirme si lo permito; cosa que no va a ocurrir. No voy a dejarme atrapar por la fascinación; y aunque me agujonea la curiosidad por conocer el último tramo de mundo, que son las páginas del capítulo de cierre, decido dar la vuelta.

Belros tienta al viajero con su singular atractivo. Desafía.

Me digo que es una proeza digna de admiración la que propone Javier, a la que me ha invitado su deferencia. Mido la distancia y corroboro que es un paso.

Quiero preguntarle por el grosor de la línea del horizonte cuando me doy cuenta de que se ha quedado dormido. Escucho su respiración arrítmica, su mortecina súplica de terapia y el dictamen facultativo: “No hay reme-

dio.” La esperanza es lo penúltimo que se pierde, la dignidad no debe perderse jamás.

Me había dormido antes de llegar a la frontera, pero creo que ha sido un mero síntoma de fatiga por tanto viaje, algo normal.

Cae lento e implacable un telón de noche. Protegido por el velo nocturno salgo del coche sin hacer ruido. Discretamente abro la puerta de la casa de Javier y subo las escaleras incidiendo en los tobillos el peso de mi cuerpo. Como la puerta de su habitación está abierta le veo sobre la cama, ansioso en el sueño, desacompañado y febril.

Está enfermo, me dije. Y sentí una profunda congoja.

Miro atrás. Fueron unos segundos de intimidad mística en los que escuché la premonición: “Muere”.

Me dirigí a la habitación contigua con un respeto afligido.

Dentro de un rato será otro día, musité a la ventana.

Me acosté desvelado, impaciente por recibir la mañana.

Quedan unas horas, me dije.

La sensación en mi estómago de estar a un paso —yo también a un paso— crecía imparable, tan incitante que me provocaba un vértigo delicioso.

Estoy a punto de llegar, me dije. El acontecimiento no sólo estaba cerca sino que era inmediato.

Desde mi cama oía el quejido achacoso de Javier, infiltrado de ronquidos dispersos y episodios de tos bronca y húmeda.

Está muy enfermo, asustado y confundido, me dije.

Pronunciaba frases ininteligibles que eran examinadas por un espíritu censor de su fracaso, intercaladas cada poco con toses enfermas y ajetreos. Yo escuchaba al otro lado

de la puerta, inmóvil y atento como un intérprete de últimas voluntades. Creo que Javier hablaba con la sinceridad del moribundo que aún confía en el advenimiento del milagro que lleva escritas sus señas en el sobre. Me dijo que el cartero pasaba los días laborables entre doce y media y una y cuarto de la tarde.

—¿Has mirado en el buzón?

—He oído el chasquido metálico de la tapa.

Puede que fuera el de la puerta que se cierra en el aparcamiento disuasorio. No se puede seguir adelante en el coche. Hay que andar el tramo restante hasta la línea del horizonte por una carretera bordeada de vanas historias en paralelo que recuerdan los errores cometidos, y lo que es peor, la reincidencia en la equivocación.

—¿Eres tú? ¿Has vuelto?

—Sí.

Me pareció oír un sollozo al que se incorporaba una tos bronca.

—Has vuelto...

—Sí.

La traslación de su lenguaje al mío me resultaba imposible sin pegar la oreja a su boca. Mi esfuerzo por comprender lo que decía a esa distancia era tan estéril como el de traer la mañana antes del amanecer. Así que regresé a la cama y al papel de huésped que espera el paso del tiempo y los movimientos del anfitrión.

Acabé dormido con el cuello en mala postura. Cuando desperté lo hacía Javier. Varié mi posición en la cama para aliviar el dolor y caí en un profundo sueño que no dejó imágenes ni sensaciones. Por fin había dormido de un tirón aunque sólo unos minutos.

Quisiera saber qué poder inmaterial me había arrastrado a la sima del sueño y devuelto a una casa en proceso de vaciamiento en el que la voz sonaba hueca.

—¿Ducha o desayuno?

Le dije que en ese orden.

Me dije que era un hogar, probablemente el mejor que había tenido Javier y quizá yo mismo. Quisiera saber por qué tuve ese convencimiento durante unos segundos.

En el menudo jardín piaban los gorriones y los jilgueros.

—¿Te llaman?

—Piden su ración. Los he acostumbrado. Me hace feliz y se lleva mejor la espera.

La mesa estaba puesta.

—¿Te imaginas que me hubiera marchado sin despedirme?

—¿De tu propia casa, abandonando a tu invitado?

—Pero bien alimentado.

Había preparado un desayuno abundante, servido con la disposición de una partida de ajedrez en su fase decisiva: Mate en cinco movimientos, si eres un maestro; en diez, si eres un diletante con ínfulas pedagógicas; en quince, si lo que te apetece es regocijarte con la torpeza del adversario.

Ver como se consume en el ara del sacrificio ritual.

—Admiro a la gente que tiene fe. La fe es una apuesta formidable que actúa como un reconstituyente de los que se compran en las farmacias sin receta médica. La fe que despeja cualquier duda que pueda surgir.

—Si mueve montañas lo demás es pan comido —acompañé.

—Las personas que tienen fe se sienten bien, gozan de paz interior.

—Es una de las vías principales hacia la felicidad.

—Yo, ahora, consumido por el vacío, también me siento bien. Me complace perturbarme la vida con cuestiones que no deberían atañerme y que me desbordan. Soy una paradoja.

Recuerdo que el cigarrillo que Javier acercaba y apartaba del cenicero no humeaba; también recuerdo que veía el ascua de ese cigarrillo añadida a la de los miles que se habían adueñado de su organismo en los muchos años de fumador. Era imposible contar el número de cigarrillos que se habían vinculado a todos sus momentos, los felices, los tristes, los desesperados; a la impaciencia, a la alteración transitoria, a las diversas satisfacciones y deleites que ofrece la vida mientras es posible disfrutarlos en plenitud física y mental. No supo apartar el placer del vicio, como llegó a definirlo cuando era improcedente por inútil la defensa y ridículo el eufemismo; era consciente de su fragilidad. Podía haber dicho yo, parafraseándole, que no supo apartar ni distinguir la necesidad de la conveniencia, y que al no reconocer la mayor de sus debilidades incurría en los mismos errores vez tras vez. El tabaco era la anécdota no la categoría en su desorientación y en su declive. Para qué insistir en la evidencia. No iba a amargar su resto con una reprimenda. Me había dicho que yo era el único teléfono que no había borrado y eso me obligaba a ser considerado.

—Tienes derecho a tomar la decisión que gustes —le dije.

Aseguraba que su vicio sólo fue uno, lo demás tiene otro nombre y no venía al caso señalarlo.

—Si tú lo sabes y yo lo sé para qué vamos a explayarnos —me dijo.

Su único vicio mundano pudo con todo y se extendió hasta sofocar cualquier esperanza de reconversión. La-

mentaba Javier que sin haber sucumbido a una diversidad de ataduras, su fuerza de voluntad discriminara el tabaco como a un hijo pródigo, ese amigo simpático, pícaro embaucador al que siempre se le tiende la mano y el bolsillo, al que se protege con el espíritu gestado en la dependencia, permitiendo que lo devorara.

El gato *Fran* curioseaba la danza frenética de las pequeñas aves, listas y audaces como felinos, glotonas y apresuradas como los habitantes de la intemperie.

Javier también hablaba de otro defecto, de su otra debilidad tardíamente aceptada.

—Era previsible el desastre —dijo estrellando el cigarrillo contra el cenicero—. Punto final.

Escarnecido por su falta de reflejos.

—He ganado esta batalla cuando ya no hay remedio para la derrota.

Sin más elementos de juicio que mi propio convencimiento, supe que a su manera había ganado la guerra.

Pero él entonces todavía lo ignoraba.



# DESENLACE





Una canción pasa, otra llega al hilo de su eco, y yo he vuelto ocho semanas después.

*Para que no me olvides.*

He aparcado el coche en las inmediaciones de la casa de Javier, como en mi anterior visita. Hoy también es un día gris y lluvioso, con anuncio de nieve al anochecer, que invita a permanecer a cubierto hasta que escampe, pero ahora con una reflexión distinta a la de hace dos meses.

Así es la vida, me digo.

Reparto mi tiempo en dos direcciones que se cruzan un momento.

“¿Cuánto dura un momento?”

No tengo prisa, me digo.

Sé que voy a estar aquí metido el tiempo que necesite para decidir si salgo o no del coche.

Acompañado de mis recuerdos y de esa voz que yo te di, Música.

*Tu canción.*

Bajo el volumen de la música y escucho la reverberación de la lluvia. Me cuenta una historia que no ha escrito su último capítulo.

*Dile.*

Me hago a la idea de que vivo un cuento salpicado de dudas ficticias y lagunas profundas y vacías cuya superficie riza el aliento de un bostezo, con preguntas tramposas que concursan atropelladas en el juego de la verdad; un relato de idas y venidas sin transformación patente en el escenario, interrumpido por su moraleja.

“Muere.”

A veces una imagen resume la obra de una persona y con una palabra se condensa su biografía; una palabra es suficiente para tomar conciencia de esa vida. La palabra

resuena en mi cabeza pronunciada por mi voz y por la lluvia, y la imagen me acompaña en esta espera dentro del coche con el sentido que quiero darle.

Hago memoria de aquel abreviado fin de semana.

Veo a Javier sosteniendo dos luchas perdidas: la que ha sido una constante y que nunca pudo vencer, y aquella otra determinada por las circunstancias que tampoco resultó a su favor, pues me negué a prolongar mi estancia hasta el día siguiente como me había pedido. Dos contrariedades que firmaban la sentencia que Javier temía y anhelaba a partes iguales.

—¿Me has oído toser?

Le dije que sí. Sonrió recostando la espalda. Cruzamos la mirada y aprecié la huella de cicatriz en las arrugas de su rostro. Fue un instante de revelación trasladada a mi conciencia, para que yo compartiera durante ese visionado el proceso interno en que se debatía a sabiendas de lo inútil de toda resistencia. El asedio había concluido a satisfacción de los sitiadores hacía bastante tiempo, y lo que ahora se dilucidaba era la salida airosa, quizá con una pincelada de honor, o la capitulación incondicional que recoge los despojos en su trance de agonía.

La conclusión era obvia en cualquiera de los casos.

De mí, su viejo amigo del que conservaba la memoria y el número de teléfono, esperaba algo que ni él ni yo sabíamos si estaba en mi mano entregarle. Una vez asumida por ambos esa eventualidad, lo que viniera a continuación dependía de cada uno. Javier me había dado una pista de dónde acudir si se me ocurría volver y no lo encontraba, y también me había indicado el marco temporal para dar inicio a la búsqueda. Era un día concreto, pleno de simbolismo: el uno de enero, fecha en la que espectadores de

todo el mundo presencian la retransmisión en directo del Concierto de Año Nuevo. Esa matinal festiva, ataviada de clasicista solemnidad, la Orquesta Filarmónica de Viena no interpreta ningún réquiem; el repertorio es el consabido, vales y polkas de la familia Strauss, con un cierre acordado, participativo sin desvíos, del que no cabe sustraerse: la marcha Radetzky. Finalizado el concierto es cuando empieza el año que ha comenzado a andar unas horas antes y en medio mundo se celebra con resaca, pereza o sueño; además de con esas expectativas rituales que alcanzan una distancia de semanas, a lo sumo un trimestre salpicado de éxitos y fracasos, formuladas por inercia aunque no exentas de ruego a la máxima autoridad, sea quien sea y esté donde esté, para que se cumpla, en todo mejor que en parte, lo que se desea.

Javier me pidió unas horas más.

—Me gustaría que te quedaras hoy. Todavía es domingo y quiero enseñarte lo que imagino se esconde detrás de aquellos árboles.

—Debo irme en un rato —le dije.

Propuso que camináramos por la periferia de la sociedad urbanizada captando detalles, y luego me invitaría a degustar la cocina rústica de un mesón autóctono con tres generaciones a cuestas.

—Es sólo un día —insistió sin querer incomodarme.

*Tengo un sueño.*

Temía lo que pudiera ocurrir esa noche, me dijo en la despedida. Era un presentimiento que le golpeaba las sienes desde el amanecer. Quería contarme el resto de la historia en toda su dimensión y para eso necesitaba esas horas de claroscuro que nos conducirían al lunes por la mañana.

—Con hoy me basta.

Pero yo no podía quedarme. La fuerza inusitada de mi presentimiento me obligaba a regresar anulando en su misma gestación cualquier otra iniciativa diferente; esa era la única y verdadera justificación.

“¿Te arrepientes?”

Mi presentimiento decía que me quedaba un paso para encontrar algo que buscaba, un paso diametralmente opuesto al que descubre la cautivadora atracción de Belros; el resto de acontecimientos pasa a ocupar un segundo plano.

“Me pidió información. Podía servirle.”

Admito que mi negativa a continuar a su lado hasta el siguiente amanecer era injusta y egoísta, tanto como mi silencio.

¿Qué representaban en mi vida unas horas más allí?

Nada.

Hubiera podido compartir el día entero y la curiosidad por caminar entre palabras un paisaje escondido.

“Los favores concedidos a la larga son correspondidos.”

Me refugié unos minutos en el cuarto de baño para conceder un alegato convincente al sentimiento de culpa. Sabía que iba a denunciar mi insensibilidad y de antemano acepté los cargos lavándome la cara con agua fría de diciembre.

*Fortuna imperatrix mundi.*

El concierto de Año Nuevo en la Sala Dorada de la Wiener Musikverein no incluye en su programa piezas corales de corte épico. Hubiera sido una música válida para ambientar la despedida y una tensión sin efecto, diluida en un mar de mutua comprensión.

Javier y yo asistimos como espectadores televisivos a varios conciertos de Año Nuevo.

“Una tradición creada a partir de una tradición importada.”

—Pero no es lo mismo que Halloween, conste.

—La segunda versión de Halloween.

En mi cabeza se habían acumulado esa mañana de sueño incómodo una serie de preguntas relacionadas con mi percepción, alejada de la respuesta que Javier pretendía le facilitara. Demasiada niebla para cortarla con un cuchillo de la cocina.

“A tajadas de calibre fino, con buen pulso, y luego servidas en una bandeja decorada con aves canoras y vistosas flores.”

Lo que yo necesitaba era sentirme libre de imposiciones éticas y morales para encontrarme con mi búsqueda.

Y acto seguido publicar los resultados.

“Eso te pedía, sencillamente.”

Tenía que irme.

Me fui, consciente de mi acción y completamente seguro de que las horas que me pedía Javier no hubiesen bastado para que me contara los capítulos pendientes de una historia surcada por naves fantasmas, pilotos incorpóreos, puertos de leyenda y vientos incidentales. Demasiados cabos sueltos, vine a decirle con palabras que expresan una cordialidad rayana en la comprensión a un desahuciado. Lo que me pedía Javier era imposible entonces. Por eso los resumió en una carta personal que introdujo en mi equipaje con la habilidad del desesperado y la certeza de que la leería en cuanto la descubriera.

Primero fue el verbo, luego hízose la luz y a consecuencia de tales catalizadores se produjo un ecuánime reparto de ubicaciones adscritas a la fenomenología de la magia y la

trascendencia, de noches y días sacralizados y de elecciones personales en las estructuras organizativas, vulgo sociedades, que lo permiten.

La palabra dio nombre a las cosas visibles y a las imaginadas; a unas y otras las sustantivó o las adjetivó para diferenciar sus significados al hablar, que es mi deseo, al escribir, que es mi alternativa, y al leer, que es tu obligación. Con la palabra nos comunicamos, y a veces hasta nos entendemos con palabras, lo que es todo un logro.

El asunto de las fechas, después de aplicados el verbo y la luz, requirió de una adecuación pormenorizada y jerárquica. Milenios de humanidad dan para muchas conmemoraciones, demasiadas para ser absorbidas por el cómputo terrenal del tiempo. Ha sido necesario establecer un orden estricto, no exento de arbitrariedad, en el calendario; una prelación en lo esencial invariable entre duelos y festejos que, además, los diseminara de enero a diciembre compaginando la tristeza y la alegría.

Yo, que como adjetivo me demuestro ignorante, sin la debida experiencia para pisar sobre seguro, y como sustantivo me reivindico en la indeterminación sin límite, soy un compendio dubitativo de materia, energía y espíritu (la trilogía es de tu paternidad) atraído por el infinito, por el vacío y por el retorno al estado precedente. Una pura contradicción, a qué negarlo. Como tampoco niego que ella me ha formado, me circunda, tira de mí a cualquier hora y agota mis facultades. Soy paradójico, el arquetipo de la paradoja humana.

Ante tamaña evidencia me decanto al fin.

Quiero ser la oposición de los contrarios.

Es mi elección personal.

Quiero disociarme y renacer, nada menos. Quiero volver al útero, desandando el camino, para rectificar la trayectoria de mi expulsión. Me acojo a la enmienda ilimitada e inducido por su filosofía proclamo la separación entre lo indefinido originario, llamémosle matriz, y los seres generados, tú, yo y los demás, que debemos parar, cesar y volver al túnel de la vida para ser nuevamente generados.

La idea me abstraigo de otros pensamientos y se convirtió en razón y en guía. Oigo, atiendo, asimilo. Es una voz persuasiva que, intuyo, no va a prodigarse eternamente. Oigo, atiendo el mensaje del universo. Hay un plazo de vigencia para cada consulta y otro de ejecución. Oigo la llamada de una voz sabia que pronuncia mi nombre. Piensa, me digo. Actúa, me exijo. He de confirmarme en el propósito.

Acaba de nacer noviembre, el mes del Tenorio, el irredento burlador del ¿tan largo me lo fiais? al que arrastró a los infiernos un convidado de piedra que puso práctica a la teoría.

La madrugada de las ánimas salgo a su encuentro como un merodeador al acecho de la presa. Me dirijo al bosque de pinos de copa redondeada y espeso ramaje. Es oscuro y hace frío. A un lado del camino, cerca ya del bosque, se erige el humilladero: cruz, fuste, gradas y pequeña ermita, y también un banco de piedra y otro de madera, ambas gastadas y pacientes, que iluminado por el Sol muestra una factura adusta, y fantasmagórica en noche de difuntos, de ánimas y de peregrinación silvestre. Pasado el edificio y la cruz de término, con un ojeo a su recorte contra el paisaje, sigo a por la voz que habla y dice una sola vez. Bordo los troncos color boca de lobo porque así lo manda quien me lleva, un misterioso conductor, veterano cartógrafo de

geografías fabulosas que reproducen a diario su inaccesibilidad, con antecedentes en la compra de almas muertas, que se manifiesta una sola vez.

Me lleva a ciegas, a golpe de bastón, a roce de aparecido, en recorrido de circunvalación que me devuelve a casa.

Protesto. El pacto no firmado con sangre relataba un episodio bien distinto, desde luego más convincente que el de un paseo de ronda. Le echo en cara el fraude y mi decepción, he sido burlado por un guía sin escrúpulos.

Mal negocio el mío, digo.

Esta es la justicia, dice.

Me dice que se ha cumplido mi deseo de regreso al origen.

¿Este es el origen?, exclamo contrariado.

Dice que sí.

Lo dice tan seguro que aunque no lo creo dudo.

¿Dónde está la voz que habla una sola vez y dice lo que hay que oír?, pregunto. ¿En qué árbol se cobija, tras de qué muros aguarda? ¿Por qué nos hemos desviado de su encuentro?

Porque aún no ha tenido efecto, dice.

¿Cuándo será?, reclamo.

De mí no depende. Adiós.

Y de entre los vivos vuelve a los muertos en la noche de su onomástica a contar su aventura al amor del enigma. Yo me quedo compuesto, purificado y con dos palmos de narices.

Tiene que haber una moraleja, me digo. Exprimo las neuronas para que repasen el viaje, a ver si ellas dan con la solución al acertijo.

¿Ya tenéis una respuesta?

La tenemos.

Ansioso apremio al portavoz.

¿Cuál es?

Tú.

Pronombre personal.

Me puse a pensar metido en la cama. Pensé mucho durante el tiempo que soporté la presión de la fatiga y el desconcierto, cogidos por el talle en la noche festiva, acaramelados. Hasta que caí como una pluma volteada en una fosa de sueño, poco profunda y poco fría, que el segundo previo al despertar me recordó las paredes y el suelo de mi casa. Dulce hogar de alquiler, penúltima morada terrenal.

Tan cerca y tan lejos, musité.

El razonamiento más elemental me sacó de la cama y marcó tu número de teléfono.

Quería que averiguáramos los dos el secreto de la voz que habla una sola vez, manifestada en una sola ocasión, por si podíamos compartir el mensaje.

—Sabes más que yo —, me dijo—. Me he quedado atrás.

Negué con la cabeza, y en mi gesto espontáneo hubo sinceridad.

—Sigo buscando.

Me miró fijamente, despiertos sus ojos. Estaba tranquilo, controlada la tos. Había dejado de mordisquear su cigarrillo, ni lo sostenía entre los dedos.

—Dime que no es una excusa.

—No mereces una excusa, amigo.

La amistad siempre había sido fundamental para Javier. La traición de un amigo le producía un desgarró mayor que los supuestos de infidelidad conyugal y envidia en el trabajo.

—Buen viaje de vuelta y de ida —me deseó.

¿Estaba en mi mano responderle? ¿Tenía hace dos meses la clave para aliviar su desazón?

Puede que sí.

¿La tengo hoy, aparcado a unos metros de su casa?

Creo que sí. Pero mi convencimiento es subjetivo.

—El que sea subjetiva no invalida una respuesta.

—Lo sé, Música.

Mi equipaje pesa en el maletero. En él guardo todos los errores y todos los aciertos de mi vida, con sus preguntas y sus respuestas, con las intenciones y las decisiones, con el extracto de mi última voluntad.

Música ha querido acompañarme hasta la puerta. Sentada a mi lado observa el alero de la casa. Yergue la espalda, avanza unos centímetros el torso, supera la verticalidad de mi perfil, imagina; entreabre los labios, acaricia el inferior con dos dedos, el pulgar y el índice de la mano izquierda, el brazo que me oculta su relieve.

—Aceptaste las consecuencias del reencuentro.

—Desde mi punto de vista.

—Lo que Javier quería era que le proporcionaras el secreto de la victoria.

—¿Crees que yo lo tengo?

El ondulado cabello de Música difumina su contorno al retirar el brazo, la mano, los dos dedos. Imagina.

—Javier cree que lo tienes.

—¿Por qué?

Dice Música que Javier me considera la antítesis del estereotipo que a él nunca le han adjudicado. No somos ardientes, apasionados, violentos ni indolentes a la par que inconstantes y propensos a cejar en el empeño por mandato de los revoltosos contratiempos o las veleidosas adversidades.

—La arrogancia de la edad no os ha mermado el juicio —dice Música.

Los errores y los aciertos que cargo en el equipaje llevan mi nombre y mis huellas.

He empezado a escribir mi historia desde ese punto de partida, con independencia del pasado y del presente, ajeno a las interferencias que la vida esparce.

Si me decido puedo decir a Javier una obviedad: que la siembra de caminos y elecciones es el objetivo perenne del buscador. Pero aun queriendo compartir lo que es exclusivo, esa respuesta que es panacea en el espíritu atribulado durante el tiempo que se escucha, sé que no se corresponde con su pregunta; ni tampoco las consecuencias de mis actos van a propiciar en Javier una perspectiva diametralmente opuesta sobre su vida y su obra.

Puedo decirle que el buscar otorga a la vida su principal sentido, que es elegir. De la misma manera que la felicidad es el camino personal que a ella conduce, aunque sea una búsqueda en vano, por lo breve, ardua y esquiva, vale la pena el esfuerzo y la constancia en la búsqueda.

*Lo tendrás.*

Puedo decirle lo que hemos hablado mil veces y sabe tan bien como yo.

Si me decido, llamaré a su puerta y ante su asombro le expondré con detalle el glorioso advenimiento de la elección.

Nada sorprende tanto como la restitución de lo conocido.

—He encontrado lo que buscaba —diré.

—O sea, que la búsqueda tiene sentido más allá de la teoría —dirá.

Le daré un abrazo fuerte y en franca conversación pasaremos los aledaños del bosque.

—Te lo cuento, Javier. Te va a gustar. Tu viejo amigo lo ha logrado. Pero esto sigue, es sólo otro principio, no tiene fin.

—Entiendo. Tiene sentido la frase. La vida es movimiento, si existimos es porque vamos de aquí para allá continuamente.

—Exacto. Igual que el viento y que la música.

—Somos un impulso.

—Con postas, para intentar asimilar el infinito.

Le felicitaré.

—Has encontrado el lugar que convoca una reunión privada al más alto nivel.

Al que se accede merced a un privilegio que es el último, y a una fecha que consagra la irreversibilidad del destino.

—Eres un héroe, Javier. Te admiro.

—¿Lo crees? A mí me parece que soy el producto de una descomposición cósmica. Me atrae el abismo tanto como me repele la línea recta.

—Estás a un paso en línea recta de todos los horizontes.

—Por eso daré un rodeo. En diez o doce horas, no te pedía más, tengo tiempo para revisar mi cronología y enviarla a un editor independiente.

—Tus herederos agradecerán el legado de los derechos de autor.

—Es lo menos que puedo hacer por ellos. Tengo dos hijos con opiniones a la greña respecto a su padre. Publicaré mi controvertida versión de los hechos achacando a mi obstinación los fallos en la convivencia que pudieron evitarse.

—¿Te importan tus hijos, Javier?

—Por supuesto, pero mi demostración es abstrusa, parcial y tardía. Por incompatibilidad de caminos prefiero callar sobre lo que no tiene vuelta de hoja. El remedio es eficaz cuando además de estar al alcance de la mano hay una verdadera dependencia entre el sentimiento de protección y el protegido. Es el caso de *Fran* y de los organismos vegetales adscritos al menudo jardín adosado. Una mujer llamada Remedios, ya ves que no eres el único que ha encontrado lo que buscaba, ha solucionado dos asuntos que impedían conciliar mis planes y mis obligaciones. Ahora me siento libre para recapitular con un cigarrillo apagado y una copa perfumada con vino rancio.

Los héroes toman en solitario decisiones drásticas.

—De acuerdo.

Pero si le hablo de mi éxito implícitamente le demuestro su fracaso.

Para una persona que ha sucumbido al vacío y ha favorecido el desarrollo de su enfermedad, la noticia no supone una esperanza sino el acta de defunción. La muerte, pienso...

—Es una de las iniciativas que todavía dependen de mí —matiza sonriente Javier.

—Pienso que la muerte es la transición del sujeto al objeto, y el segundo sentido de la vida en orden de importancia para un organismo con afán de conquista.

Hace ocho semanas puso énfasis al agradecerme la visita, su confianza en mí había tenido premio. Me dijo que una historia escuchada por los propios oídos es un pésimo consuelo absorbido en la clandestinidad.

—Las historias nacen para ser contadas a un público involucrado, es cuestión de saber buscarlo.

—La clave es buscar para encontrar.

Insistió en reconocer mi constancia, sinónimo de fidelidad, que me había llevado tan lejos, mucho más de lo que él imaginaba fuera preciso para conseguir lo que tardó demasiado en entender.

—La clave estaba en creer en mí y en mi idea. Y de eso tan obvio he sido consciente hace muy poco tiempo; ayer, como quien dice. Ahora, pienso, la inercia me impide corregir el rumbo. Esta aceptación del fracaso me reconforta y, de alguna manera, me sitúa en plano de igualdad con los que tienen por lo menos dos motivaciones, y sin culpar ni compadecer a su anfitrión aceptan en honor a la memoria compartir un rato de vida.

Una motivación de ida y una motivación de vuelta, al menos.

Tengo que decidirme.

Lo único que hago metido en el coche es prolongar un paréntesis de incertidumbre resignada.

Tengo que afrontarlo sin más dilación.

“Me preocupa que no reacciones al frío, vamos a dar un paseo para entrar en calor”, opción A.

“He venido a decirte que mis aspiraciones no se han consumado, sigo buscando”, opción B.

“Quiero suministrarte una nueva dosis de confianza.”, opción C.

“Esta es la dirección de la protectora de animales más cercana a tu domicilio actual”, opción D.

Hay más opciones, Música, tantas como se me ocurran. Durante mi regreso sin anuncio las he acumulado, pero sin discriminar, juntas las de la fantasía con las del pasatiempo y los cuidados paliativos. La única que he descartado es la de esconderme tras una carta depositada en el buzón a la hora que pasa el cartero. Y otra más: la de dar media vuelta sin bajar del coche.

Me gusta andar. El movimiento me da vida, Música.

Puedo dirigirme a su casa empapado de lluvia, qué placer encontrado. Delante de la puerta esperaré un indicio que me dictara el siguiente paso.

—Díselo.

—Sí.

Quiero lo mejor, Javier. No sé resignarme. ¡Qué suerte! ¡Qué lástima! Busco lo que deseo, mi deseo manda, mi deseo conduce, mi deseo vaga. No doy con mi sitio. Estoy condenado a cumplir mi deseo. Es la pura verdad, amigo, sin trampa ni cartón.

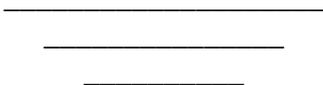
Llueve. Pasan los minutos. Espero tranquilo, Música. Abrígate, no expongas la tibieza de tu piel.

*Buenas noches, Viena.*

Dentro de unas horas el presente será pasado. Dentro de un tiempo a esta historia no la condicionarán sus antecedentes.

*Quién sabe cómo acabará, quién sabe.*

Cuando se elige hay que ceder el protagonismo a las decisiones.



# Índice

Introducción  
[5]

Nudo  
[19]

Desenlace  
[151]

